PORFIRIO DIAZ

GARCIA NARANJO

NB
174

95

PORFIRIO DIAZ

PORFIRIO DIAZ

EN EL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE MEXICO 1910

PORFIRIO DIAZ

POR

NEMESIO GARCIA NARANJO

CASA EDITORIAL LOZANO
SAN ANTONIO, TEXAS

1930

TEXAS EASTERN UNIVERSITY

Copyright
CASA EDITORIAL LOZANO
1930

Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme a la ley.

INTRODUCCION

El 25 de Mayo de 1911 dejó de ser Presidente de México el General Porfirio Díaz y fue a pasar al destierro los últimos años de su vida. Nadie lo puede acusar de haber pretendido entorpecer la acción política de los que recogieron el gobierno de la República. Consideró su vida pública como terminada y se envolvió en un silencio lleno de dignidad y de grandeza.

El señor Federico Gamboa lo visitó en París en Junio de 1913 y escribió en su "Diario" estas palabras conmovedoras: "Para los que lo empujaron a este destierro indefinido,—buitre que, así él disimule gracias a su voluntad de acero, está acibarándole sus últimos días,—ni una censura, ni una queja, ni menos una injuria que cualquiera, en su caso, proferiría por sobra de razón y por despecho "humano, demasiado humano"—, que dijera Nietche. Tal serenidad,—la única que sin embargo cuadra con su grandeza—, me lo agiganta. ¿Irá a resultar todavía más grande en el destierro, de lo que ya lo fuera como estadista y gobernante? Entonces, sólo cabría compararlo a Marco Aurelio, "el más virtuoso de los emperadores romanos", y, a pesar de ello, más grande como hombre que como príncipe."

No correspondieron los hombres de la Revolución con hidalga serenidad a aquella noble actitud. En vez de respetar al ilustre caído, hicieron todo lo posible por cubrirlo de oprobio e infamia. Apenas había zarpado de Veracruz el barco que lo llevaba al ostracismo, cuando empezó a circular en México un pasquín que se titulaba "Memorias de Lerdo de Tejada", en el cual, aunque se preten-

de ofender al General Díaz, a quien realmente se ultraja es al señor Lerdo por atribuírsele la paternidad de unos renglones llenos de rencor y de despecho. Y no, don Sebastián nunca descendió a estas miserias.

Las apócrifas "Memorias de Lerdo" fueron escritas muchos años antes por un periodista llamado Adolfo Carrillo que, hace un tercio de siglo, tuvo fama de talentoso y sutil, pero del cual sólo queda esta explosión de odios inferiores. Los hombres de la Revolución dieron a aquel libelo una circulación fantástica, y en seguida empezaron a publicarse otros folletos igualmente ofensivos contra el gobernante desterrado. Para hacer pedazos el prestigio de Porfirio Díaz emprendieron una campaña despiadada los fanáticos del nuevo régimen y los desertores de la Dictadura que querían incorporarse a las filas de la Revolución.

Aquella campaña fue inícua; pero de una lógica irreprochable. Después de que Napoleón abdicó en Fontainebleau y se fue a la isla de Elba, hasta el Vizconde de Chateaubriand cometió la indignidad de lanzarle dardos envenenados. Luis XVIII y Carlos X vieron excesivamente grande a Bonaparte y se dedicaron a la tarea pueril de empequeñecerlo, para no resultar aplastados por comparaciones inevitables. Cuando el corso genial murió en Santa Helena, los Borbones respiraron tranquilos, creyendo que, por fin, se habían libertado del espectro napoleónico; pero no: muy pronto advirtieron que la leyenda épica del héroe de Arcola y Austerlitz seguía proyectándose sobre ellos en forma torturadora. El recuerdo de Bonaparte los asfixiaba, los barría de la Historia como tipos opacos e insignificantes.

El recuerdo del General Díaz también le ha quitado el sueño a muchos codiciosos del aplauso de la posteridad.

Con objeto de derrumbar la fama del héroe del Dos de Abril, se han pronunciado miles de discursos, se han impreso centenares de folletos, se han despertado todas las envidias, se han favorecido las apostasías más sórdidas, se han atizado los rencores más bajos. Algunos insensatos se han puesto a recompensar generosamente a los detur-

padores del gran gobernante que construyó los ferrocarriles y los puertos de México y colocó el crédito del país al cuatro y medio por ciento. Aquellos porfiristas que se han retractado, para ofender públicamente a quien ayer adularan, han recibido espléndidas recompensas. Escritores extranjeros de algún renombre, pero de escasos escrúpulos, fueron alquilados para insultar al prócer. Los libros de texto de las escuelas primarias fueron inyectados de odio, a fin de que las nuevas generaciones se educaran (a esto se llama educación) en el aborrecimiento del período fecundo que se inicia en 1876 y termina en 1911. Por último, se recurrió al ardid pueril, pero de resultados inmediatos entre la gente moza, de declarar retardatarios y retrógrados a todos los que no colaborasen en aquella obra de demolición moral.

Cada vez que alguien levanta la voz en defensa de la memoria del General Díaz, se le acusa inmediatamente de ser partidario del régimen dictatorial. Eso es una calumnia. El porfirismo, como escuela política, está bien muerto y enterrado en la Historia, al lado del juarismo y el lerdismo. Nadia lo pretende resucitar; pero la tendencia del General Díaz de atraer capitales extranjeros para sacar de las entrañas del país las riquezas que no se pueden extraer con los exiguos elementos nacionales; su estímulo constante para los que exhibían espíritu de empresa; su esfuerzo por mantener siempre en primera línea el crédito de la Nación; su afán de construir obras multiplicadoras de producción, todo esto constituye un programa que se puede aplicar a cualquier país y en cualquier período de la historia.

Mentira que un programa así sea atrasado y merezca abolirse. El General Díaz lo practicó durante treinta años, como lo practicó Augusto hace veinte siglos, y como lo practicarán todos los grandes gebernantes dentro de cinco mil años. Hay cosas que no son atrasadas ni adelantadas, sino buenas o malas. Todo lo que contribuye a aumentar la riqueza de un pueblo se traduce en bienestar y, por lo mismo, en cohesión nacional. Si aparte del florecimiento económico, se consigue la paz de los espíritus, es

indiscutible que se realiza un progreso, como cuando se deja suelta la anarquía se produce una obra de regresión y de barbarie. Todo lo que tienda a extinguir odios y a cancelar rencores es adelanto; todo lo que avive el espíritu faccional es retroceso. Por eso resulta una calumnia burda señalar como retardatarios a quienes alaban al gobernante que, durante un tercio de siglo, no tuvo preocupación mayor que la de apagar los rescoldos de la guerra civil y reconciliar entre sí a todos los mexicanos.

Pero... no hay que mirar para atrás—dicen los filósofos de nuevo cuño—, porque el que clava sus ojos en el pasado corre riesgo de convertirse en sal. Y evocando la alegoría inmortal del Antiguo Testamento, esperan puerilmente que les pase a los admiradores del General Díaz lo que le pasó a la mujer de Lot. En verdad, no entienden el símbolo bíblico, porque el mal no estriba en mirar hacia el pasado, sino a las ciudades como Sodoma, en donde imperan el vicio y la disolución. Cuando en el pasado están la virtud y el honor, su contemplación, lejos de conducir al aniquilamiento, inyecta el carácter, rejuvenece el corazón y sirve de plinto glorioso a una nueva vida.

No obstante de que los sofismas empleados para golpear el prestigio porfiriano no resisten el más leve análisis, se han seguido amontonando para formar un dique artificial que contenga, aunque sea por breve tiempo, las corrientes de simpatía de toda la nación. Todos los que tenían una envidia que externar, un despecho que satisfacer, un odio que lucir, fueron estimulados para que se desahogaran contra el ex-Presidente. Los hombres que tuvieron la responsabilidad enorme de alterar la paz, y abrir de nuevo en la vida de México el ciclo negro de las guerras intestinas, se dan cuenta de que el florecimiento material e intelectual de los treinta años anteriores los aplasta moralmente, y en su afán de neutralizar una probable condenación histórica, se dedican a gritar a los cuatro vientos que el brillo del porfirismo fue de oropel, que su grandeza fue ficticia, que su crédito fue artificial, que sus obras fueron efímeras, en una palabra, que no fue tan grave la responsabilidad de prender la tea de la guerra

civil. Después de que Omar quemó la Biblioteca de Alejandría, lo lógico era que tratase de probar que los libros carbonizados eran inútiles o perjudiciales para la cultura humana.

El régimen porfirista—se pregona con escándalo—fue un infierno para las clases laborantes. Y sin embargo, fue durante ese régimen cuando se establecieron las industrias que nutren al país, y que luego se han ido paralizando por la obra devastadora de la guerra civil. Otra de las tonadillas predilectas es que la Dictadura fue embrutecedora; y sin embargo, durante su imperio escribieron sus mejores obras don Justo Sierra y don Francisco Bulnes, don Emilio Rabasa y don Salvador Díaz Mirón, don Federico Gamboa y don Amado Nervo, don Jesús Urueta y don Manuel Gutiérrez Nájera.

Como todas las campañas que se dirigen contra la verdad y la justicia resultan estériles, la figura de Porfirio Díaz no ha podido ser arrollada por la embestida brutal de diecinueve años de odio. Cada nuevo problema que surge, cada conflicto que se plantea, cada crisis que estalla, vienen a justificar la obra porfiriana. Al ver el fracaso de la Revolución, los corifeos de ésta pretenden arrojar sobre el General Díaz la culpa de la tragedia mexicana. Durante años y años se estuvo diciendo que México, en 1911, había entrado en un paraíso; pero cuando la miseria del pueblo ha hecho ver que el tal paraíso es un infierno en toda forma, entonces se pretende arrojar la responsabilidad del desastre sobre la Dictadura. ¡Vaya una manera de llevar la contabilidad política de un pueblo! ¡Así ha sido siempre la lógica de la Revolución!

De todos los libros y folletos que se han escrito en los últimos diecinueve años, con objeto de zaherir al gran dictador, los únicos que merecen ser leídos son "Elevación y Caída de Porfirio Díaz", por don José López Portillo y Rojas, y "El Verdadero Díaz y la Revolución", por don Francisco Bulnes. Ambas obras están escritas con pasión; pero sus autores siquiera se preocuparon por levantarse un poco sobre la literatura del libelo.

Todo México sabe que el señor López Portillo y Rojas

fue privado de su fuero constitucional por el Congreso el año de 1910 y entregado a los tribunales por supuestos delitos contra la propiedad. Hoy, que han transcurrido los años y se han enfriado las pasiones, nadie discute ya que lo que se hizo con el señor López Portillo fue una gran injusticia. Es humano reaccionar contra un golpe duro; pero una iniquidad no se remedia con otra iniquidad. Para que se vea la forma en que relata el pasado este caballero, basta hacer constar que a la descripción de la batalla del Cinco de Mayo consagra nomás la cuarta parte de una página, en tanto que a la tragedia del 25 de Junio de 1879, dedica quince páginas completas. ¿En qué cerebro, que no esté cegado por la pasión, puede caber que las ejecuciones ordenadas por el General Mier y Terán en Veracruz, fueran sesenta veces más importantes que la victoria contra los franceses en las murallas de Puebla? A la defensa de esta ciudad contra los ataques del General Forey, dedica el señor López Portillo media página, mientras que la supuesta traición del General Tolentino en la batalla de Tecoac (digo supuesta porque no se efectuó la tal traición, ni menos tuvo lugar en el campo de batalla) le merece un capítulo entero.

¿Qué pensar del pintor que trazase las facciones bellas de una fisonomía con pinceladas descoloridas, y en cambio dedicara a las imperfecciones una labor detallada de miniaturista? ¿Qué nos parecería el historiador romano que sólo tuviera un renglón reseco para hablar de la austeridad de Catón, de la firmeza de Bruto, de la elocuencia ciceroniana, y que mientras así escatimaba el relato de las virtudes, volcase pródigamente toda clase de detalles al narrar las locuras de Calígula, las crueldades de Nerón y la lujuria de Mesalina? Como ese historiador supuesto es el señor López Portillo y Rojas que colocó sobre las cualidades del General Díaz una lente cóncava, y sobre sus defectos, una lente convexa.

Don Francisco Bulnes jamás perdonó a la Dictadura porfirista que fuera el campo menos propicio para sus dotes estupendas de tribuno parlamentario. En un régimen congresional, aunque México se hubiera hundido, Bul-

nes se habría destacado. Y aunque el General Díaz le dió todo lo que se le podía dar, él siempre quedó insatisfecho y con el alma llena de amargura. Estuvo amontonando sus resentimientos injustificados durante un tercio de siglo, y tan pronto como cayó el gran Dictador, echó fuera en forma de discursos, artículos y libros, todo el disgusto que llevaba dentro. Naturalmente, una obra hecha en estas circunstancias, no pasa de ser un desahogo apasionado.

Es posible que Bulnes haya sido el hombre más inteligente de su generación; pero un buen juez no es aquél que se destaca por su talento sino por su ponderación. Y el autor de "El Verdadero Juárez" no tuvo la más remota idea de lo que eran la ponderación, el equilibrio, la serenidad y la rectitud. Sus libros salieron de su pluma como sale la lava del cráter de un volcán: en desorden, ardiendo y devastando todo lo que encuentra a su paso.

Tenía una fuerza dialéctica estupenda: no la pudo practicar en el Congreso e intentó ejercitarla en la Historia. Y se dedicó a rectificar los juicios emitidos por Alamán, por Zárate, por Sierra, por Vigil, por todo el mundo. Escribió una obra intitulada "Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia", cuyo nombre pinta fielmente la naturaleza peculiar de Bulnes, para quien siempre fue más importante denunciar mentiras que exponer verdades. Cada uno de sus libros fue un "no" categórico y rotundo.

Con esta obsesión delirante de rectificar, lo único que preocupó a aquel estupendo tribuno disfrazado de mediocre historiador, fue decir que el General Díaz no merecía el sitio en que lo habían colocado los panegiristas de la Dictadura. ¡Claro que no! Pero... ¿cuál es el sitio que le corresponde? Bulnes sólo nos dejó observaciones parciales, verdades truncas, tesis audaces, apreciaciones temerarias, contradicciones notorias, en una palabra, un torbellino de ideas revueltas y encontradas.

El papel de este crítico acérrimo delante de nuestra Historia me parece semejante al de aquél que, enfrente de su armario, se pone a censurar la manera como están colocadas las cosas en los casilleros, y las baja de su sitio,

y las deja tiradas por el suelo, sin importarle cómo deban colocarse otra vez en el armario... ¡Así era Bulnes!

Los hombres de la Revolución recogieron el montón de visiones unilaterales y verdades cojas, que dejara el gran tribuno como herencia indigna de su talento, y junto con los libelos antiporfirianos, lo arrojaron sobre el recuerdo del gran Presidente. ¡Todo ha sido inútil! Si se arroja un muladar sobre la tumba de Virgilio, no por eso dejan de ser armoniosas ni bellas la epopeya de Eneas y las "Geórgicas" del Cisne de Mantua.

A pesar de que nadie hasta hoy ha emprendido la tarea de rehabilitar la memoria del General Díaz, (la obra del señor Rabasa intitulada "La Evolución Histórica de México" es de carácter general y muy tímida en el elogio) la figura del héroe está emergiendo de las montañas de denuestos y calumnias con que se le ha pretendido sepultar, para meterse definitivamente en el corazón de la República.

Mientras los fanáticos persisten en su pasión sectaria, los espíritus libres deben recordar a los mexicanos aquella existencia ejemplar que constituye por sí sola la más elevada cátedra de ética que pueda recibir un pueblo. Porfirio Díaz nació de padres humildes; estudió con inmensas dificultades; cortó su carrera profesional para servir a la Patria; fue un soldado de sobriedad espartana que conquistó las más altas jerarquías con hazañas de leyenda; constituyó un hogar en donde supo ser esposo amantísimo y padre que trató a sus hijos con la mayor ternura dentro de la más severa disciplina; y cuando después de fatigosas campañas y durísimas pruebas, llegó a la Presidencia de la República, clavó de tal manera sus raíces en el alma de su pueblo que, durante treinta años, la historia de Porfirio Díaz fue la historia de México.

La nación se le entregó sin reservas ni distingos para que él hiciera con ella lo que considerara conveniente. ¡Tánta confianza así le dispensó la Patria a su hijo predilecto! El empleó aquella inmensa dosis de poder para crear la riqueza pública, para levantar el crédito del país, para depurar el carácter nacional, para que México,

que se había rezagado con motivo de las guerras civiles, recuperara las jornadas perdidas y se incorporase con brillo en el concierto de las naciones civilizadas. Nadie lo puede acusar de que empleó su poder omnímodo en beneficio de su persona, ni de que se aprovechó de su altísima investidura para vengarse de sus antiguos adversarios. ¡No! La obra suprema del General Díaz consistió en reconciliar a todos los partidos, fundir los odios antagónicos y erigir sobre las ruinas de las viejas facciones, el espíritu unificado de la Patria.

Una vida así de generosa y fecunda, debe ser relatada a las gentes que empiezan a vivir porque les brinda la más segura y patriótica de las orientaciones. No hay que falsear la verdad, pero tampoco hay que enfriarla, como lo hace con frecuencia don Emilio Rabasa en "La Evolución Histórica de México". Es un error creer que la historia, para ser imparcial, debe podarse de todo entusiasmo y escribirse a veinte grados bajo cero. Rabasa vivía con la preocupación de ser acusado de parcialidad y por eso castigó su admiración y recortó sus alabanzas. El historiador griego Plutarco no tenía ese miedo, dejaba en libertad a su pluma y hablaba de los héroes en tono de epopeya. Así es como se debe hablar del General Díaz: de su vida extraordinaria no queda un balance mercantil bonancible, sino una conmovedora lección moral.

Cada padre de familia, al contar a sus hijos cómo fue Porfirio Díaz de niño, de adolescente, de hombre maduro y de anciano, le señala el camino del honor. Cuando se relata el comportamiento de aquel hombre en el hogar, en la escuela, en los campos de batalla, en la lucha por la vida y en la Presidencia de México, se marca un ejemplo de virtud para las futuras generaciones.

LOS PADRES DE PORFIRIO DIAZ

I

"Era hombre atrevido y emprendedor y le gustaba afrontar y vencer dificultades". Así se expresa en sus Memorias el General Díaz, con orgullo, de un padre al cual no tuvo la dicha de conocer. Porfirio nació en Septiembre de 1830 y su progenitor don José Faustino Díaz falleció el 18 de Octubre de 1833. Así pues, quedó huérfano cuando apenas contaba tres años de edad. No pudo formarse juicio propio sobre las cualidades de su padre, y todo lo que cuenta de él, en sus Memorias, tiene que ser el reflejo de los relatos y confidencias de su madre.

¡Ya lo creo que era emprendedor don José Faustino! Cuando se casó con doña Petrona Mory, en el año de 1808, era dependiente de una empresa minera en el Distrito de Ixtlán y vivía exclusivamente de su sueldo. Comprendiendo que su joven esposa se fastidiaba en aquella áspera y solitaria serranía, decidió dejar su empleo y lanzarse a otras comarcas a buscar fortuna. Enderezó sus pasos hacia la costa de Oaxaca y llegó al Distrito de Ometepec,

sin otro caudal que los caballos y las mulas con que había hecho el viaje. No teniendo dinero con qué alquilar una parcela cultivada, tomó en arrendamiento un terreno sin desmontar del pueblecillo de Xochistlahuaca. La renta le resultaba baratísima: unas cuantas libras de cera al año, las cuales se gastaban en las fiestas del Santo Patrón de aquella comunidad.

Comenzó don José Faustino por limpiar aquella tierra de las breñas y matorrales que la cubrían; en seguida, barbechó los campos y sembró caña de azúcar; y, por último, construyó un trapiche que, aunque imperfecto y primitivo, le sirvió para beneficiar la caña que cosechaba y elaborar azúcar de piloncillo y miel. El hecho de dejar un empleo seguro para ir a emprender una lucha tenaz en campos incultivados, indica que el padre de Porfirio Díaz era lo que llaman los ingleses un "pioneer", es decir, uno de esos hombres audaces que desafían a la Naturaleza hostil porque tienen la seguridad de domesticarla y abrir en ella surcos de riqueza y de vida.

Poco tiempo llevaba don José Faustino de vivir en aquella comarca, cuando acaeció un incidente que le permitió ganar un poco de dinero. Un ganado cabrío se envenenó probablemente con los pastos de aquella región y empezó a diezmarse en forma terrible. El señor Díaz pensó que ya que no era posible conjurar aquella catástrofe, cuando menos se debía intentar poner a salvo las pieles de los animales muertos. Se presentó ante el dueño del ganado y le ofreció sus servicios para quitar las pieles de las ca-

bras, antes de que entraran en descomposición, y le pidió como pago de aquel trabajo, la mitad de los cueros que se consiguiesen salvar. Esta proposición fue aceptada y tras de algunos días de trabajo fatigosísimo, el dueño del ganado envenenado le entregó las pieles que le correspondían, y le vendió las restantes a bajísimo precio. Así fue como don José Faustino, cuando menos se lo esperaba, se encontró en posesión de una gran existencia de pieles.

Entonces fue cuando aquel hombre singular tuvo la ocurrencia de curtir las pieles por su propia cuenta, para lo cual pensó en establecer una curtiduría. ¿Cómo hacerlo cuando desconocía el oficio, y además, cuando en aquella costa desierta no se podían adquirir a ningún precio las tintas y sustancias que se necesitaban para el curtimiento? En aquella época era cuando el genial Morelos desarrollaba en el sur de México sus brillantísimas campañas contra el Gobierno virreynal, y las comunicaciones entre Oaxaca y el centro del país eran dificilísimas, por no decir imposibles. Como no era factible traer de México los ingredientes que se requerían, cualquiera otro hombre menos industrioso habría desistido de su empresa; pero don José Faustino era pertinaz y no desmayó ante la falta de elementos: se consiguió un Manual del Curtidor y, mezclando los conocimientos que iba adquiriendo con los recursos de su inventiva, sustituyó las sales que le hacían falta con piedra quemada, y suplió el salvado que se usa en las tenerías por fécula de arroz que obtuvo tri-

turando el grano, en un molino construído por él mismo y a su manera.

Con las pieles curtidas hizo cordobanes, los cuales cambió en la costa por diversos efectos que le sirvieron para establecer una tenducha en el pueblo de Xochistlahuaca. Los productos de la tienda y la curtiduría le dieron pronto para comprar un ingenio y para instalarse con relativa holgura en aquella comarca, adonde había llegado un año antes, sin elementos, pero con un espíritu de empresa y una tenacidad para el trabajo, que lo capacitaban para sacar vergeles del desierto.

Vivió en la costa más o menos hasta que terminó la guerra de independencia. El General don Vicente Guerrero le extendió el despacho de Capitán por haber servido en las filas insurgentes en calidad de veterinario. Tanto porque el país entraba en una nueva etapa, como porque su familia empezaba a crecer, don José Faustino comprendió que era conveniente trasladarse a una ciudad en donde sus hijos pudieran educarse. Liquidó todos sus negocios en Xochistlahuaca y se fue a vivir a la ciudad de Oaxaca que entonces tenía alderredor de quince mil habitantes. Allí tomó en arrendamiento una casa de grandes dimensiones y estableció el famoso "Mesón de la Soledad". Como le sobrara espacio—pues los huéspedes no eran muy numerosos ni constantes—fundó además un banco de herrador y un hospital veterinario.

Con el dinero que trajo de la costa compró dos casas, una de las cuales fue arrendada, y

en la otra instaló un taller de curtiduría. Finalmente, compró un terrenillo en la Hacienda de Tlachinico y lo dedicó al cultivo de los magueyes. Con los productos combinados de estas pequeñas industrias, don José Faustino vivió modesta pero cómodamente en la ciudad de Oaxaca, en donde nacieron sus tres últimos hijos, Nicolasa, Porfirio y Félix. El carácter de este hombre singular y emprendedor que fue dependiente de minas, sembrador, comerciante, veterinario e industrial, se completaba misteriosamente con un austero misticismo que se acentuó en los últimos años de su vida. Aunque no recibió jamás ninguna orden eclesiástica, usó el traje monacal de los terceros de San Francisco.

Así fue el padre de Porfirio Díaz. Por sus venas corrían mezcladas la sangre española y la sangre mixteca y desmentía, por lo mismo, la creencia de que todos los mestizos son perezosos y escépticos. Don José Faustino fue un obrero incansable que se dedicó a las más diversas actividades y supo coronarlas con los resplandores de la fe cristiana. Víctima de la epidemia de cólera que se desató en México en 1833, murió al completar medio siglo de edad, cuando Porfirio tenía apenas tres años y Félix aún no había cumplido seis meses. No tuvo tiempo de modelar el alma de sus hijos, pero seguramente los dos heredaron su sangre ardiente y su energía formidable. Lo que en el padre fuera misticismo cristiano, en los hijos se transformó en religión patriótica.

En cuanto a Porfirio, no sólo heredó la vo-

luntad de acero y la fe abrasadora, sino que además perfeccionó aquel afán constante de su padre de estar siempre en contacto con la Naturaleza, aquella tendencia a repartir el espíritu sobre todas las cosas, aquel anhelo infatigable de construir y de llevar hasta en las regiones más apartadas y desiertas, una vida poliédrica y universal.

II

La viuda de don José Faustino Díaz quedó delante de las incertidumbres de la vida con una familia de cinco criaturas, la mayor de las cuales apenas tenía catorce años de edad. Todos los que conocen la organización de la familia mexicana, y se imaginen además cómo era la vida regional oaxaqueña hace un siglo, podrán medir la situación en que quedó aquella madre desventurada. En el noventa por ciento de los hogares mexicanos la desaparición del padre significa una catástrofe completa. La única esperanza de doña Petrona era Porfirio, que apenas comenzaba a vivir. ¿Qué iba a hacer aquella mujer sola, con las industrias repartidas y variadas que heredara de su marido?

Desde luego, suspendió la curtiduría, vendió el terreno de magueyes y, con voluntad heroica, se puso al frente del Mesón de la Soledad. En cuanto al banco de herrador y al hospital de veterinaria, fueron puestos bajo el cuidado de oficiales de confianza, por algún tiempo, y co-

mo no reportasen utilidades, se clausuraron en seguida.

Lidiar con viajeros siempre ha sido cosa dura; pero mucho más lo era hace cien años, cuando no se hacían excursiones de placer ni de estudio, y por lo mismo, casi todos los peregrinos eran de condición social inferior. El turismo elegante es cosa moderna: en 1833 los que se hospedaban en el Mesón de la Soledad eran arrieros y pequeños traficantes que conducían mercancías de la costa al interior. Aunque el negocio era mortificante, fatigoso y molesto, no se arredró doña Petrona, por más que en sus manos nunca fue tan próspero como en las de su difunto marido. No se requiere tener mucha fantasía para imaginarse la vida monótona y oscura de la pobre "mesonera",—como la llama con agresividad despectiva don José López Portillo y Rojas, sin darse cuenta (así ciega el odio aun a las gentes más nobles y bien nacidas) de que mientras más baja la coloque socialmente, más alta resulta en el cumplimiento sublime de su deber.

Con lo poco que ganaba en el mesón, doña Petrona pudo sostener a sus hijos durante cuatro años; pero la empresa vino a menos y hubo necesidad de abandonarla. En 1837 la familia se mudó a una de las casas que había heredado y fue vendida la otra para atender a menesteres apremiantes. Todo el haber de don José Faustino se fue consumiendo poco a poco; pero su viuda sostuvo el peso de aquella terrible situación por años y años, hasta que su hijo ma-

yor se hizo hombre y afrontó el deber de cuidar a su madre y a sus hermanas. Aquella vida fue ruda: doña Petrona, sin criados, hacía los trabajos de cocina y de lavado de ropa; Porfirio y Félix, muy niños aún, cardaban lana, mientras sus tres hermanas se dedicaban a costuras, deshilados, tejidos de encajes y demás labores femeninas que nunca se han remunerado, y menos aun en aquellos tiempos, no digamos con equidad, pero ni siquiera con una poca de consideración humana.

En aquel lento y prolongadísimo calvario, nunca dejó la señora Díaz de pensar en la educación de su hijo. Es cierto que Porfirio entró a muy temprana edad como aprendiz de carpintero, en un taller que quedaba cerca de la iglesia de San Pablo; pero la madre siguió pensando en la manera de encarrilarlo en un nivel superior. Dentro de sus limitados horizontes, la carrera más alta era la eclesiástica y por eso fue que la ambición suprema de doña Petrona consistió en ver a su primogénito ordenado sacerdote. El doctor José Agustín Domínguez, que había sido padrino de bautismo de Porfirio, alentó las esperanzas de aquella madre, y cuando su ahijado estuvo a punto de iniciar sus estudios teológicos, prometió conseguirle una capellanía que representaba un capital aproximado de tres mil pesos.

Porfirio aprendió a leer en la escuela municipal y a los trece años de edad, o sea en 1843, entró a hacer sus estudios en el Seminario Conciliar de Oaxaca. En 1848 terminó su bachille-

rato, o sean dos años de latinidad y tres de filosofía. Aunque la enseñanza era embrionaria, pues los cursos llamados filosóficos se limitaban a la lógica, la metafísica y un poco de ciencias, el Seminario dió a aquel adolescente la orientación espiritual, el ensueño del más allá, el aplomo de un deber superior e inmutable. Pudo luego, durante la Guerra de Reforma, rebelarse contra el clero y luchar contra la Iglesia; mas esa rebelión y esa lucha no destruyeron en su alma la pátina moral que recibió al cruzar las páginas ardientes del Evangelio. Siguió siendo un creyente, un hombre seguro de lo que hacía, un espíritu firme que invocaba el análisis para resolver las situaciones difíciles, pero no para orientar su vida. No, su vida, en la primera crisis, se orientó por un deber y se definió por un ideal: ese ideal fue la Patria y la ofrenda que le tributó fue su propia vida.

Fue el presbítero don Macario Rodríguez quien tuvo la gloria de iniciar a Porfirio en la religión cívica. En el año de 1846, cuando llegó a Oaxaca la noticia de que el ejército norteamericano había invadido el territorio nacional, aquel virtuoso sacerdote suspendió la acostumbrada clase de filosofía, para recordar a sus discípulos que todos los que pudieran disparar una arma tenían la obligación de defender el suelo de México. Los colegiales se entusiasmaron con aquella lección patriótica y fueron a ofrecer sus servicios al Gobernador del Estado. Este aceptó el ofrecimiento y los jóvenes fueron incorporados en el batallón de Guardia Nacional "Tru-

jano", que, aunque no salió a combatir contra el invasor, fue un cuerpo de reserva en el cual se apoyó el Gobierno, mientras empleaba el ejército regular en la defensa de la Patria.

En el año de 1848, y sabiendo que la familia Díaz estaba muy necesitada de dinero, don Francisco Pérez propuso a Porfirio que diera clases particulares de latín a su sobrino Guadalupe que, por encontrarse algo atrasado en sus estudios, necesitaba un profesor especial que lo ayudara a preparar sus exámenes. El joven seminarista, al aceptar aquella proposición, no se dió cuenta de que estaba cambiando el rumbo de su vida. El padre de Guadalupe era el licenciado don Marcos Pérez, amigo íntimo de don Benito Juárez y uno de los liberales más conspícuos del Estado de Oaxaca.

Una tarde, mientras Porfirio enseñaba a su discípulo alguna declinación latina, don Marcos se presentó porque quiso enterarse del sistema pedagógico seguido por el flamante profesor. Quedó muy bien impresionado el señor Pérez y, al terminar la clase, se puso a platicar extensamente con Porfirio sobre algunas particularidades de la lengua de Virgilio. De aquel tema clásico pasaron a hablar de problemas políticos modernos y así se iniciaron unas relaciones espirituales que habían de determinar una revolución trascendental en la vida de Porfirio Díaz.

Don Marcos Pérez dejó en el espíritu del joven bachiller una impresión más honda que la que le habían producido hasta entonces los maestros del Seminario. Porfirio encontró a

aquel hombre de claro talento, de vasta instrucción, de costumbres intachables, de extraordinaria rectitud, en una palabra, le pareció que podía figurar con ventaja entre los varones de Plutarco. A semejanza de don Benito Juárez, el licenciado Pérez había salido del idioma zapoteco, "como se sale de un calabozo", (símil bellísimo de don Justo Sierra) y se había asimilado las ideas más audaces de su tiempo. El oriente de México empezaba a teñirse con los primeros arreboles de la Reforma.

A fines de 1848 se celebró en el Instituto de Oaxaca la solemne distribución de premios con que se acostumbra coronar las labores estudiantiles del año. Don Marcos invitó al profesor de su hijo para que asistiera a esta conmovedora ceremonia, y al final, lo presentó con el Gobernador don Benito Juárez. Jamás olvidó Porfirio las emociones de aquella noche única. Oyó los discursos entusiastas de don Bernardino Carvajal y don Manuel Iturribaria y, por ellos se dió cuenta de que los maestros liberales trataban a sus discípulos como amigos. Y comparó estas costumbres cordiales y abiertas con las prácticas rígidas y herméticas del Seminario, en donde no se podía saludar a los profesores, ni mucho menos al Rector, sin bajar los ojos y rendir una profunda reverencia. Pero lo que más honda impresión le causó, fue la sencillez y la llaneza de Juárez, quien a pesar de su alta investidura, no se envolvía en vanos oropeles ni hacía ostentación de su poder.

El joven Porfirio Díaz, al ver estas cosas, sin-

tió que el alma se le transformaba. Unas horas antes le parecía lo más natural seguir en el Seminario estudiando teología para ordenarse como sacerdote y heredar la capellanía que le prometiera su padrino el doctor Domínguez. Pero aquel ambiente liberal, y sobre todo, la máscara de bronce de don Benito, le hicieron vislumbrar nuevos mundos, espacios constelados y brillantes, horizontes amplísimos que lo invitaban a abrir las alas y a volar sin cortapisas ni restricciones.

Aquella revelación súbita despertó altiveces que no imaginaba tener y provocó rebeldías que jamás soñó llevar en su corazón. La resolución de no seguir la carrera eclesiástica se formó en él instantáneamente, pero... ¿cómo decir a su madre aquella tremenda noticia, después de que ella había sufrido largos años de privaciones, para amasarle con sus lágrimas, un porvenir que le parecía brillante e inmejorable? Porfirio comprendió que iba a herir las entrañas del ser a quien más quería, y se quedó toda una noche, paralizado e indeciso, delante del abismo de las resoluciones irreparables.

El resultado era fácil de preverse en un espíritu recto. Para seguir los estudios eclesiásticos, necesitaba Porfirio fingir una vocación que no tenía. Mientras estuvo encerrado en la jaula del Seminario, no se dió cuenta de que tenía alas; pero al asomarse al Instituto, todo había cambiado. Era inútil engañarse a sí mismo y engañar a los demás. Para complacer a su madre tenía que ser desleal con su conciencia. En esta

situación angustiosa, Porfirio comprendió que lo debido era confesar a su madre los nuevos pensamientos que habían entrado en su cerebro y los nuevos ideales que sacudían su corazón.

Aquella buena señora recibió la noticia como era de esperarse. Quedó anonadada sin poderse explicar cómo su hijo, en tan corto tiempo, había experimentado una metamorfosis tan radical. Primero, lo increpó duramente; después, le anunció un porvenir impregnado de tristezas, y por último, se deshizo en lágrimas, lágrimas amargas en las que se diluían los únicos ensueños que le habían quedado. Durante tres días, aquella madre no hizo sino llorar, y su llanto acabó por infiltrarse en la voluntad de roca de su hijo: Porfirio, al verla en tan doloroso estado, renunció a la libertad y le dijo que estaba dispuesto a seguir la carrera del sacerdocio.

Entonces fue cuando doña Petrona exhibió la inmensidad de su ternura. Pasada la crisis, dejó de pensar en sí misma y empezó a pensar en las nuevas ambiciones de su hijo. Y con esa clarividencia sublime que sólo tienen las madres, sondeó el espíritu de Porfirio y se dió cuenta de que era demasiado grande para la sotana que ella había soñado. Aquella alma que despertaba con tanta energía, necesitaba un campo más amplio para crecer y desarrollarse. Un pino no cabe en una maceta y Porfirio no podía caber en una parroquia.

Y entonces no solamente aprobó la conducta de su hijo, sino que aceptando una parte de responsabilidad en aquella metamorfosis, doña Pe-

trona consintió en ser ella misma quien se encargase de participar al canónigo Domínguez que Porfirio dejaba el Seminario por el Instituto. Así fue como aquella madre ejemplar, después de soñar durante quince años que el retoño de su vida iba a ser sacerdote, renunció en un momento a sus más queridas esperanzas y le abrió las puertas de la vida civil. Esta abnegada mujer murió en 1859, cuando Porfirio Díaz era Jefe Político de Tehuantepec. Si hubiera vivido tres años más, habría alcanzado a ver a su hijo coronado de laureles y envuelto en los esplendores del 5 de Mayo...

LA ESCUELA DE LA VIDA

Al abandonar el Seminario, Porfirio Díaz se dedicó a estudiar Jurisprudencia, no tanto porque le entusiasmara la carrera de jurista, sino porque habiendo renunciado al Sacerdocio y, sintiéndose sin vocación para curar enfermos, no le quedó otro camino por recorrer que el de la Abogacía. En 1849 no se podían cursar en Oaxaca más que tres carreras: Medicina, Derecho y Teología.

Hizo sus estudios con regularidad hasta Enero de 1854 en que presentó su último examen general de Derecho. Poco después debió haberse sometido al examen profesional de Abogado, pero la Revolución de Ayutla, que estalló en Marzo de aquel año, lo arrancó del Instituto y lo empujó hacia nuevos y trascendentales destinos.

Durante estos años, no es tan interesante lo que aprende Porfirio Díaz, en el campo jurídico, como lo que le enseña la vida, con sus necesidades y sus asperezas. Al mismo tiempo que estudiaba, tenía que ganar con qué sostener a su madre y a sus hermanas. Dentro del Instituto, asimila las Pandectas y el Digesto; pero al

terminar las clases, tiene que luchar desesperadamente y repartir su actividad en las formas más variadas y fecundas.

Hace tres cuartos de siglo, la vida en Oaxaca era todavía embrionaria y rural: las mujeres tejían en sus ruecas las telas con que se vestían; se fabricaba en el hogar el jabón con que se lavaba la ropa; la industria aún no había invadido el campo de las artes domésticas y las gentes eran más aptas para bastarse a sí mismas en el seno de la Naturaleza. Los herreros de entonces comenzaban por saber forjar el yunque y los martillos con los cuales iban a trabajar; los literatos cortaban ellos mismos sus plumas y elaboraban la tinta con que escribían; ningún carpintero se consideraba maestro en el oficio si no había aprendido a fabricar sus propias herramientas. En ese ambiente primitivo, en donde los constructores manufacturaban los instrumentos de construcción, empezó a formarse el carácter de Porfirio Díaz.

En vista del éxito que había tenido con el joven Guadalupe Pérez, se dedicó a dar clases de latín a aquellos alumnos del Instituto que necesitaban de una ayuda especial en sus estudios; pero aparte de que la remuneración era muy exigua, pues cada discípulo apenas le pagaba la suma de dos pesos mensuales, no se podía considerar aquel trabajo como permanente, en vista de que los estudiantes no tomaban clases extraordinarias, sino en los últimos meses del año escolar, cuando estaban próximos los exámenes.

Buscar un empleo en un establecimiento comercial era inútil, pues desde que estaba en el Seminario le había pedido la plaza de dependiente a don Joaquín Vasconcelos, rico mercader de la ciudad de Oaxaca, y éste le había contestado que no lo podía emplear porque era tanto como consentir en que truncara sus estudios. Para significarle su buena voluntad, el señor Vasconcelos le obsequió la obra de Jacquier, que estaba de texto en el Instituto, y una capa que llevaban todos los colegiales de aquel tiempo. Al ver que se le cerraban las puertas de la vida fácil, Porfirio aprendió sucesivamente los oficios de carpintero, de zapatero y de armero. Era necesario trabajar en todos los campos para no caer.

Esta situación desesperada era la que había previsto doña Petrona, cuando orientó la vida de su hijo hacia la carrera sacerdotal. La capellanía ofrecida por el canónigo Domínguez producía una renta de doce pesos al mes. ¡Doce pesos! Parece una cantidad insignificante, y sin embargo, para aquella pobre familia hubiera sido una fortuna. Acosado por los más imperiosos menesteres, Porfirio empezó a hacer gimnasia de adversidad y de pobreza; se entregó a las más duras faenas; cosechó grandes desengaños y aprendió a medir el valor de cada centavo. Sus manos encallecieron; la piel de su rostro se curtió; sus ojos aprendieron a mirar peligros con tranquilidad; le perdió el miedo a la incertidumbre y a la zozobra, y envolvió en un blindaje de acero su corazón. Parece que el Destino

se empeñaba en someterlo a duras pruebas para medir sus energías y prepararlo para luchas extraordinarias. La alegoría de Aquiles, sumergido en la laguna ardiente del Infierno, se repite en todos los héroes: Porfirio Díaz también estaba pasando por la laguna Estygia, y también como Aquiles, iba a quedar invulnerable.

Enfrente del Instituto, tenía su taller de zapatería don Nicolás Arpides. Muchas veces, al salir de sus clases, el joven estudiante se ponía a platicar con el artesano, pues bien es sabido que los zapateros se desviven por la conversación. Porfirio veía cómo aquel hombre cortaba las pieles, cómo las cosía, cómo claveteaba los tacones, y así, poco a poco, se fue dando cuenta de los detalles de aquel oficio. Un día se puso a zurcir unas badanas, y como el remiendo le saliera bien, se encargó desde entonces de reparar el calzado de toda su familia. Y pensó entonces que si conseguía algunos útiles, no le sería difícil fabricar un par de zapatillas. Al mismo señor Arpides compró algunas agujas, punzones, hormas, tijeras, etc., etc., y ya provisto de herramienta, emprendió la tarea de fabricar calzado. Primero hizo un par de zapatos para una hermana, después fue el proveedor de la familia, y por último, elaboró calzado para otras gentes. Como comprara retazos de paño y pedazos de suela a precios muy bajos, los zapatos le resultaban baratísimos y podía competir con los artesanos establecidos. Era en los meses de vacaciones cuando más se consagraba a esta industria.

También la pobreza lo empujó a improvisarse armero. Siempre fue muy amante de la caza; pero como en aquellos años carecía de lo necesario para comprar armas de fuego, no empleaba en sus excursiones cinegéticas más que el arco y las flechas, la catapulta y la honda. Aburrido de emplear estos instrumentos primitivos, quiso tener una carabina y se propuso fabricarla. En un expendio de fierros viejos compró el cañón mohoso de una escopeta vieja y la llave de chispa de una pistola descompuesta. Comenzó por limpiar estas piezas oxidadas hasta dejarlas relucientes; en seguida, las llevó a casa de un amigo que fabricaba guitarras y tenía herramienta de carpintero. Allí, de un tablón hizo una culata y una caja para fusil; y, relacionando la llave con el cañón, y adhiriendo las dos cosas a la caja, fabricó la carabina que se había propuesto tener. ¡Así fue cómo Porfirio Díaz hizo su primera arma de fuego; así iba a forjar el Ejército de Oriente; así también iba a construir una Patria!

Los buenos resultados que obtuvo con aquel fusil primitivo, lo estimularon para dedicarse a la reparación de las armas de fuego. En aquella época las carabinas se encontraban todavía en su forma embrionaria y no tenían las complicaciones de las armas modernas. Por tanto, le fue relativamente fácil dominar el mecanismo sencillo de los fusiles de entonces. Los indios le entregaban sus escopetas descompuestas, y él mediante una pequeña retribución, las limpiaba,

ajustaba las piezas flojas y se las devolvía listas para disparar.

Entretanto, nunca descuidó el oficio de carpintería que aprendió casi desde su niñez, y siempre estuvo elaborando sillas, camas, mesas, puertas y demás objetos del ramo. Carecía de torno para hacer molduras; pero se valió de unos muelles que, pendidos del techo y movidos por el pie le sirvieron para tornear la madera. Y en la misma forma en que suplió el torno con aquel mecanismo de su inventiva, fue sustituyendo con artificio e ingenio todas las demás máquinas que le hacían falta.

Y así, mezclando las lecciones de latín con los quehaceres humildes de un artesano, cosiendo zapatos y reparando carabinas, Porfirio Díaz, de los 18 a los 24 años, fue ganando lo necesario para el sustento de su familia. La necesidad lo obligó a asomarse a todos los campos de la actividad humana, y en todos aquellos trabajos múltiples, fue amplificando su criterio y fortaleciendo su voluntad; el arte de modelar la madera lo preparó para modelar la Patria; el hecho de que fabricara una arma que no podía comprar, fue un precedente que le sirvió para fabricar ejércitos cuando el Gobierno no tenía soldados que darle para la defensa del territorio nacional.

Poco a poco fue saliendo de la situación apretada de los primeros años. En 1853 empezó a hacer su práctica de pasante en el bufete de don Marcos Pérez y, con objeto de asistir a la

práctica de diligencias y abrir informaciones referentes a negocios judiciales, emprendió viajes frecuentes a Zimatlán, Ocotlán y Ejutla, los cuales le dejaban algo de dinero. En 1854 fue nombrado Bibliotecario interino del Instituto y Profesor interino de Derecho Natural. También en este año le fue extendido el poder del Valle Nacional, que le resultó bastante lucrativo.

Cuando se empezaba a regularizar su situación económica, se vió envuelto en las llamaradas del movimiento de Ayutla. Tal parece que el Destino que, en 1849 lo había arrancado del sacerdocio, se proponía ahora arrancarlo del Foro. Sus penas y sus fatigas no eran para preparar un abogado, sino para templar el espíritu de un héroe. En los años en que trabajó oscuramente en un rincón provinciano, había amplificado los horizontes de su inteligencia y de su voluntad. Ya se bastaba a sí mismo porque había aprendido a fabricar todas las cosas que le eran menester. Había forjado su espada como Sigfrido, y tenía derecho de enfrentarse con el dragón. Ya estaba en aptitud de levantar su tienda en cualquier desierto y construir una civilización.

¿Abogado? ¡No! Su vida puritana y frugal había dado a sus músculos la resistencia épica del bronce, y a sus nervios, la tensión sublime de una lira heroica. Se transformó en un atleta capaz de vencer el hambre, de sobreponerse al sueño, de estrangular a la fatiga. La fortaleza de su cuerpo sólo podía ser superada por la fortaleza de su alma. Todavía no era un hombre

de guerra, ni mucho menos un hombre de Estado; pero ya era un hombre completo.

Lo que le enseñó el Instituto no fue nada en comparación de lo que le enseñó la vida. A diferencia del príncipe de que habla Benavente, que todo lo aprendió en los libros, el General Díaz adquirió su sabiduría en contacto continuo con los hombres y en comunión sempiterna con la Naturaleza. Por eso sus atributos principales fueron la ponderación, el equilibrio y la ecuanimidad. Por eso, cuando fue Bibliotecario, no corrió el menor riesgo de morir ahogado bajo una montaña de papeles, como aquel erudito que describe la pluma terrible de Anatole France.

Con aquellos antecedentes, el silogismo de su vida no podía presentar la más leve complicación. Su evangelio era breve como el decálogo: construir, crecer, libertar... Por eso, cuando tuvo que escoger entre su título de abogado y sus obligaciones de ciudadano, no vaciló un segundo: enarboló la bandera de Ayutla y se lanzó a la guerra. ¿Que no era un soldado? Eso no constituía un obstáculo porque ya se había acostumbrado a ser lo que quería.

EL DESPERTAR DE AYUTLA

La desastrosa guerra con los Estados Unidos parecía haber marchitado los laureles del General Santa Anna, aquel condotiero sin escrúpulos que, durante un cuarto de siglo, fue el eje de los destinos nacionales. La incompetencia militar que demostró en la batalla de la Angostura, su ineficaz y torpe defensa en Cerro Gordo y, sobre todo, la incalificable campaña que desarrolló en el valle de México, eran motivos sobrados para que la estrella de Santa Anna llegase a un poniente definitivo. En 1852 se encontraba en la presidencia el General don Mariano Arista, y su régimen austero parecía el más apropiado para que el país acabara de curar las heridas de la guerra, convaleciera de sus añejas enfermedades y entrara en una existencia nueva.

Los Generales santanistas detuvieron aquella obra de restauración material y moral: en julio de 1852 se pronunció en Guadalajara el General Plancarte; muchos otros militares infidentes secundaron aquel movimiento retrógrado, y en enero del año siguiente, el general Arista se vió obligado a descender del solio. Llamado por

sus partidarios, volvió a hacerse cargo de la presidencia "el caudillo inmortal de Zempoala"; como lo llamó Bocanegra, en una de las estrofas del Himno Nacional.

Siempre fue Santa Anna un mal Presidente; pero como en 1853, se hizo cargo del poder en calidad de hombre necesario, lo cegó completamente la vanidad e inició la peor de todas sus administraciones. El tipo más peligroso en la América española es aquel que injerta en su ser, algunos lineamientos de héroe con ciertas cualidades de histrión. Las multitudes se enamoran de los payasos épicos. Por eso México se enamoró de Santa Anna, el clown heroico de las primeras revoluciones. ¡Con cuanta razón lo llama don Justo Sierra "el don Juan de nuestras guerras intestinas".

Sus facultades cautivadoras se atrofiaron con el tiempo, y en 1853, los perfiles del héroe desaparecieron bajo la máscara del histrión. Se dió a sí mismo el tratamiento de Alteza Serenísima y se presentó a la sociedad mexicana en un marco ridículo de oropel. Estableció una corte grotesca y arrojó al destierro a todos los espíritus libres que no aceptaron aquella mascarada bufa. Como uno de los desterrados fue don Benito Juárez, el despotismo de Santa Anna tuvo repercusiones graves en el Estado de Oaxaca.

Los abusos, las inmoralidades, y sobre todo, los actos carnavalescos de aquella corte falsificada, provocaron en el país el vasto movimiento de reacción que se conoce en la historia de México con el nombre de Revolución de Ayutla.

En marzo de 1854 se pronunció en las montañas del sur el Coronel don Florencio Villarreal, y en seguida secundó el movimiento rebelde don Ignacio Comonfort en Acapulco. El antiguo insurgente General don Juan Alvarez se puso al frente de la revolución y México entero despertó a una nueva vida.

Tan pronto como se supo en Oaxaca que había brotado una revolución en Guerrero, los amigos y partidarios de Juárez empezaron a conspirar. El Lic. Marcos Pérez tomó parte muy activa en aquella labor sediciosa, y, naturalmente, arrastró en sus actividades al estudiante de Derecho que había tomado bajo su protección. Así fue como entró Porfirio Díaz en el campo agitado de la vida pública.

La policía oaxaqueña vigilaba a todos los conspiradores y aprehendió a un empleado de don Marcos Pérez en el momento en que recogía un paquete de cartas, en el correo. Aquellas cartas revelaron los nombres de los comprometidos y todos ellos fueron aprehendidos e incomunicados. Porfirio se enteró accidentalmente de las declaraciones que habían rendido algunos de los presos, y se dió cuenta de la conveniencia de ponerse en contacto con don Marcos para prevenirlo y evitar que incurriera en contradicciones que lo acabaran de comprometer. Como el Lic. Pérez estaba recluido en una torre del Convento de Santo Domingo, hubo necesidad de efectuar ascensiones riesgosísimas durante la noche burlando la vigilancia de los centinelas, para llegar hasta el prisionero y con-

tarle las declaraciones que habían rendido los otros conspiradores.

Una Ley de Amnistía fue decretada por Santa Anna, con la esperanza de desarmar a los descontentos y apagar el incendio de la Revolución. Don Marcos y los demás conspiradores fueron puestos en libertad; pero como las ascensiones de Porfirio a la torre de Santo Domingo se hicieran del conocimiento público y fueran comentadas con elogio, el Gobierno lo empezó a ver con hostilidad. Por lo pronto, fue separado de la Biblioteca del Instituto, y luego quedó catalogado entre los enemigos de la Administración. En semejantes circunstancias, acosado por el elemento oficial, en un ambiente encendido por las pasiones de la guerra civil, y con el alma llena de ilusiones cívicas, no se requería ser profeta para anunciar que Porfirio iba a ser arrastrado por el torrente de la Revolución.

El General Santa Anna pretendió aplastar a sus adversarios con un golpe teatral. Siempre había acudido a recursos escénicos, y fiel a este sistema, invitó al pueblo de México, en octubre de 1854, para que dijese libremente si deseaba que él lo siguiera gobernando, y en caso contrario, manifestara a quién debería entregarle el poder. Naturalmente, aquel plebiscito era una farsa, pues las autoridades inferiores iban a obrar como aquel famoso Gobernador venezolano que, en vísperas de elecciones, advertía a los votantes: —"Pueden nombrar a quien gusten; pero... ya verán cómo les va si no designan

a mi compadre Monagas". En México también había que designar a Monagas, es decir, al General Santa Anna. Lo que pretendía Su Alteza Serenísima con aquella comedia electoral era presentarse como el ídolo del pueblo.

Se fijó el día primero de diciembre como la fecha del plebiscito y se señaló en Oaxaca, el Portal del Palacio, como lugar de la votación. El Director del Instituto, Dr. don Juan Bolaños, dispuso que el cuerpo de profesores se presentara en masa y votase porque el General Santa Anna continuara en la presidencia. Porfirio, que formaba parte de aquel cuerpo, por desempeñar interinamente la cátedra de Derecho Natural, se negó a concurrir en esa forma y, desprendiéndose del grupo docente, se presentó solo en aquella ceremonia que presidía el Gobernador y Comandante Militar del Estado General don Ignacio Martínez y Pinillos.

Cuando el doctor Bolaños anunció que todos los profesores del Instituto votaban en favor de su Alteza Serenísima, y Porfirio se dió cuenta de que su nombre quedaba comprendido en aquel sufragio global, pidió que se descontara su voto porque no quería hacer uso del derecho de sufragar. El Gobernador consultó el caso con su secretario, quien manifestó que la solicitud de Díaz era procedente porque el voto es un derecho y no una obligación.

Cuando los profesores pasaron a ratificar individualmente su adhesión al General Santa Anna, el Profesor de Derecho Civil don Francisco Sáenz de Enciso le preguntó a Porfirio con

toda malicia si no votaba. La respuesta fue negativa y Enciso añadió: —"Sí, uno no vota cuando tiene miedo". Ante aquel reproche, se exaltó el Pasante de Derecho, y avanzando hasta el lugar de la votación, cogió una pluma y escribió que su voto era en favor del Excmo. General don Juan Alvarez.

Aquel acto causó general estupor y el Gobernador Martínez Pinillos le dijo a manera de extrañamiento, que él era el primero en votar de esa guisa. Por lo pronto, las autoridades respetaron al joven Porfirio Díaz; pero una vez que hubo pasado la votación, consideraron como delito que hubiese electo a un sedicioso, y que, por añadidura, le dispensara el tratamiento de General y de Excelencia.

Se dictó orden de aprehensión en su contra; pero un agente de la policía le comunicó indirectamente la noticia, a fin de que se pudiera poner a salvo. Porfirio se dirigió a la casa de don Marcos Pérez, en donde recogió un par de pistolas, y de allí pasó a su casa, con el ánimo de ensillar su caballo y escapar de la persecución de la policía. Antes de llegar a su residencia, se dió cuenta de que lo seguían dos agentes y entonces, al voltear una esquina apresuró el paso y se fue a esconder en la casa de su amigo fraternal Flavio Maldonado. Allá fue a buscarlo el Jefe de la Policía personalmente; pero las gentes de aquella casa, en vez de entregarlo, dijeron que no tardaría mucho en llegar, pues su visita de costumbre era a esa misma hora. Ante una declaración tan franca, el Jefe de la Policía

quedó satisfecho, y se fue confiado, después de colocar al frente de la casa dos guardianes con la orden de aprehender a Porfirio, en el momento en que se presentase.

Entretanto, el joven perseguido mandó sacar de su casa, su caballo y sus armas. Estas, junto con la silla de montar, fueron sacadas en el canasto de la basura. En cuanto al caballo, un mozo lo condujo fuera, aparentando que lo llevaba hacia el río Atoyac. Al mismo tiempo, Porfirio llamó a un individuo llamado Esteban Aragón que en otra ocasión lo había invitado a incorporarse en el ejército revolucionario del General Alvarez. Ofrecióle un par de pistolas, una silla de montar y un sable y le dijo que lo único que tenía que conseguirse era un caballo. Aragón aceptó el ofrecimiento y se fue a buscar la jaca que le hacía falta. Regresó con ella al poco rato. Ensillaron y decidieron salir por el zaguán, rápidamente, y arrollando a los policías que estaban esperando a Porfirio.

Así lo hicieron con velocidad de rayo. Porfirio tomó la delantera y Aragón trabó un pequeño combate para protejerle la retirada. Cuando vió que el joven perseguido se encontraba lejos de la acción policíaca, acicateó a su caballo y corrió al galope, hasta alcanzarlo. Unos cuantos minutos después dejaban atrás el caserío de Oaxaca y se perdían en el campo. Porfirio Díaz era ya un rebelde, formaba parte de aquel movimiento arrollador que iba a derrocar a Santa Anna y a transformar radicalmente a la sociedad de México. Ni el General Martínez Pinillos

ni el Lic. Enciso se imaginaban aquel día, que con la actitud arrogante de aquel joven se iniciaba una epopeya. No hay que culparlos. En el momento de nacer, los Amazonas y los Orinocos son iguales a los arroyos más insignificantes....

EL JEFE POLITICO DE IXTLAN

Las primeras actividades del joven revolucionario fueron de escasa importancia; pero le abrieron las puertas del régimen liberal que se inició en Septiembre de 1855 y que no debería terminar sino hasta Mayo de 1911. La caída del General Santa Ana y de su régimen apolillado, fue para México el principio de la etapa más fecunda de su historia. Hombres nuevos aparecieron sobre el escenario político, y la Nación fue conducida hacia nuevos destinos. En el bando liberal se formaron los prestigios de Juárez, Comonfort, Degollado, Lerdo de Tejada, González Ortega, Doblado, Zaragoza... Entre los conservadores se empezaron a destacar Osollo, Miramón, Márquez, Mejía... Había empezado el capítulo más interesante de la vida nacional.

Al salir de Oaxaca, Porfirio se enteró de que su compañero Aragón montaba un caballo ajeno. Cuando le sugirió que consiguiese una cabalgadura, no se imaginó que iba a lazar y apoderarse de la primera jaca que viese. Deseoso de conservar su reputación de probidad, al llegar a Ejutla, Porfirio entregó a las autoridades municipales aquel caballo, a fin de que fuese

devuelto a su dueño. Es interesante esta devolución porque exhibe cómo aquel espíritu, que no le tenía miedo a las responsabilidades políticas, se cuidaba en cambio, de no incurrir en la más leve responsabilidad penal. Desde un punto de vista político, se había salido del terreno legal, puesto que luchaba por derrocar al régimen imperante; pero en el terreno civil, aun en los trances más necesitados, se mantuvo heroicamente dentro de la jurisdicción sagrada de la Ley.

Con el triunfo de la Revolución de Ayutla entró a gobernar el Estado de Oaxaca don José María García, quien extendió nombramiento de Jefe Político de Ixtlán al joven Porfirio Díaz y le dió oportunidad de que pusiera en juego sus facultades organizadoras. Sin perder un minuto, el improvisado funcionario formó la Guardia Nacional en su distrito, y se constituyó en una fuerza en aquella abrupta serranía. Con esa Guardia salvó al Gobernador de Villa Alta que se vió seriamente amenazado por una insurrección de indios juchitecos, y luego pudo enfrentarse en actitud amenazadora, al mismo Gobernador García, quien, a fines de 1855, y cediendo a influencias santanistas, pretendió iniciar una contrarrevolución. Porfirio Díaz se puso entonces al frente de cuatrocientos soldados y avanzó sobre Oaxaca, con objeto de obligar al vacilante Gobernador a que volviera sobre sus pasos; pero no fue preciso emplear la fuerza, porque el señor García, convencido de su error, se había sometido nuevamente a los hombres y a los principios de la Revolución de Ayutla. En Ene-

ro de 1856 se hizo cargo del Gobierno del Estado don Benito Juárez y se consolidó el régimen liberal en Oaxaca.

Cerca de un año estuvo Porfirio Díaz en la Jefatura Política de Ixtlán, y durante todo ese tiempo tuvo bajo su mando a los soldados de la Guardia Nacional de aquel distrito. Al rendir sus primeras cuentas de gastos, don Benito se quedó asombrado de que aquel Jefe Político en vez de cobrar dinero, entregase un sobrante de lo que había recaudado en Ixtlán. Díaz le explicó que los oficiales, sargentos y cabos no tenían sueldos especiales porque, como carecían de conocimientos técnicos y apenas estaban aprendiendo la carrera militar, no había motivo para pagarles más que a los soldados rasos. En cuanto a él, no cobraba nada porque ya tenía su sueldo de Jefe Político, con el que se consideraba ampliamente remunerado. Por último, no se cargaban gastos de alimentación, porque mientras los soldados permanecieran en Ixtlán, podían comer en sus casas, y no había necesidad de prepararles rancho. En aquella Guardia Nacional, nadie pensaba en explotar a la Patria, sino en servirla.

Durante aquel tiempo, Porfirio Díaz no fue propiamente un militar, sino un funcionario civil que disponía de la fuerza necesaria para darle respetabilidad a su cargo. Es necesario subrayar esta circunstancia, porque en ella se encuentra la explicación del sistema político porfiriano. Jamás confundió la jurisdicción civil con la militar; siempre se cuidó de respetar

a sus gobernados y no tuvo la ocurrencia de tratar a la sociedad como se trata a un cuartel. Por eso, cuando veinte años después, se puso al frente de toda la República, no le costó el menor esfuerzo considerar al Ejército como un órgano de la Administración. El concepto de Gobierno quedaba sobre los demás conceptos, y los soldados, por ilustres que fueran, deberían estar al servicio de las autoridades civiles, como la Guardia Nacional de 1855 había estado al servicio del Jefe Político de Ixtlán.

A fines de aquel año procedió el Gobernador Juárez a organizar la Guardia Nacional, no en cuerpos fraccionarios dependientes de las Jefaturas Políticas, sino en dos batallones serios, bajo el mando del Coronel José María Ordaz y del Teniente Coronel Manuel Velasco. Hasta entonces la Guardia Nacional había tenido poca cohesión y disciplina; en adelante, aquellos dos cuerpos iban a tener la misma estructura férrea de los batallones y regimientos del Ejército de línea.

En el momento de constituirse el primer batallón, se dió a los soldados la oportunidad de que designaran a los oficiales, sargentos y cabos que los habrían de mandar. Porfirio Díaz resultó electo Teniente de una de las compañías pero en vista de que se trataba de un batallón regular, no se podía aceptar ninguna de sus plazas sin la resolución de consagrarle todas las energías. Por consiguiente, para que Porfirio pudiese formar parte de aquel batallón, se hacía necesario que renunciase a la Jefatura Política de

Ixtlán, lo que parecía absurdo, pues el sueldo de este empleo variaba entre 140 y 160 pesos al mes, en tanto que los honorarios de Teniente, apenas llegaban a 40 pesos.

Con gran sorpresa del Gobernador Juárez, Porfirio Díaz renunció la Jefatura lucrativa para aceptar la tenencia pobremente remunerada. Al principio no quiso aceptar aquella renuncia; pero viendo que la resolución del funcionario dimitente era irrevocable, don Benito creyó justo nombrarlo Capitán, a fin de que no fuera tan grande el sacrificio que hacía, al abrazar la carrera de las armas. En vista de este nombramiento, el nuevo oficial entró a formar parte, no del primer batallón que comandaba el Coronel Ordaz, sino del segundo que se organizaba bajo las órdenes del Lic. Velasco. Comenzó mandando la cuarta compañía de fusileros; pero muy pronto pasó a mandar una compañía de granaderos.

Por fin formaba parte del Ejército Nacional. Aquella inmensa energía que, hasta entonces se había repartido en las actividades más variadas, había encontrado un cauce digno de ella e iba a abrirse paso en forma arrolladora. El ímpetu de Porfirio Díaz fue irresistible porque se inició con sacrificios y renunciaciones. Primero, renunció la capellanía que le tenía prometida su padrino, el canónigo Domínguez; después abandonó el Foro y el Magisterio para seguir el estandarte de Ayutla; y por último, dejaba la Jefatura Política de Ixtlán, para comprar el derecho de blandir una espada.

Un hombre práctico no habría renunciado a la capellanía, ni a la carrera jurídica, ni mucho menos a la posición oficial que había conquistado en Oaxaca; pero Porfirio Díaz era un hombre de ideal que no se colocaba en donde pudiera cosechar mayores ventajas, sino en donde le era posible prestar mejores servicios. Todo lo sacrificaba al deber: por eso no había valladares capaces de detenerlo.

El carácter que no había cabido en las celdas del Seminario ni en las aulas del Instituto, tampoco podía caber dentro de los muros de la Jefatura de Ixtlán. El Ejército era un campo propicio para aquel espíritu de hierro. Cada soldado,—dijo una vez Napoleón,—, lleva en su mochila el bastón de Mariscal de Francia. Porfirio Díaz necesitaba un escenario heroico en donde se pudiera ascender a las más altas jerarquías y realizar las más inverosímiles proezas...

EL GOBERNANTE DE TEHUANTEPEC

La Constitución Federal que se había prometido al país en el Plan de Ayutla fue promulgada el 5 de Febrero de 1857, y vino a aumentar la efervescencia que se había iniciado siete meses antes con la Ley de Desamortización. Osollo y Miramón amenazaban con su actitud levantisca y por doquiera se presentía el próximo estallido de una guerra intensa. Aquella agitación tuvo sus reflejos anárquicos en el Estado de Oaxaca, donde se pronunció el General José María Salado en Julio de 1857. El Gobernador ordenó al Teniente Coronel Velasco que saliera a batirlo. Los rebeldes fueron alcanzados en Ixtapa, el 13 de Agosto, en donde se libró una batalla, en la que perdió la vida el General Salado. Esta batalla se efectuó casi contra la voluntad del Teniente Coronel Velasco y por iniciativa del Capitán Porfirio Díaz. A éste le correspondieron los laureles de la jornada y también sus fatales consecuencias, pues fue herido gravemente durante la acción de guerra, y aparte de tardar mucho tiempo en recuperar su salud, sufrió durante dos años la molestia de traer la bala incrustada en la región lumbar.

Los últimos meses de aquel año estuvieron impregnados de zozobra porque todo mundo se daba cuenta de que iba a estallar una tempestad. El General Comonfort, que durante dos años había gobernado al país en calidad de caudillo de la Revolución de Ayutla, fue electo para la presidencia, e inició su período constitucional el primero de Diciembre. En la misma fecha se hizo cargo de la Presidencia de la Suprema Corte de Justicia, don Benito Juárez y quedó, conforme a la nueva Constitución, obligado a sustituir al Presidente en caso de falta temporal o absoluta. En Oaxaca se hizo cargo del Gobierno del Estado el Coronel Ordaz, y el Coronel don Ignacio Mejía tomó el mando de los dos batallones de Guardia Nacional.

Durante todo aquel año se había dado cuenta el General Comonfort de que la Constitución del 5 de Febrero, como obra de una minoría exaltada, no respondía a los anhelos de una sociedad rutinera y tradicionalista, como era la mexicana en aquel entonces. La nueva Ley era impopular en las clases conservadoras y el Presidente comprendió que era menester desafiar enormes intereses creados para imponer los principios liberales del movimiento de Ayutla. En vista de estas consideraciones, cuando el General don Félix Zuloaga se pronunció en Tacubaya el 17 de Diciembre y desconoció la Constitución del 5 de Febrero, el Presidente Comonfort secundó el pronunciamiento y se puso también fuera de la Ley que había jurado cumplir.

Aquel paso constituyó un absurdo inconcebi-

ble, pues Comonfort, dentro de la Constitución, era el jefe supremo del país, y fuera de ella, era uno de tantos revolucionarios. El código político de 1857, bueno o malo, era la piedra angular del Gobierno, y por eso, el gobernante que pretendiese arrancar aquella piedra, provocaba un desmoronamiento oficial y despedazaba su propia investidura.

El golpe de Estado fue la clarinada que anunció la Guerra de Reforma. Los conservadores, al ver que había claudicado el caudillo de mayor prestigio de la Revolución de Ayutla, decidieron abolir todos los principios liberales que se habían puesto en práctica desde la caída del General Santa Anna. Comonfort había soñado ser el puente que se tendiera entre liberales y conservadores y sólo resultaba ser el blanco que recibía los proyectiles de los dos partidos contendientes. En tan desairada situación, tuvo la dignidad de comprender la magnitud de su error, aceptar las terribles consecuencias de su suicidio político, esfumarse de la escena y permitir que Juárez recogiese y enarbolase la bandera que él había abandonado.

El austero Magistrado oaxaqueño recibió un Gobierno hecho pedazos. Desde el momento en que el Presidente Comonfort había rechazado la Constitución, se introdujo un gran desconcierto en el Ejército y casi todos los Generales se pronunciaron en contra de la Ley suprema. Juárez tuvo que salir inmediatamente de la ciudad de México; los pocos regimientos y batallones que permanecieron adictos al régimen libe-

ral fueron alcanzados en Salamanca, en donde sufrieron una derrota completa. Después de escapar milagrosamente de ser hecho prisionero y fusilado en Guadalajara, el Presidente Juárez se embarcó en Manzanillo con destino a Panamá. Allí cruzó la zona pequeña que separaba los dos océanos y pudo seguir su viaje a Veracruz, en donde, bajo el amparo del Gobernador liberal Gutiérrez Zamora, continuó la lucha heroica en defensa de la Constitución.

En aquellos días aciagos en que el Presidente se veía obligado a peregrinar fuera del territorio nacional, y el Ejército conservador se adueñaba de las principales plazas del país, hay que admirar la devoción y el entusiasmo con que los Gobernadores de los Estados se aprestaron para el combate sin contar con más fuerzas que las Guardias Nacionales que se acababan de organizar y que, precisamente por ser milicias improvisadas, no estaban en condiciones de enfrentarse con los aguerridos veteranos del Ejército permanente. Mucho se ha llamado al General Degollado "el General de las derrotas". ¡Ah! Con aquellas fuerzas embrionarias, el mismo Aníbal hubiera sufrido una cadena continua de fracasos.

El Capitán Porfirio Díaz hizo su aprendizaje de guerrero en aquel Ejército en formación. Apenas acababa de efectuarse el golpe de Estado de Comonfort, cuando el General conservador don José María Cobos atacó y tomó parcialmente la ciudad de Oaxaca. El Gobernador Ordaz concentró todas sus fuerzas en los con-

ventos de Santo Domingo, el Carmen y Santa Catarina, los cuales fueron sitiados por las fuerzas conservadoras. En aquella situación el Ejecutivo del Estado y el Coronel Ignacio Mejía pensaron en romper el sitio y remontarse a la sierra; pero los oficiales jóvenes y belicosos se indignaron con ese proyecto y acordaron desobedecer la orden de evacuación de la plaza, en caso de que se llegase a dar.

El Lic. Ordaz y el Coronel Mejía comprendieron el deseo de combatir que tenían aquellos jóvenes impetuosos, y los pusieron a la cabeza de las columnas que deberían asaltar las posiciones enemigas. El asalto se efectuó el 16 de Enero de 1858 y las tropas de Cobos, después de dura resistencia, abandonaron el Palacio de Gobierno, en donde habían estado atrincheradas durante tres semanas. En todo este tiempo el Capitán Porfirio Díaz, no obstante tener aún abierta la herida que recibiera en Ixtapa, demostró una gran presencia de ánimo y una actividad incansable que le conquistaron un inmenso prestigio entre aquel puñado de luchadores.

Arrojado de Oaxaca, el General Cobos fue a reorganizarse a Tehuantepec, en donde, recomendado por el Clero, encontró mucho apoyo entre el pueblo de aquella región. En unas cuantas semanas se fortaleció nuevamente el ejército conservador y volvió a amenazar la capital oaxaqueña. El Coronel Mejía salió a combatirlo y, después de derrotar a Cobos en Jalapa, avanzó hasta Tehuantepec, en donde procuró poner en orden el Gobierno alterado de aquel departamento.

Entregado a esa labor ordenadora se encontraba el Coronel Mejía, cuando fue llamado por el Presidente Juárez, quien, después de su paso por el Istmo de Panamá, acababa de internarse en territorio nacional y se encontraba en la serranía meridional veracruzana. Don Benito quería que la Guardia Nacional oaxaqueña lo escoltase hasta el puerto de Veracruz, en donde iba a establecer el Gobierno de la República.

Salió, pues, con su brigada el Coronel Mejía; pero antes de abandonar el Estado de Oaxaca, comprendió la conveniencia de nombrar un Jefe Político de Tehuantepec. Ofreció el puesto sucesivamente a los Tenientes Coroneles Ballesteros y Espinosa, y como ninguno de los dos quisiera aceptar, designó entonces al Capitán Porfirio Díaz, quien no tuvo inconveniente en quedarse, con un destacamento de 160 hombres, en aquella comarca poblada por indios muy fanáticos y por consiguiente, adversarios de la causa liberal.

Después de la derrota de Jalapa, las fuerzas de Cobos quedaron dispersas; pero en espera de una oportunidad favorable que les permitiese entrar nuevamente en acción. Esta oportunidad les pareció que había llegado cuando vieron que la brigada de Mejía se iba y dejaba en Tehuantepec un núcleo pequeñísimo de soldados. Los corifeos conservadores creyeron fácil aniquilar ese núcleo y empezaron a tirotear en los suburbios de Tehuantepec. El 11 de Abril, una columna acampó a dos leguas de distancia, en la hacienda de "Las Jícaras", y dió señales de ini-

ciar el sitio de la plaza. El Capitán amenazado se dió cuenta de que el enemigo preparaba operaciones formales para el día siguiente y decidió sorprenderlo con un ataque audaz e imprevisto. La noche del 12 de Abril dejó en Tehuantepec un pelotón al mando del Teniente Omaña, y con el grueso de su Compañía salió de la plaza y, haciendo un rodeo enorme, fue a caer sobre las tropas dormidas en la madrugada del trece. Aquella columna no esperaba el ataque, ni mucho menos por la retaguardia: el golpe la desconcertó completamente, y cuando los jefes y oficiales empezaron a salir de su asombro, la derrota ya se había consumado.

Esta acción de guerra, por la cual fue ascendido Porfirio Díaz al grado de Mayor, lo salvó de una destrucción inmediata; pero no lo puso fuera de peligro porque los habitantes de aquella comarca eran enemigos del credo liberal, y por lo mismo, escondían a los soldados conservadores fugitivos; curaban a los heridos; armaban nuevamente a los que habían perdido su fusil; en una palabra, ponían a los derrotados y a los dispersos en condiciones de continuar la pelea. En semejante ambiente de hostilidad, el Comandante Díaz comprendió que la única manera de sostenerse era estar siempre en acecho, batir las pequeñas partidas que se fuesen organizando, atacar los brotes levantiscos en el preciso momento en que hicieran estallido, e impedir a todo trance que se integrara un núcleo de consideración.

Por meses y meses se dedicó a una constante

ofensiva que fue su salvación. Al mismo tiempo, y considerando que los indios juchitecos eran adversarios seculares de los indígenas de Tehuantepec, se aprovechó Porfirio Díaz de aquella enconada rivalidad, para flotar en aquel medio alborotado de peligros y de acechanzas. No se crea por eso que avivó los odios y los rencores: ¡no! Lo que hizo fue neutralizarlos para colocar encima de ellos el principio de autoridad.

Las acciones de guerra que se registraron en los alrededores de Tehuantepec, durante todo este tiempo, fueron nomás pequeñas escaramuzas; pero la audacia con que se libraron; el brío que se necesitó para mantener una ofensiva constante al través de los años de 1858 y 1859; y sobre todo, la energía y la prudencia que fue preciso combinar para impedir una catástrofe, hacen de aquella serie de escaramuzas uno de los capítulos más interesantes de la vida militar de Porfirio Díaz. Sin recibir el menor auxilio del Gobierno de Oaxaca, y menos aún del Gobierno de la República, en una comarca hostil y con sólo un puñado de combatientes, supo conservar en sus manos el lábaro de la Reforma, en los días más aciagos de la lucha. Y no sólo mantuvo en alto la bandera, sino que además conservó una posición preponderante sobre miles de adversarios que lo habrían hecho pedazos, si él se hubiera desplomado en el error más leve o en la distracción más insignificante.

Creo que fue el cultísimo General don Miguel Ruelas quien me dijo en cierta ocasión que

las grandes maniobras militares lo mismo pueden realizarse con un exiguo pelotón que con un formidable cuerpo de ejército. Y me ilustraba su afirmación, evocando el célebre combate entre Horacios y Curiacios, en el que, después del primer encuentro, resultaron dos Horacios muertos y tres Curiacios heridos. El Horacio superviviente corrió y sus tres adversarios se fueron impetuosamente detrás de él; pero como las heridas que tenían no eran igualmente dolorosas y profundas, resultó que no pudieron avanzar con la misma velocidad y se dispersaron en aquella carrera. Entonces fue cuando Horacio los combatió separadamente y pudo matar a los tres. El soldado romano, al correr y desparramar a sus enemigos, realizó una maniobra tan hábil, tan serena, tan genial, y sobre todo, de resultados tan eficaces, que puede competir con las mejores de Napoleón y de Aníbal.

También las escaramuzas son importantes: dentro de la pequeñez del marco de Tehuantepec, Porfirio Díaz, al frente de menos de doscientos soldados leales, aplicó el método de martillear instantáneamente sobre todos los enemigos que aparecían delante de él. No les daba tiempo de medrar porque los extinguía antes de nacer. Si se hubiera dormido sobre sus primeros laureles, al despertar, se habría visto envuelto en un incendio imposible de ser apagado.

Mientras dirigía las operaciones militares, tenía que atender al gobierno civil de la región; vigilaba la recaudación de las contribuciones y cuidaba de su repartición equitativa; impartía

justicia; daba garantías a todo mundo; administraba los intereses de la colectividad. Y como la guerra había roto sus contactos con el Gobierno de Oaxaca, tenía que obrar por iniciativa propia, sin consultar los casos difíciles con los superiores jerárquicos, asumiendo toda la responsabilidad. El Destino, al aislarlo, parece que se proponía educarle la voluntad, enseñarlo a obrar por su cuenta, hacer de él mismo la fuente de todas sus inspiraciones y el juez riguroso de sus propios actos. Estaba en gestación el jefe, el extraordinario jefe que, veinte años después, iba a concentrar las energías de la República entera.

Las Leyes de Reforma, promulgadas por Juárez en Julio de 1859, tuvieron en el istmo una repercusión que estuvo a punto de acabar con el Jefe Político de Tehuantepec. Los juchitecos, por odio a los tehuanos, se habían afiliado al bando liberal; pero cuando les dijeron que las Leyes de Juárez eran contrarias a la religión, se levantaron en armas. Porfirio Díaz comprendió la gravedad del caso y se trasladó a Juchitán inmediatamente. Dejó la fuerza militar en los suburbios del pueblo, para no provocar recelos ni suspicacias y se internó solo por las calles, en busca de los cabecillas pronunciados. Una partida de rebeldes lo reconoció e iba a hacerle fuego; pero él, sin inmutarse, los calmó y los condujo a la plaza del pueblo en donde el cura de Tehuantepec les dirigió la palabra en idioma zapoteco, y consiguió volverlos al orden.

Este episodio no fue sino uno de tantos en

aquella vida azarosa, llena de audacias y riesgos, en la que Porfirio Díaz se acostumbró a mirar la posible llegada de la muerte como la cosa más natural del mundo. Los guías italianos que conducen a los turistas por el cráter del Vesubio, han llegado a familiarizarse con las trepidaciones volcánicas, y ven sin estremecerse las corrientes de lava que pasan a sus pies. El Gobernador del istmo después de dos años en un terreno inhospitalario y agresivo, también había aprendido a permanecer tranquilo sobre el cráter abierto y humeante de nuestras guerras intestinas...

Tehuantepec enseñó a Porfirio Díaz a estar siempre en acecho, a no necesitar de la ayuda de sus superiores, a bastarse a sí mismo, a adelantarse a los golpes de sus adversarios y a estrangular las revoluciones antes de nacer...

PORFIRIO DIAZ

RETRATO DE LA EPOCA DE LA REFORMA Y DE LA INTERVENCION

LA EXPEDICION DEL ISTMO

La guerra de Reforma fue larga y cruel porque ninguno de los bandos contendientes tuvo la fuerza necesaria para aniquilar al bando contrario. Después de la derrota del General Parrodi, en Salamanca, el ejército conservador se adueñó de las ciudades más importantes del centro del país y pretendió extender su jurisdicción en los Estados septentrionales. El General Miramón ganó la batalla de Ahualulco: pero su victoria fue nominal porque no pudo seguir adelante; el norte de la República continuó dominado por don Santiago Vidaurri.

A mediados de 1859, el mismo General Miramón intentó apoderarse del puerto de Veracruz y hacer prisioneros a Juárez y a sus Ministros; pero como no tuvo éxito, la frontera y la costa de México siguieron en manos de los liberales, en tanto que la Mesa Central continuó en poder de los conservadores. La guerra se prolongó dolorosamente porque ninguno de los combatientes parecía tener el vigor necesario para invadir el campo enemigo y obtener allí una victoria decisiva. Mientras Miramón fracasaba en Veracruz, Degollado era hecho añicos en las lomas de Tacubaya.

Con objeto de romper esta situación indecisa, el Presidente Juárez decidió enviar un gran cargamento de armas y municiones al General don Juan Alvarez, que se encontraba en el Estado de Guerrero. Como el viejo insurgente había sido el caudillo máximo de la Revolución de Ayutla, conservaba un gran prestigio y se creía que, tan pronto como recibiese aquel armamento, bajaría de los montes surianos como alud formidable y al llegar al centro del país, arrollaría fácilmente los ejércitos de Miramón y de Márquez.

El Teniente Coronel Porfirio Díaz fue el jefe escogido para recoger ese cargamento de armas y municiones en el Golfo de México, llevarlo a través del istmo de Tehuantepec, y embarcarlo en el puerto de Ventosa, con destino a la ciudad de Acapulco. Aquella expedición estuvo llena de azares y peligros. Desde Tehuantepec hasta el río de la Puerta, el viaje se hizo a caballo; de allí en adelante, hasta llegar al río Coatzacoalcos, se emplearon pequeñas canoas; y por último, desde Suchil hasta Minatitlán, el trasporte de la tropa pudo hacerse con mayor comodidad, en una de las embarcaciones dedicadas al tráfico del istmo.

El regreso fue todavía más accidentado y difícil porque el enemigo se preparaba a asaltar el convoy y había que obrar con extraordinaria rapidez. Por otra parte, fue necesario desempacar todo el armamento, que venía en cajas grandes, y acomodarlo otra vez en cajas pequeñas, con diez rifles cada una, a fin de que pudieran

cargarse sobre mulas, en la región montañosa que abarca desde Suchil hasta el llano de Saravia. Desde este lugar hasta Tehuantepec se emplearon en el transporte del armamento doscientas carretas y veinte guayines. Mientras navegaron en el Coatzacoalcos y se ocuparon de construir las cajas, en Suchil, los soldados se nutrieron exclusivamente de pescado; en los demás lugares, se tenían que avenir a lo que producía la Naturaleza. Hombres extraordinarios eran aquellos, a quienes se les señalaban comisiones, sin proporcionarles los elementos necesarios para cumplirlas. El Gobierno se limitaba a ordenar que se trasportasen las armas desde el Atlántico hasta el Pacífico: el jefe de la expedición tenía que arreglar lo demás: conseguir canoas, mulas, carretas, lo que fuese menester, y al mismo tiempo, proveer a las necesidades ingentes de la tropa.

La abundancia de pormenores con que se relata esta expedición en las Memorias del General Díaz, pone de manifiesto que él la consideró de enorme trascendencia. El Gobierno de Juárez también le dió una gran importancia y la prueba de ello es que ordenó al General don Francisco Iniestra que avanzara de Oaxaca hasta Tehuantepec, a fin de proteger el paso del armamento.

Esta maniobra que era sencilla, se complicó muchísimo porque los soldados oaxaqueños no aceptaron la jefatura de Iniestra, y don Benito se vió obligado a retirarle el mando. Se hizo cargo de la columna el Coronel don Ignacio Mejía,

quien continuó su avance a Tehuantepec, con la esperanza de que se le incorporaran en el camino las fuerzas liberales de los Coroneles Alatriste y Carbajal. Estos jefes no se presentaron y entonces Mejía creyó prudente replegarse a Teotitlán, en donde fue alcanzado y derrotado, el 30 de Octubre de 1859 por las fuerzas conservadoras de los Generales José María Cobos y José Vicente Mignon.

Esta derrota fue de graves consecuencias; el Gobernador de Oaxaca, Díaz Ordaz, se vió obligado a abandonar la capital y remontarse a la sierra de Ixtlán. Cobos se adueñó de la situación y, con la actividad que le era característica, destacó una columna sobre Tehuantepec, al mando del Coronel Alarcón, con órdenes de que le cerrase el paso a Porfirio Díaz e impidiera que el convoy de armas y municiones llegase hasta las aguas del Pacífico.

Coincidió con estos tristes acaecimientos, una sublevación de indios en el istmo, los cuales, bajo el mando de los Coroneles Ojeda, Santibáñez y Manzo, también marcharon sobre Tehuantepec.

De acuerdo con el plan del Gobierno Federal, el Teniente Coronel Díaz debió haberse encontrado en Tehuantepec, una columna que le cuidara el paso; pero lo que en realidad encontró fue una plaza amagada por elementos militares muy superiores a los suyos. En circunstancias tan críticas, comprendió que lo primero que tenía que hacer era salvar el armamento, y al efecto, se devolvió con el convoy a Juchitán;

pero en lugar de introducirlo en la plaza, lo metió en una selva tupida y enmarañada, y luego lo acabó de proteger con una tala de árboles. En seguida, proyectó caer sobre las fuerzas conservadoras; pero como éstas lo esperaban por el camino de Juchitán, el astuto jefe liberal hizo un larguísimo rodeo, y las atacó por la ruta de Ventosa, es decir, por la retaguardia. Se repitió el caso de Las Jícaras: no obstante que Porfirio Díaz contaba únicamente con 340 soldados, logró vencer y dispersar a más de 700 hombres. Una vez que el istmo quedó libre de aquellas fuerzas hostiles, el convoy de armas y municiones pudo ser llevado hasta Ventosa, en donde fue puesto sobre la goleta que lo llevó después hasta Acapulco. El Gobierno de Juárez extendió a Porfirio Díaz el Despacho de Coronel, como premio de sus servicios en aquella expedición y, especialmente, por la brillante victoria con que coronó aquella meritísima campaña.

Por desgracia, el General don Juan Alvarez no desarrolló las actividades extraordinarias que de él se esperaban. El tigre no bajó a la llanura: se quedó metido en las espeluncas de las montañas del sur. Los liberales de aquel tiempo alimentaban la ilusión de que la Revolución de Ayutla había triunfado por la dirección de Alvarez; pero no! Aquel movimiento tuvo éxito por la actividad incansable de Comonfort y por la ayuda de los principales caudillos regionales, entre los que se destacaron por su importancia, Vidaurri, Degollado y Gu-

tiérrez Zamora. Don Juan Alvarez era nomás un cacique, con horizontes limitados, que no quería ni sabía salir del Estado de Guerrero. Recibió las armas que le envió don Benito y las empleó en beneficio exclusivo de su ínsula, sin pensar en bajar a la palestra abierta del territorio nacional.

Mientras el General Alvarez se conformaba con ser "el hombre de Guerrero", se estaban formando los hombres de la Patria. La expedición del istmo no tuvo, pues, otro resultado que el de contribuir a formar la férrea personalidad de un soldado que entonces era de cuarta categoría, pero que muy pronto iba a figurar en primera línea, para destacarse después con los prestigios indiscutibles de un héroe de leyenda.

En 1859, todavía eran obscuros los nombres de Ignacio Zaragoza y de Jesús González Ortega. Porfirio Díaz era aún más obscuro. Y sin embargo, ellos iban a ser quienes lograsen la derrota de Miramón y el exterminio de Márquez.

LA ULTIMA CAMPAÑA REGIONAL

La derrota inferida a Alarcón en los alrededores de Tehuantepec no clareó la situación de la causa liberal en Oaxaca, puesto que la capital del Estado continuó en poder de los conservadores y el Gobernador Díaz Ordaz siguió remontado en la sierra de Ixtlán. En semejantes circunstancias el Coronel Porfirio Díaz comprendió la necesidad que tenía de incorporarse al núcleo principal de las fuerzas del Estado, y salió de Tehuantepec el 5 de Enero de 1860.

No fue muy afortunado en esta expedición, pues unos soldados juchitecos se insubordinaron en el camino e introdujeron la desorganización en la tropa. En esas condiciones lo atacó el General Marcelino Cobos, en Mitla, el 21 de Enero, y le causó un descalabro que lo obligó a dejar el campo en poder del adversario. Esta acción fue de escasa importancia en el desarrollo de la guerra de Reforma; pero ejerció una gran influencia en el alma de Porfirio Díaz que, hasta entonces, no había sido derrotado. La derrota es como algunos alcaloides: tomada en pequeñas dosis, fortifica el espíritu, en vez de envenenarlo.

El General Marcelino Cobos, alentado por el triunfo que había obtenido, se unió a su hermano José María y ambos tomaron la ofensiva contra las posiciones que ocupaba el Gobernador Díaz Ordaz, al pie de la serranía. Fueron rechazados con grandes pérdidas, aunque el precio de la victoria liberal resultase muy caro, pues murió en la pelea el mencionado Díaz Ordaz, y con él se acabó la unidad que reinaba en aquel puñado de luchadores oaxaqueños.

Por ministerio de la Ley, se hizo cargo de la gubernatura del Estado el Lic. don Marcos Pérez, varón de virtudes ejemplares y carácter férreo, pero que no obraba en armonía con el Coronel don Cristóbal Salinas, que heredó la jefatura militar. Algunos subalternos de Salinas hubieran querido verlo Gobernador, y como cometieran la imprudencia de manifestarlo, se creó entre el soldado y el funcionario civil una rivalidad que fue de funestas consecuencias.

El Coronel Porfirio Díaz consiguió incorporarse a las fuerzas del Coronel Salinas el 26 de Enero y sugirió desde luego la conveniencia de amagar Oaxaca. El comandante en jefe aceptó y se acercaron para iniciar el asedio de la plaza.

Tan pronto como el Gobernador Pérez se enteró de que el Coronel Díaz se había unido a las fuerzas del Estado, comisionó al Tesorero de Oaxaca don Manuel Toro para que se acercara a él y le diera órdenes de aprehender al Coronel Salinas y tomar el mando supremo de las operaciones. Como aquellas tropas eran de Guardia Nacional, el Gobernador era el jefe

máximo y, por lo mismo, sus disposiciones no podían ser puestas en tela de juicio. Sin embargo, Porfirio comprendió el efecto deplorable que iba a causar entre los combatientes la aprehensión del Comandante en Jefe, y además, se sintió cohibido para recibir el mando supremo de las operaciones, unos cuantos días después de haber sufrido la derrota de Mitla. Así se lo hizo ver al señor Toro y le suplicó que explicara al Gobernador tan graves inconvenientes, a fin de que no insistiese en una orden que, aparte de ser injusta, era innecesaria, puesto que el Coronel Salinas aceptaba todas las insinuaciones y consejos que le daba el Coronel Porfirio Díaz.

Don Marcos quedó inconforme; el Coronel Salinas se disgustó profundamente, y don Benito Juárez—a quien llegaron noticias de aquellas discordias—envió a Oaxaca, en calidad de Jefe de las operaciones, al General don Vicente Rosas Landa, quien, con su carácter altanero, quisquilloso y difícil, acabó de complicar aquella situación.

El nuevo General se hizo cargo del mando el día 12 de Febrero y en vez de prepararse para el asalto de la plaza, como se lo pedían sus subordinados, mantuvo a las tropas sitiadoras en una inactividad desalentadora, durante tres meses, alegando siempre que era muy riesgoso asaltar plazas con tan escasos elementos. Por otra parte, pretendió exigir en aquellas milicias improvisadas una disciplina férrea, propia de un ejército tradicional, y lo único que consiguió

fue acentuar la indisciplina y hasta provocar la insubordinación.

Aquel sitio flojo se mantuvo hasta que el General Miramón envió en auxilio de la plaza una columna al mando del General Santiago Cuevas. Los liberales se vieron obligados a levantar el sitio y a remontarse otra vez a la sierra de Ixtlán. El grueso de la columna, bajo el mando directo del Coronel Salinas tomó el rumbo de Tlalixtlac, en tanto que el General en jefe, con la artillería y las tropas de Porfirio Díaz, se retiró por el camino de Teococuilco.

El General Cobos destacó dos columnas para hostilizar a los liberales que se retiraban: la del General Trejo se puso a perseguir al Coronel Salinas, y la del Coronel Alarcón se fue detrás de Rosas Landa. Este comisionó a Porfirio Díaz para que le protegiese la retaguardia; y el joven Coronel, en vez de mantenerse a la defensiva, inició un contra-ataque que dió magníficos resultados, pues obligó a Alarcón a descender al valle, y la columna liberal pudo ya caminar tranquilamente hasta llegar a Teococuilco.

Durante aquella marcha, Rosas Landa no hizo sino quejarse de la indisciplina de las tropas oaxaqueñas, a las cuales atribuía toda la responsabilidad del desastre. Los jefes y oficiales resintieron mucho aquellos cargos y estuvieron a punto de insubordinarse contra su inepto General. El Coronel Díaz impidió aquella explosión y cuidó de que Rosas Landa llegase sano y salvo a Teococuilco. En esta población dejó el mando de la columna el General en Jefe, y se

fue a Veracruz, a quejarse con el Presidente Juárez de la actitud levantisca e irrespetuosa de los oaxaqueños. ¡Vaya un General que, en lugar de corregir la desorganización de su ejército, se va a quejar de los desórdenes militares, ante la suprema autoridad civil!

Tan pronto como el Coronel Díaz llegó a Teococuilco, procuró averiguar el estado en que se encontraba la columna del Coronel Salinas. Esta, en su retirada, se había diseminado en varios pueblos, donde corría peligro de ser batida, a pedazos, por el General Trejo. Entonces Porfirio subió con sus tropas hasta Ixtlán, y luego descendió rápidamente hasta Ixtepeji, en donde Trejo estaba derrotando a una Compañía dispersa, que no podía incorporarse a la columna principal que estaba en Ixtlán. El Coronel Díaz cayó sobre el victorioso General conservador, en el momento en que tomaba posesión de la plaza. Desconcertado por aquel golpe imprevisto, Trejo se retiró desordenadamente, en completa derrota. Las tropas liberales lo persiguieron tenazmente, y de aquella columna de 700 soldados, sólo regresaron a Oaxaca 100 hombres vencidos y desmoralizados.

Mientras Porfirio Díaz maniobraba en esta forma, el General Rosas Landa se encaminaba hacia el puerto de Veracruz a presentar sus quejas. Lo primero que hizo al presentarse al Presidente Juárez fue decirle que las fuerzas oaxaqueñas eran incapaces de todo servicio y que por lo mismo, no podían enfrentarse con la tropa del General Cobos. Don Benito le contestó

mostrándole el parte del combate de Ixtepeji, en el que se comunicaba que el Coronel Porfirio Díaz había despedazado la columna del General Trejo.

Aquella acción de guerra permitió a los liberales reorganizarse y preparar un nuevo amago sobre la ciudad de Oaxaca. El General Miramón llamó otra vez a México a la columna del General Cuevas, y los Coroneles Díaz y Salinas bajaron de la sierra a atacar la plaza. El Coronel Montero, antiguo compañero de campaña del Teniente Coronel Félix Díaz, y que formaba parte de las fuerzas de Cobos, ofreció entregar el Convento del Carmen, mediante la suma de diez mil pesos. El Coronel Porfirio Díaz sospechó—¡y con razón!—que se trataba de hacerlo caer en una emboscada y simuló presentarse a recibir la posición ofrecida, mientras preparaba un ataque formal y vigoroso por el Convento de Santo Domingo, que quedaba en el rumbo opuesto y que tenía motivos para suponer desguarnecido. Una lluvia torrencial vino a desbaratar estos proyectos, y las tropas sitiadoras se retiraron a la Hacienda de San Luis, a dos kilómetros de la ciudad. El General Cobos salió a atacarlas en esta hacienda; pero fue vencido y tuvo que replegarse otra vez a sus posiciones. El Coronel Salinas, alentado por aquel éxito, ordenó el asalto al centro de la plaza, y el Coronel Porfirio Díaz ejecutó un ataque brillantísimo, tras del cual quedó dueño de las principales posiciones enemigas. En el reñido combate recibió un balazo en una pierna; pero la bandera

liberal ondeaba nuevamente sobre la ciudad de Oaxaca.

Cobos se retiró a los Conventos del Carmen y Santo Domingo, y el 6 de Agosto de 1860 abandonó la plaza. Porfirio tuvo que guardar cama; pero su hermano Félix salió en persecución de las fuerzas conservadoras, las alcanzó en Sedas el 9 de aquel mes, les quitó diez cañones y les hizo 400 prisioneros, los cuales le sirvieron de base para formar el regimiento que se hizo después famoso con el nombre de "Lanceros de Oaxaca".

Tan pronto como sanó de su herida, el Coronel Porfirio Díaz se dedicó a reorganizar la Guardia Nacional de Oaxaca, y obedeciendo órdenes superiores pasó a Tehuacán a formar parte de la División del General Ampudia. Aquella división se consagró en el mes de Diciembre a entorpecer las maniobras del General Miramón; pero a causa de unos correos que llegaron con retraso, no le tocó batirse en la inmortal jornada de Calpulálpam, en donde fue vencido el joven Macabeo, como con sobrada razón llamaban los conservadores a aquel soldado esclarecido y romancesco que tuvo genio para todo, menos para comprender que su causa era imposible.

La División del General Ampudia se incorporó al Cuerpo de Ejército del General Jesús González Ortega, en los últimos días de aquel año, e hizo su entrada triunfal a México el 4 de Enero de 1861. ¿Qué fue lo que sintió Porfirio Díaz al ponerse en contacto con la ciudad ma-

ravillosa, ennoblecida por quinientos años de tradición? ¿Qué le dijeron las fachadas de los palacios, las cúpulas de los templos, las torres de la Catedral, la nieve de los volcanes, los ahuehuetes de Chapultepec? Venía cubierto con el polvo de las campañas, y de pronto se sentía inundado por el polvo de los siglos... ¡Ah! Yo me imagino a aquel joven provinciano, conmovido y azorado al entrar por las calles de la ciudad magnífica que es una síntesis acabada de la Patria. Y lo veo pálido y tembloroso, con el pulso agitado, con los ojos llenos de pasmo y con el corazón queriéndosele salir del pecho. Así llegan a México todos los muchachos ambiciosos de gloria y sedientos de porvenir. Así debe haber llegado Porfirio Díaz, en aquella mañana de Enero, a las órdenes de un General de leyenda y amparado por la bandera de la Libertad.

Y debe haber sentido que aquel momento era uno de los más intensos y trascendentales de su existencia. Y lo era, en verdad, porque en ese momento sus horizontes se dilataban, su criterio crecía, su alma se remontaba a mayores alturas. Había salido del escenario de Oaxaca para entrar en el escenario gigantesco de la República. El soldado de la provincia se iba a convertir en el soldado de México...

EL DIPUTADO PORFIRIO DIAZ

El 6 de Noviembre de 1860 no se había efectuado aún la batalla de Calpulálpam; pero Juárez estaba seguro de la victoria liberal, y convocó al pueblo de México para que, en el primer domingo de Enero, eligiese los Diputados de la segunda legislatura constitucional, y el Presidente que debería regir los destinos del país, desde 1861 hasta 1865. Estas elecciones se efectuaron el 6 de Enero, o sea dos días después de aquel en que González Ortega hizo su entrada triunfal en la ciudad de México.

Ningún pueblo de la tierra puede manifestar su voluntad en medio de las pasiones de la guerra civil, y México, en aquella fecha (dos semanas después de Calpulálpam) se encontraba profundamente conmovido por las últimas sacudidas de la Revolución; pero Juárez era hombre expedito y práctico y a él se atribuye esta frase que bien puede ser de cualquiera otro Presidente hispano-americano: "Si el Gobierno no hace las elecciones, entonces, ¿quién las hace?" Las de 1861 fueron hechas por el Gobierno y las únicas dificultades que se registraron en la instalación de aquella legislatura, obedecieron a

que no se conseguían los diputados necesarios para formar "quorum". El 9 de Abril se reunieron 36 diputados; el 17 se juntaron 52; el 20 aumentó el número a 58; y, por último, el primero de Mayo, después de excitar a los Gobernadores de los Estados, para que enviasen a México a los representantes populares, acudieron a la cita 97 presuntos diputados y se pudo instalar el Congreso.

El Presidente Juárez leyó su mensaje delante de aquella Cámara el 9 de Mayo, y al día siguiente se efectuó la primera sesión parlamentaria. En ella se leyó una comunicación del Gobernador de Oaxaca, en la que participaba que los miembros de la diputación oaxaqueña habían salido para la ciudad de México. Por lo mismo no es difícil inferir que el Coronel Porfirio Díaz—que formaba parte de aquella diputación—ocupó su curul en la tercera semana de aquel mes.

¿Qué fue lo que hizo el militar oaxaqueño en aquella memorable legislatura? Nada. Su nombre es mencionado tan sólo en la sesión del 22 de Junio, en un oficio de la Secretaría de Guerra en que ésta participaba al Congreso estar utilizando los servicios de Porfirio Díaz en el Ejército Nacional. Cuatro días antes, los militares de aquella Asamblea se habían separado para volver a empuñar las armas en defensa de las instituciones amenazadas por las audacísimas actividades del General Leonardo Márquez.

¡Porfirio Díaz diputado! No deja de ser interesante para un psicólogo ponerse a conside-

rar lo que sentiría aquel hombre práctico y sereno, en medio de aquel congreso de teorizantes y apasionados. Formaron parte de la legislatura de 1861, León Guzmán, Sebastián Lerdo de Tejada, Manuel María de Zamacona, Ezequiel Montes, Manuel Ruiz, José María Iglesias, Ignacio Mariscal, José María Mata, Manuel Romero Rubio, Ignacio Manuel Altamirano, Juan Antonio Mateos, etc., etc. Más que un Congreso, parecía aquél un torneo romántico, unos juegos florales de oratoria, en donde los diputados procuraban dar la nota dramática y sentimental.

En sus cinco semanas de vida parlamentaria, Porfirio Díaz oyó discursos tiernos, amorosos, coléricos y vengadores. Don León Guzmán, al hacerse cargo del Ministerio de Gobernación, expuso un programa que parecía una oda lírica; don Manuel Ruiz expuso también, en tono heroico, la obra que había realizado como Ministro de Justicia en las administraciones de Comonfort y de Juárez; don Ezequiel Montes defendió un proyecto de Ley, conforme al cual se pagarían diez mil pesos a quienes matasen a Márquez o a Mejía, a Cobos o a Lozada; don Leandro Valle propuso la creación de un Comité de Salud Pública, para cuidar las instituciones liberales; el diputado Balandrana terminó un período oratorio con las famosas palabras del convencional francés: "Sálvese mi patria, aunque la posteridad me condene".

Porfirio Díaz tiene que haberse sentido desconcertado y confundido delante de aquel volcán tribunicio que diariamente hacía erupción.

Hay hombres de acción que pueden tener sitio en los escaños de un Congreso, como el Marqués de Laffayette, como don Juan Prim, como el General Foy; pero hay otros como Cromwell, como Bismarck, como Bonaparte, que para obrar, necesitan libertarse de la psicología colectiva. Esta clase de hombres—y a ella pertenecía don Porfirio—no entiende los resortes que mueven a la turba pequeña, pero sí se da cuenta de las necesidades que hacen palpitar a los pueblos. Un demagogo del tipo Marat puede hacer trepidar una Asamblea y llevarla hasta el delirio; pero se hace necesario un Napoleón para sacudir a toda Francia.

Porfirio Díaz nunca fue el demagogo (¡ni cuando acaudilló una revolución!) que goza en el desorden y prospera en el río revuelto de las pasiones desatadas. Por lo contrario, fue un creyente del método, un devoto del principio de autoridad, un encauzador de las energías desbordadas, un artífice social que siempre procuraba aplacar en vez de enardecer a las muchedumbres. En aquel Congreso lírico producía la impresión de una águila enjaulada en unión de una parvada de alondras y de ruiseñores.

Lo vino a sacar del Congreso el recrudecimiento de la guerra civil, que parecía apagada. Después de que el General Miramón fue derrotado en Calpulálpam, resucitó el Ejército conservador en el Bajío, bajo el mando del General Leonardo Márquez, aquel estupendo organizador que sabía improvisar legiones en medio del desastre. El siniestro caudillo derrotó al Coronel

Mariano Escobedo en Río Verde, y al General Manuel Doblado en Cerro del Huizache. Insolentado por estos triunfos, recurrió al terror con objeto de paralizar a la sociedad mexicana. Y asaltó la hacienda de Pomoca, aprehendió a don Melchor Ocampo y ordenó su inmediato fusilamiento.

Delante de aquel atentado se conmovió el país entero, y el General Santos Degollado pretendió salir a castigar a Márquez y a sus secuaces; pero como estaba privado de todo mando militar, por un proceso que tenía pendiente, se presentó ante el Congreso a pedir que se le permitiera ir a luchar contra los enemigos de la civilización y de la Ley. Los diputados concedieron el permiso pedido y el General Degollado salió dramáticamente de la Capital, en una expedición guerrera que, por desgracia para México, resultó ser una expedición para la Eternidad. Fue derrotado en los llanos de Salazar por Buitrón, y el caudillo liberal cayó acribillado por las balas enemigas sobre el campo de batalla.

El General Leandro Valle se consideró obligado a vengar la muerte de su compañero de armas; pero la suerte le fue adversa, cayó en poder del enemigo, y tras de ser pasado por las armas, fue colgado de uno de los árboles del Monte de las Cruces. Aquellas tragedias hicieron ver a todo México que Márquez había entrado en acción. No cabía la menor duda: la pantera de Tacubaya andaba suelta y ávida de sangre. La sociedad se sentía amenazada.

No se conformó el General Márquez con ma-

nifestar su presencia con estos hechos rojos, sino que llegó a atacar el barrio de San Cosme. Su objeto fue distraer la atención de los soldados que guarnecían la metrópoli, mientras el grueso de su columna pasaba sin ser hostilizada, con rumbo hacia el sur del país. Los rumores de que la Capital de la República estaba siendo atacada, llegaron hasta el Congreso; el Coronel Porfirio Díaz solicitó que se le permitiera salir a prestar sus servicios de soldado. Aquella petición le salía del fondo del alma. ¿Qué estaba haciendo allí sobre aquel océano encrespado de palabras sonoras? Después de cinco semanas de inacción y de silencio, aquel hombre necesitaba salir a un campo en donde su contribución fuese fecunda. Y Porfirio Díaz, que se había libertado del Convento, y de la carrera jurídica, y de la política regional, se libertó también de la vida parlamentaria, y se fue nuevamente a los campos de batalla, hacia donde lo empujaban su vocación y su destino.

Muchos años después, cuando se encontraba en la Presidencia de la República, el General Díaz adoptó la costumbre de enviar al Senado a todos aquellos personajes que, por cualquier motivo, eran separados de los Ministerios, de las Gubernaturas o de las Comandancias Militares. En vista de que todos los caídos eran electos senadores, la gente empezó a llamar a la Cámara alta, el Panteón Político de México. ¡Un panteón! Eso debe haberle parecido el Parlamento. Por fortuna para la Patria y para él, resucitó a las cinco semanas.

LA BATALLA DE JALATLACO

Tan pronto como el Diputado Porfirio Díaz obtuvo permiso para separarse de su curul, se fue a poner a las órdenes del General Ignacio Mejía, que se batía en la garita de la Tlaxpana, contra las fuerzas conservadoras que amagaron la capital de la República el 24 de Junio de 1860, no con la intención de preparar un ataque, sino para proteger una maniobra que hacía el General Márquez, con el objeto de cambiar el campo de sus operaciones.

Aquel combate, aunque provocó gran escándalo en la ciudad de México, careció de importancia. Sin embargo, marcó el principio de una campaña seria, pues el fin trágico de los Generales Degollado y Valle hizo ver al Gobierno la inutilidad de enviar contra Márquez columnas débiles e improvisadas. El adversario era inteligente, aguerrido y fuerte, y había que ponerle delante una división bien organizada. El jefe escogido para mandar esta división, fue el prestigiado General don Jesús González Ortega.

En el momento de entrar en campaña, se enfermó el General Ignacio Mejía, y entonces, la brigada de Oaxaca quedó a las órdenes directas

del Coronel Porfirio Díaz. Así fue cómo el aguerrido soldado oaxaqueño se puso en contacto con el caudillo generoso y romancesco de Silao y Calpulálpam. González Ortega no era como Rosas Landa: tenía el espíritu abierto, reconocía con júbilo los méritos ajenos, estimulaba a todos los luchadores y repartía equitativamente los laureles que se cosechaban en una campaña. Era un jefe bondadoso y paternal.

La nueva división inició sus operaciones en la ciudad de Toluca. Supo el General González Ortega que Márquez iba a pasar por Santiago Tianguistenco, con dirección a la montaña, y destacó al General Antonio Carbajal y al Coronel Díaz, para que estorbaran su marcha y lo detuvieran, a fin de que la división liberal pudiese alcanzarlo y batirlo. Carbajal y Díaz salieron de Toluca el 12 de Agosto y derrotaron en Atenco a doscientos soldados conservadores; en seguida, avanzaron hacia Tianguistenco, en donde se enteraron de que el General Márquez pernoctaba en Jalatlaco.

Sobre él se fueron los dos jefes liberales con extraordinaria rapidez y haciendo un rodeo, para que no fuera advertida su presencia. El General Carbajal conocía perfectamente el terreno y condujo al Coronel Díaz, por veredas escondidas, hasta una eminencia, desde la cual se veían los puntos ocupados por Márquez. Como ya era de noche, esos puntos se marcaban por las fogatas que se habían encendido para confeccionar el rancho. En cumplimiento de las órdenes de González Ortega, el General Carbajal

encargó a Porfirio que bajase a tirotear al enemigo mientras llegaba el grueso de la división.

El Coronel Díaz destacó al Teniente Canseco con veintitantos hombres, sobre un puesto avanzado, en tanto que él, personalmente al frente de la columna, se dirigió al atrio de la iglesia, en donde estaba acampado el núcleo de las fuerzas del General Márquez. Todos estos movimientos se hicieron al amparo de la noche y en medio de un silencio completo.

El General Carbajal creyó que Porfirio iba a disparar unos cuantos tiros y replegarse, y por lo mismo, cuando se dió cuenta de que toda la columna bajaba al atrio de la iglesia, pretendió impedirlo; pero un Capitán muy adicto al Coronel Díaz, comprendió el peligro en que éste iba a quedar si se le dejaba aislado y, contra lo que ordenaba el General, bajó a unirse con su jefe, al cual ya no pudo encontrar porque las tinieblas eran tan profundas, que sólo se veían a distancia las hogueras del enemigo. Sin embargo, poco después consiguió incorporársele porque reconoció el sonido del clarín de órdenes y tuvo manera de orientarse en medio de la sombra.

Si después de tirotear a Márquez, se hubiera retirado, Porfirio Díaz habría cumplido gallardamente con su deber; pero comprendió que tenía delante una oportunidad espléndida para sorprender al General conservador en medio de aquella negrura impenetrable, y decidió lanzarse con furia sobre el núcleo principal del enemigo y jugarse el todo por el todo. Tan luego co-

mo concibió el proyecto, mandó pedir a Carbajal que colaborase en aquel ataque, y antes de recibir la respuesta, emprendió la ofensiva en toda forma.

Carbajal contestó que no podía prestar ningún auxilio porque unas enormes magueyeras estorbaban los movimientos de la caballería. Entretanto, el Capitán José María Omaña, que, por las sombras espesas de la noche, no había conseguido reunirse al bloque de las fuerzas atacantes, avanzó hasta la plaza principal de Jalatlaco, en donde fue aprehendido y mandado fusilar por el General Márquez. El oficial conservador encargado del fusilamiento se compadeció del prisionero y lo dejó escapar; pero como conocía a Márquez y se daba cuenta de que no le perdonaría aquel acto de magnanimidad, se fue con el Capitán Omaña hasta el cuartel general. Allí comunicó Omaña al General González Ortega lo ocurrido y el General en jefe creyó que el Coronel Díaz había sido vencido y probablemente fusilado. Esperó que amaneciera para atacar con ímpetu y entretanto, situó una batería, la cual empezó a bombardear el atrio de la Catedral, donde se suponía que estaba el núcleo más fuerte del enemigo.

El Coronel Díaz, que se había adueñado del atrio, resintió aquellos disparos y mandó decir al General en jefe que los suspendiera y que le mandase municiones para proseguir la pelea. En ese momento y a las primeras luces de la madrugada sorprendió a unos oficiales conservadores que se alejaban de la plaza, y sospechó

que el General Márquez había optado por evacuar Jalatlaco y remontarse con toda su columna a la sierra. Comprendió rápidamente la conveniencia de atacar al enemigo en su retirada, y cayó audazmente sobre él, no obstante que aquella ofensiva resultaba peligrosísima por la escasez de municiones. La carga de Porfirio fue briosa y enérgica y consiguió cortar la columna en dos pedazos, uno de los cuales quedó en su poder.

Tal fue, en resumen, la batalla de Jalatlaco, en donde perdió el General Márquez 7 cañones y más de mil soldados, entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos. También perdió—y eso fue lo principal—el prestigio que había logrado obtener con sus victorias sobre Doblado, Escobedo, Degollado y Valle.

Don Leonardo Márquez era un caudillo en toda la extensión de la palabra. Los escritores liberales se han preocupado por presentarlo como una fiera, sin subrayar sus cualidades soberanas de combatiente y organizador. Después de que Miramón fue derrotado en Calpulálpam, y los demás jefes conservadores doblaron las manos y aceptaron el desastre, el General Márquez no solamente consiguió mantenerse a flote en el naufragio, sino que además supo organizar una columna compacta y disciplinada, con la cual tomó la ofensiva y llegó hasta amenazar la capital de la República.

Esa columna fue rota y despedazada en Jalatlaco. Después de esta derrota, que fue completada en Pachuca dos meses más tarde, Már-

quez quedó al frente de guerrillas sin importancia militar. ¡Ah! Si cuando la expedición tripartita llegó a Veracruz, cinco meses después, se hubiera encontrado un ejército serio, combatiendo contra el Gobierno de Juárez, es muy probable que Inglaterra y España hubieran acompañado a Francia en su empresa intervencionista; pero la división de Márquez había sido pulverizada, y no era posible considerarla como un ejército beligerante. Por eso la acción de Jalatlaco fue complementaria de la batalla de Calpulálpam.

El General González Ortega, al rendir el parte respectivo al Ministerio de Guerra, pidió para el Coronel Porfirio Díaz el ascenso al grado de General. ¡Ya lo creo que había comprobado merecer las charreteras! Porque no se limitaba a obedecer como un autómata las órdenes de sus superiores, sino que se permitía completarlas con su iniciativa individual, de acuerdo con las circunstancias que se iban presentando en el desarrollo de las batallas. Era un soldado subalterno, que en los casos difíciles, se ponía a obrar bajo su responsabilidad exclusiva. En ese subalterno vió González Ortega la médula de un jefe auténtico que había nacido para mandar. Y Porfirio Díaz recibió el "espaldarazo" de General de quien tenía más títulos para otorgarlo: el héroe de Silao y Calpulálpam.

LA DEFENSA DE LA PATRIA

El General Márquez fue vencido en Jalatlaco el 13 de Agosto y dispersado el 20 de Octubre en la serranía de Pachuca; pero su campaña destructora, unida a los tres años de la guerra de Reforma, había empobrecido al país y agotado sus recursos financieros. En vista de estas circunstancias, el Congreso Federal votó el 17 de Julio de 1861 la suspensión del pago de la deuda, por el término de dos años.

Esta medida, que fue dictada por la necesidad, tuvo gran resonancia en Europa. Francia, Inglaterra y España no admitieron la suspensión del servicio de la deuda, y acordaron el 31 de Octubre de aquel año enviar a México una expedición armada, a fin de obligar al Gobierno a reanudar los pagos. Tal fue el motivo técnico de la expedición tripartita; pero los tres países abrigaban, en el fondo, la intención de derrocar el gobierno republicano de Juárez y sustituirlo por una monarquía hereditaria vinculada con las potencias europeas.

Al saberse en México que se había firmado en Londres el acuerdo intervencionista, el General don Ignacio Zaragoza, que ocupaba la Se-

cretaría de Guerra, se preparó para defender el suelo nacional y dispuso la organización de un cuerpo de Ejército de 10,000 hombres, el cual fue puesto bajo las órdenes del General don José López Uraga. La tercera división de este cuerpo, quedó bajo el mando del General Ignacio Mejía. El Mayor General de esta división, y además, jefe de la segunda brigada, fue el General Porfirio Díaz.

Dicha brigada fue colocada en Camarón, o sea en el primer peldaño de esa escalera gigantesca que se tiende desde las playas veracruzanas hasta los crestones que circundan la Mesa Central.

Las tropas de las tres potencias desembarcaron en Veracruz, en los últimos días del año 61, e inauguraron el nuevo año enviando a Juárez, el primero de Enero, un ultimátum agresivo que el Gobierno supo contestar con decoro y dignidad. Es inconcuso que las tres naciones interventoras llegaron con la ilusión de que el pueblo mexicano, católico en su mayoría, detestaba a Juárez y que, por lo mismo, al ver a los invasores, se levantaría en masa contra el Gobierno liberal, cuyo triunfo se atribuía exclusivamente al apoyo que le había prestado el Gobierno norteamericano. En otros términos, los ingleses, los españoles, y muy especialmente, los franceses, esperaban que las muchedumbres mexicanas los recibieran como libertadores.

El General en Jefe de las tropas coaligadas, don Juan Prim, se dió cuenta inmediatamente de que el sentimiento popular era hostil a los

invasores y que, por tanto, no era fácil trepar, en son de guerra, por las escarpaduras de la Sierra Madre. Por otra parte, era liberal y tenía que simpatizar, como en efecto simpatizó, con el grupo político que gobernaba en México. Así pues, tanto las razones de carácter militar como sus convicciones políticas, lo condujeron a obrar con prudencia.

A los pocos días de encontrarse en Veracruz, los soldados europeos empezaron a enfermar de fiebre amarilla, y entonces el General Prim pidió permiso al Gobierno para subir con su ejército a la mesa central y libertarlo así de la terrible enfermedad que asuela a la playa. El Ministro de Relaciones Exteriores don Manuel Doblado bajó hasta el pueblo de la Soledad y allí firmó en unión de los diplomáticos europeos un convenio conforme al cual, México permitió que los soldados extranjeros salieran de la zona mortífera y subiesen a Córdoba, Orizaba y Tehuacán, en donde el clima era más templado y salubre. Estos soldados, por su parte, adquirían el compromiso de retirarse a la playa veracruzana, en caso de que las comisiones diplomáticas encargadas de discutir las reclamaciones de Inglaterra, Francia y España, no llegasen a un acuerdo.

Cuando el General Uraga vió que las tropas europeas estaban mucho mejor equipadas que los soldados mexicanos, se desmoralizó por completo y cometió la debilidad de externar su escepticismo. El Gobierno le retiró el mando inmediatamente y nombró en su lugar al General

don Ignacio Zaragoza, que desempeñaba el Ministerio de la Guerra, pero que no vaciló un minuto en separarse del puesto honorífico para asumir un mando lleno de peligros y responsabilidades.

Las negociaciones que se habían de celebrar en Orizaba fracasaron por completo porque surgieron desavenencias entre los diplomáticos extranjeros. Entonces, de acuerdo con el Convenio de la Soledad, los ingleses y los españoles bajaron nuevamente a la costa veracruzana. Los franceses, por lo contrario, se negaron a abandonar las posiciones, y cuando se recordó a Saligny—Ministro de Francia—que el pacto firmado obligaba a la tropa francesa a replegarse a Veracruz, se anticipó medio siglo al canciller alemán Bethman Holweg y dijo cínicamente que su firma valía tanto como un pedazo de papel.

El General Lorencez estaba en correspondencia con muchos conservadores, el más importante de los cuales era el General Márquez, que maniobraba en los alrededores de Tehuacán, con la intención manifiesta de unirse a los invasores de la Patria. Por dichas correspondencias, el jefe francés había ratificado su convicción de que los mexicanos lo esperaban ansiosos en todo el país, para recibirlo con arcos triunfales y bajo una lluvia de flores. En esa inteligencia, Lorencez salió de Orizaba con rumbo hacia Puebla, confiado en un éxito seguro.

Ante el avance de los invasores, el General Zaragoza, con una serenidad ejemplar, tanto

más meritoria cuanto que apenas tenía 32 años de edad, ordenó que las fuerzas mexicanas se retirasen a Puebla. Al mismo tiempo destacó la brigada del General Porfirio Díaz sobre Tehuacán, porque tuvo noticias de que en los alrededores de esta ciudad, maniobraba Márquez con el propósito de incorporarse a los franceses. Como el jefe conservador conocía el terreno y además estaba enterado de la situación del país, había que evitar su contacto con Lorencez.

A poco de haber llegado a Tehuacán el General Díaz, se le incorporaron las brigadas de los Generales Escobedo y Rojo; pero apenas se habían iniciado las operaciones contra Márquez, cuando el General Zaragoza lo mandó llamar porque los franceses se aproximaban a las cumbres de Acultzingo. En este lugar estableció el joven defensor del territorio patrio, el núcleo principal de sus fuerzas bajo el mando directo del General Arteaga. A la izquierda, colocó un destacamento de infantería, a las órdenes del General Negrete, el cual dominaba la carretera por donde iba a pasar el ejército de Lorencez. Enfrente de Negrete y también dominando la carretera, fueron colocadas fuerzas de Escobedo. En cuanto al General Díaz, se le ordenó que cubriera un lugar llamado Puente Colorado.

Antes de que aparecieran los franceses en el horizonte, y cuando los Generales se disponían a ocupar las posiciones que les había señalado Zaragoza, cundió una alarma injustificada en el ejército, y los batallones empezaron a huir en desorden. El General Díaz detuvo aquella

desbandada, hasta que el General en Jefe llegó al sitio de los sucesos y restauró la confianza de la tropa. Allí Zaragoza comisionó nuevamente a Díaz para que se colocara en el puente y resistiera el ataque de Lorencez, mientras los Generales Arteaga, Negrete, Escobedo, Rojo, etc., se afianzaban en sus posiciones y podían sostenerse mejor contra el embate del enemigo.

En Puente Colorado resistió el General Porfirio Díaz el 28 de Abril de 1862, los primeros proyectiles que dispararon los franceses en una guerra formal. Días antes se había registrado una escaramuza en la cual resultó levemente herido el Coronel Félix Díaz; pero no se trató de una batalla sino de una emboscada.

El objeto de la acción de las cumbres de Acultzingo fue detener la columna de Lorencez, mientras el ejército mexicano se retiraba hacia posiciones más firmes y seguras. Fue nomás el prólogo del gran combate que se proyecta, el prefacio conmovedor de la epopeya. El General don José María Arteaga fue gravemente herido en los combates, y esa circunstancia unida al prestigio merecido de bravura y pundonor que tuvo aquel distinguido jefe republicano, dieron margen para que se le considerara como el héroe máximo de aquella jornada. Sin escatimarle sus laureles, que fueron de la más noble calidad—puesto que estuvieron regados por su propia sangre, y tres años después ungidos por el martirio—hay que decir en honor de la verdad que el auxiliar más activo y eficaz que tuvo el General Zaragoza en las cumbres de Acultzin-

go, fue el General Porfirio Díaz, tanto por haber impedido la desorganización del ejército, unas cuantas horas antes de que se avistara el enemigo, cuanto porque se batió en la vanguardia, y fue el último en retirarse del campo de batalla.

No abandonó sus posiciones sino hasta las diez de la noche. El General en Jefe le había dicho: "Detén al enemigo"; y lo había detenido.

EL CINCO DE MAYO

El 29 de Abril emprendió el General Zaragoza su movimiento retrógrado hacia Puebla, a donde llegó el 3 de Mayo. Allí colocó las fuerzas del General Arteaga en los cerros de Loreto y Guadalupe, y las puso bajo el mando del General Miguel Negrete. El General Santiago Tapia fue encargado de cuidar el perímetro de la ciudad, y las brigadas de los Generales Porfirio Díaz, Francisco Lamadrid y Felipe Berriozábal, así como el cuerpo de caballería del Coronel Antonio Alvarez, quedaron en calidad de columnas maniobreras, listas para ser movidas y colocadas en donde lo exigieran las circunstancias.

En la madrugada del 5 de Mayo, el Coronel Joaquín Rivero se presentó ante los Generales Díaz, Berriozábal y Lamadrid, con órdenes del General en Jefe, a fin de que colocaran sus brigadas en la Ladrillera de Azcárate, que se encuentra en el camino de Veracruz, y por donde creía Zaragoza que iban a atacar los franceses. El primero en llegar a este sitio fue el General Díaz, quien destacó una línea de tiradores hacia el frente, y dejó atrás el núcleo de sus fuer-

zas en columnas paralelas. Los Generales Berriozábal y Lamadrid y el Coronel Alvarez, colocaron sus tropas en la misma forma.

El General en Jefe se presentó en la Ladrillera un poco antes de amanecer y ordenó que las tres brigadas retiraran sus cadenas de tiradores, sustituyéndolas por una cadena especial que se formó con el batallón de rifleros de San Luis Potosí, que mandaba el Teniente Coronel Carlos Salazar.

A las nueve de la mañana apareció el enemigo, no por el camino de Amozoc y Veracruz, como lo esperaba Zaragoza, sino por la garita del Peaje. Esta manera de presentarse indicó claramente que el plan del General Lorencez consistía en apoderarse de los cerros de Loreto y Guadalupe para dominar desde allí a la ciudad de Puebla. Había, pues, que reforzar estas posiciones. Los Generales Berriozábal y Lamadrid recibieron órdenes de subir a ayudar a Negrete en la defensa de los cerros atacados. En cuanto a la brigada del General Díaz continuó en la Ladrillera, protegida en su derecha por el regimiento de Lanceros de Oaxaca. El resto de la caballería del Coronel Alvarez había sido llevado a proteger la izquierda de la línea en la falda del cerro de Loreto.

Los franceses atacaron con brío; pero como fueran rechazados, el General Lorencez destacó una segunda columna, bajo cuya protección se reorganizó la columna derrotada, y ambas avanzaron hasta salvar los fosos de la capilla de la Resurrección y del Fuerte de Guadalupe.

Ante este ímpetu formidable, un batallón de reclutas que mandaba el Coronel Arratia, abandonó los parapetos y pretendió fugarse; pero el Coronel, con el valor y la sangre fría que demandaban aquellas circunstancias, reorganizó a su tropa desmoralizada y la hizo volver sobre los parapetos, que estaban siendo defendidos en forma desesperada por el Batallón de Zapadores, por una batería de artilleros y por el ala derecha de la brigada del General Berriozábal.

Mientras se registraba en el cerro de Guadalupe este combate encarnizado, el General Lorencez envió una columna sobre las posiciones del General Díaz. Este, no solamente la repelió, sino que envió en su persecución el regimiento de Lanceros que mandaba el Teniente Coronel Félix Díaz, y se fue detrás de él con toda la brigada de su mando. Como considerara el General Díaz que sus fuerzas no eran bastantes para tomar la ofensiva, ordenó al Coronel Miguel Balcázar que avanzase con su batallón de Zapadores, paralelamente a él, y así resultase más eficaz aquella ofensiva.

Al ver el General Zaragoza que se estaba emprendiendo este ataque con tan exiguos elementos, lo mandó suspender inmediatamente, por conducto del Capitán Pedro de León. El General Díaz no hizo caso del mensaje de este jefe subalterno y continuó adelante, prometiendo explicar más tarde su conducta. En seguida, el General Zaragoza comisionó al Jefe de su Estado Mayor Coronel Joaquín Colombres para re-

petir a Díaz que no insistiera en aquella persecución y hasta amenazarlo, en caso de desobediencia, con un Consejo de Guerra. El General atacante hizo ver al Coronel Colombres que si suspendía su avance en aquellos momentos, el enemigo podría reorganizarse e iniciar un contra-ataque, lo cual podría dejarlo en malas condiciones, ya que, a esa distancia, no alcanzaban a protegerlo los cañones del cerro de Guadalupe. Por otra parte, como ya faltaban unos cuantos minutos para que acabase de caer la tarde —explicó Díaz al Jefe de Estado Mayor—lo más prudente era esperar que obscureciera, para suspender la persecución al amparo de las sombras de la noche.

Como se había previsto, al acabar de caer la tarde, el General Lorencez ordenó a todas las columnas que abandonasen el campo, y al día siguiente retrocedió hacia Orizaba, convencido de que no podía tomar la ciudad de Puebla. El General Díaz, por su parte, explicó al Comandante en Jefe que su ataque había tenido mucho de forzado. Zaragoza aprobó la conducta de su valiente subalterno y hasta le consagró calurosas alabanzas en el parte oficial que rindió de aquella batalla memorable.

El ingeniero don Francisco Bulnes ha tratado de probar que la acción del 5 de Mayo no fue una victoria para los mexicanos ni una derrota para los franceses; pero lo que nunca intentó probar aquel agudo polemista fue que el General Lorencez, después de aquella batalla, entró triunfalmente a la ciudad de Puebla, y avanzó

hasta el valle de México, y se apoderó de la capital de la República. El General francés pretendía llegar con su columna hasta el corazón de nuestra Patria, y el General Zaragoza no solamente lo detuvo en Puebla, sino que lo obligó a retroceder hasta Orizaba. Aunque se empleen las más sutiles argucias para producir el convencimiento de que no hubo victoria mexicana, la verdad es que la ofensiva francesa quedó paralizada durante un año.

Técnicamente, la batalla del 5 de Mayo fue incompleta. Faltó la persecución en que se cosechan los frutos de la victoria. El General Zaragoza lo dice y lo explica en el parte oficial: "Yo no podía atacarlos porque derrotados, como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía". Pero desde un punto de vista moral, la batalla del 5 de Mayo fue de una trascendencia incalculable, porque le devolvió al pueblo una fe que se había perdido con el fragor de las guerras intestinas. Cuando se supo en todo el país que aquel puñado de patriotas había derrotado a los "primeros soldados del mundo", (como se estilaba decir en el lenguaje romántico e hiperbólico de aquella época), un calosfrío de entusiasmo conmovió a todos los mexicanos. Más que el vencedor de los franceses, Zaragoza fue el vencedor de la apatía y la desesperanza que pesaban sobre el carácter nacional.

En 1862 los franceses no habían sufrido el desastre de Sedán, ni se habían rendido en Metz, con el Mariscal Bazaine. Estaban frescos aún los laureles napoleónicos y el episodio de Wa-

terloo, magnificado por el verbo trepidante de Víctor Hugo, más que una derrota, parecía una apoteosis. La prisión de Santa Helena, si bien marcaba un ocaso, era comprobante de que el águila imperial, aún herida y con las alas rotas, siguió inspirando pavor al mundo, hasta su muerte.

Por eso, el hecho de vencer a los franceses, cobró ante la imaginación popular las proporciones sublimes del milagro. Zaragoza, en su parte oficial, confiesa modestamente que la victoria se debió a la torpeza del General francés que se empeñó en emprender un ataque absurdo; pero el pueblo no entendió así el éxito de la jornada; Lorencez, en el concepto de las multitudes mexicanas de aquel tiempo, no era ni podía ser torpe, porque en él se condensaban las glorias de Turena y de Condé, de Kleber y de Marceau, de Hoche y de Bonaparte. Detener esa invasión de epopeyas, ponerle un dique a aquel torrente de heroísmo, torcer el curso de la Historia: esa fue, ante la imaginación fogosa de nuestras muchedumbres, la hazaña incomparable de Zaragoza.

En los Episodios Nacionales de Galdós figura una mujer extraña que se cubre de andrajos mugrientos para asistir a los dramas miserables de la vida, y luego viste manto imperial y ciñe a su frente corona de diamantes, para presenciar el desfile de las epopeyas. Esa mujer es la Historia. Para ver las intrigas de Almonte y las carnicerías de Márquez, se había envuelto en harapos. En cambio, para ver a Zaragoza y a Díaz,

a Negrete y a Berriozábal, a Tapia y a Lamadrid, deteniendo en los muros de Puebla el vuelo de las águilas napoleónicas, se atavió con las joyas más deslumbrantes.

Inútiles son los argumentos de Bulnes y demás corifeos del escepticismo. La Historia se vistió de gala para contemplar a los héroes, porque el 5 de Mayo fue un Domingo de Resurrección para la Patria mexicana...

EL SITIO DE PUEBLA

Con la prudencia que le era característica, el General Zaragoza esperó reunir mayores elementos para tomar la ofensiva contra el General Lorencez, que se había acuartelado en Orizaba. El General O'Horán llegó a Puebla el 6 de Mayo con 1,500 hombres, y el General Antillón se presentó al día siguiente con 3,000.

De lo primero que se preocupó el General en Jefe fue de impedir que el General Leonardo Márquez se reuniera a Lorencez. Con ese objeto, destacó una columna sobre Orizaba, al mando del General Santiago Tapia; pero éste fue derrotado en Barranca Seca, el 18 de Mayo, por el Mayor Lefebre, y el terrible caudillo conservador consiguió el contacto que venía procurando desde hacía varios meses. Es inconcuso que el General Márquez, por su conocimiento de México, por la larga experiencia de sus campañas y por su pericia militar indiscutible, fue un consejero utilísimo para el General Lorencez, especialmente después del desconcierto y pasmo en que debe haberlo dejado el descalabro del 5 de Mayo. Si Márquez no hubiera andado merodeando en aquella región, Zaragoza ha-

bría dispuesto de mayor número de tropas y su victoria sobre los franceses habría sido aplastante y definitiva.

No se desanimó el General en Jefe porque Lorencez recibiera el refuerzo de los conservadores y se preparó para atacar la plaza de Orizaba a mediados del mes de Junio, avanzando con el Ejército de Oriente hasta San Andrés Chalchicomula, mientras la división del General Jesús González Ortega pasó por Perote y se estableció en el cerro del Borrego que, como es bien sabido, domina el valle orizabeño.

Todo estaba listo para el ataque; pero desgraciadamente la noche del 13 de Junio, una avanzada del General González Ortega fue sorprendida en el mencionado cerro del Borrego y Zaragoza juzgó necesario no sólo suspender el ataque, sino replegarse a posiciones más firmes y seguras. Unas cuantas semanas después de este triste acaecimiento, el vencedor de los franceses enfermó de gravedad y fue llevado a la ciudad de Puebla, en donde murió el 8 de Septiembre de 1862, a la temprana edad de 32 años.

Fue una desgracia para México la muerte de aquel inspirado capitán que, a un valor sereno mezclaba una poderosa intuición militar, y que había conquistado un prestigio estupendo en el ejército. Zaragoza, como Epaminondas, dejó su victoria como hija única, y abandonó el mundo, arrullado por los sueños épicos. Murió sobre la cumbre, antes de que las crueldades de la vida mancharan sus armiños inviolados. Vivió puro y cayó puro. Tal parece que el Destino lo hirió

en plena juventud, para que su epopeya quedase intacta. Quizás las vicisitudes y los azares de una larga y fatigosa existencia, en nuestro medio convulso y frenético, lo habrían empujado a lides menos gloriosas. Muerto en primavera, quedó en nuestra historia como el tipo del caballero perfecto. Sobre su tumba, a guisa de epitafio, puede esculpirse el verso marmóreo de Guillermo Prieto: "El vencedor sublime de invencibles".

En la imposibilidad de sustituir el prestigio de Zaragoza, el Gobierno designó General en Jefe a don Jesús González Ortega, quien, a pesar de su desastre del Borrego, llevaba la leyenda de Silao y Calpulálpam. No era propiamente un soldado, era algo más, era un héroe.

Al ver que el General Lorencez había fracasado, Napoleón Tercero emprendió en forma seria la aventura intervencionista, y envió a México un ejército numeroso y bien equipado a las órdenes del General Forey. Este ejército, unido a la columna de Lorencez y a las tropas conservadoras mexicanas que se le habían incorporado, arrojaba un total aproximado de 40,000 hombres. El General González Ortega, al frente de 22,000 soldados, se fortificó en la ciudad de Puebla y se preparó a resistir a los invasores de la Patria.

Encerrarse en una plaza para que los franceses la sitiaran, sin organizar un ejército de auxilio para atacar al sitiador, y sin hostilizar a éste en sus líneas de comunicaciones con la costa, fue un gran error estratégico.

Los Generales Porfirio Díaz, Ignacio de la Llave, Florencio Antillón, Miguel Negrete y Felipe B. Berriozábal propusieron tomar la ofensiva contra Forey, en los momentos en que éste desplegaba sus tropas en un doble movimiento envolvente para establecer el cerco de la plaza. Querían atacar separadamente a cada una de las alas del ejército francés, cuando se separaran, para llevar a cabo la arriesgada maniobra.

El General González Ortega no aceptó aquel plan y se dejó sitiar. La circunvalación comenzó el 18 de Marzo de 1863, y fue completada en los días siguientes. ¿Cómo se explica que un General en Jefe se meta en una plaza, con la certeza de que se le va a aislar del resto del mundo, y por lo mismo se va a ver casi seguramente en la necesidad de capitular? Se explica por el hecho de que, al atraer sobre la plaza al grueso del ejército enemigo e inmovilizarlo por largo tiempo, hacía posible la organización de la defensa nacional que, hecha con actividad, acudiría a tiempo a libertar la plaza sitiada, y si ésta se veía obligada a capitular, no sería sino cuando, gracias a su resistencia, contara la República con nuevas fuerzas que oponer al invasor. La defensa de Puebla no debe considerarse como una operación de guerra aislada, sino en sus relaciones con el plan general de defensa. Verdun, la heroica, sin el activo concurso de los combatientes que defendían el territorio francés fuera de la plaza, habría tenido que sucumbir. Se puede decir: "Ils ne passeront pas", cuando la plaza fuerte cuenta con la cooperación de todo el

país. Sin ella, Verdun tendría que haber dicho: "Ils ont passé". Además, para el General González Ortega, el problema militar era secundario: lo que a él le interesaba era el problema romántico, y no le espantaban las consecuencias del sitio porque se sentía capaz de todas las privaciones y de todos los heroísmos. Quiso repetir las hazañas de los españoles en Sagunto, en Gerona y en Zaragoza. No le preocupó mucho que se acabaran las provisiones y la pólvora porque en su imaginación romancesca, concebía la posibilidad de que sus soldados, al no poder hacer uso de las armas, podrían seguirse batiendo con las uñas y los dientes...

El sueño del héroe se cumplió tal como él lo había concebido. El sitio de Puebla, desde un punto de vista técnico podrá haber sido un disparate; pero desde un punto de vista heroico, hizo reverdecer la epopeya de Morelos en Cuautla y duplicó la defensa de Tenoxtitlán por el último emperador azteca.

El General Forey creyó fácil tomar la plaza por asalto, y acudió al procedimiento de abrir brecha en las paredes de los edificios por medio de la artillería, para luego meter las tropas asaltantes por los boquetes abiertos. El primero de estos ataques se efectuó la noche del primero al dos de abril, y el sitio escogido para librar el asalto fue el llamado cuartel de San Marcos, comprendido en la zona de defensa encomendada al General Porfirio Díaz. Hay que ceder la palabra al Capitán Niox que formaba parte de las fuerzas asaltantes:

"Los defensores de la plaza construyeron rápidamente nuevas barricadas más a retaguardia, abrieron troneras y cubrieron con sacos de tierra los edificios vecinos. Su nueva línea de defensa fue trazada desde el Carmen hasta Santa Anita, pasando por Santa Inés, San Agustín, la Merced y la iglesia del "Señor de los Trabajos". Retrocediendo paso a paso y volviendo a construir nuevas obras defensivas, forzaban a los asaltantes a renovar incesantemente sus esfuerzos y sus sacrificios. El enemigo estrechaba el perímetro defensivo a medida que avanzaban los asaltantes, y lejos de sentirse debilitado por la pérdida de las manzanas de su línea primitiva, parecía que por lo contrario, juzgaba ventajoso replegarse a retaguardia de su segunda y tercera líneas, que tenían menor extensión y, por consiguiente, mayor facilidad de defensa. Se dejó tomar sin grande resistencia las manzanas 3, 5, 6, 7, 8 y 25, que le importaba poco perder; pero al llegar a la manzana 26, en donde estaba un cuartel (el de San Marcos) hizo alto y se preparó a defenderlo.

"Después de haber atravesado la calle bajo un nutrido fuego de fusilería, la columna de ataque, compuesta de un destacamento de zuavos, penetró en el edificio y llegó a un departamento oscuro sin más salida que un estrecho pórtico, por el cual no se podía desfilar sino uno a uno y delante de dos obuses. El Capitán Lalanne, a la cabeza de treinta hombres, se lanzó por este pórtico y llegó por él a un patio rodeado de muros almenados, con las escaleras destruídas y

con barricadas en todas las puertas y ventanas. Agobiados por una lluvia de metralla, de granadas y fusilería, aquellos hombres se vieron obligados a batirse en retirada y todos regresaron heridos.

"En ese mismo instante, el Comandante de Longueville se lanzaba sobre la manzana número 21 (la casa de la Cerbatana) con dos compañías del 51 y una sección del cuerpo de ingenieros. Después de penetrar en la primera casa, vino a chocar con un muro paralelo a la fachada, en el que había dos líneas de almenas. El Capitán Melot logró sostenerse en un cuarto, en donde se hicieron esfuerzos para protegerlo, por medio de un camino cubierto, al través de la calle; pero el fuego de fusilería de las azoteas y la metralla de una barricada cercana, impidieron ese trabajo.

"El General Berthier intentó dar la vuelta a dicha barricada con dos compañías de zuavos; pero éstas fueron recibidas con un fuego terrible y se vieron obligadas a retroceder. Se dió entonces la orden de evacuar aquella posición insostenible; pero para ello era necesario pasar nuevamente a descubierto bajo las descargas de metralla que barrían las calles".

El día 4 de Abril se intentó asaltar otra vez estas posiciones y he aquí cómo el mismo Capitán Niox relata la jornada:

"El General en Jefe (Forey) se trasladó a la manzana de San Marcos para examinar personalmente los obstáculos ante los cuales se habían estrellado los esfuerzos de nuestras tropas.

Vió por todas partes barricadas erigidas y provistas de piezas de artillería, murallas almenadas, azoteas cubiertas con sacos de tierra, cúpulas y campanarios de iglesias llenas de tiradores perfectamente a cubierto. Pudo, pues, convencerse de las dificultades que presentaban los ataques a viva fuerza, en que se perdían los más valientes soldados, porque siendo los que van a la cabeza de las columnas, eran naturalmente los primeros en caer. Entonces el General Forey dispuso la construcción de galerías de zapa, y esa noche se comenzó un subterráneo en dirección a la manzana 34; pero se tropezó con roca viva y el trabajo no pudo continuarse".

El Capitán Niox resume los resultados infructuosos de esos ataques con las siguientes cifras: "Un oficial general muerto, cinco oficiales muertos, dos oficiales muertos a consecuencia de sus heridas, 39 oficiales heridos, 56 soldados muertos, 443 heridos, de los cuales 250 se encontraban aún en las ambulancias".

Soy enemigo de intercalar citas extensas; pero creo que nadie puede relatar mejor los episodios del sitio de Puebla, que los testigos y actores de aquella gesta legendaria. Nadie puede poner en tela de juicio la seriedad del Capitán Niox que, con el trascurso de los años, llegó a ser General del ejército francés. Pues bien, esta indiscutible autoridad militar es la que describe la defensa que el General Porfirio Díaz hizo en la ciudad de Puebla. ¡Qué pocos son los héroes cuyas hazañas crecen en lugar de disminuir, cuando son relatadas por sus adversarios!

Tan brillante y heroica como la defensa de San Marcos y la Cerbatana, fue la que hizo el General Auza en el Convento de Santa Inés. Dejemos al referido Capitán Niox que nos describa el asalto:

"A las seis y media los cañones de sitio rompieron sus fuegos tratando de destruir las trincheras, destrozar la reja y las obras de mampostería. El fuego se prolongó durante tres horas, a pesar de lo que sufrían los artilleros con la proximidad de los tiradores del enemigo. A las nueve y media recibió el General Castagny la orden de emprender el asalto.

"Se dió la señal: las ocho piezas de sitio hicieron descarga de metralla y las columnas se lanzaron. La de la derecha, compuesta de cuatro compañías de zuavos mandadas por el Comandante Molet, y la de la izquierda, también de cuatro compañías de zuavos, conducidas por el Capitán Devaux. El enemigo había debilitado su fuego; pero apenas comenzaron a desembocar las compañías, cuando las murallas, las ventanas y las azoteas se llenaron de tiradores. Más de 2,000 mexicanos concentraron sus tiros sobre el estrecho espacio en que se atumultaban los asaltantes, y cuyo trayecto ofrecía enormes dificultades, a causa de los escombros de los muros destrozados y de los obstáculos acumulados. Los zuavos avanzan bajo una granizada de balas: la columna de la derecha llega hasta la reja, la de la izquierda la rebasa, y llega hasta los edificios del Convento; pero en ese momento el fuego del enemigo se aviva. Las columnas se

detienen como anonadadas: el ataque no puede ser continuado; son enormes e inútiles los sacrificios. Se da, pues, la orden de batirse en retirada; pero muy corto fue el número de esos valientes soldados que consiguió regresar a sus líneas. Ese terrible asalto había costado a la columna de la izquierda más de diez oficiales muertos o desaparecidos, y a la de la derecha, un oficial muerto, cinco heridos y dos desaparecidos: soldados, 27 muertos, 127 heridos y 176 desaparecidos. Más tarde se supo que de estos últimos, 130 entre los cuales iban 7 oficiales, habían caído prisioneros. El enemigo hizo honor a su valor y los trató con consideraciones. "Estos hombres habían peleado como leones", decía el General Ortega en su parte.

Si los asaltantes merecían el nombre de leones, ¿qué palabra se aplica a los bravos que los supieron rechazar?

El General Forey se convenció de que no podría tomar la plaza por asalto y se limitó a sostener el sitio, seguro de que terminaría como todos los sitios: con la rendición de la ciudad sitiada.

En Puebla se repitió la historia de siempre: se agotaron los víveres y municiones, y tuvieron lugar los actos heroicos que el General en Jefe había previsto. Ninguno de los valientes defensores de la plaza faltó a su deber en aquellos días de prueba, ni menos aún se ocupó en lanzar recriminaciones en contra del General que había metido los mejores elementos de la República en aquella ciudad, condenada a caer en

manos del enemigo. Todos se portaron con dignidad, y al no poder remediar el desastre final, procuraron ennoblecerlo. Cayeron como héroes...

El General González Ortega inutilizó el armamento, licenció la tropa y mandó decirle a Forey que la plaza estaba a su disposición y que los Generales y Jefes que la guarnecían quedaban incondicionalmente a sus órdenes. Pudo haber negociado una capitulación y obtenido algunas ventajas; pero aquel paladín no entendía el tráfico de la guerra, ni tampoco quiso pedir un átomo de consideración al enemigo. Es el héroe romancesco que, al no poder triunfar, prefiere que su derrota sea completa.

La caída de Puebla fue un poema, uno de los más hermosos poemas de nuestra Historia. La República perdió un ejército de 22,000 defensores; pero recibió una cátedra de bravura y de pundonor, que ha venido a enriquecer el tesoro de las epopeyas nacionales. Porque González Ortega, el 17 de Mayo de 1863, repitió aquel gesto de Cuauhtémoc, con el cual invitó a Cortés para que levantase contra él su puñal y le partiera el corazón...

EL DESMORONAMIENTO DE LA REPUBLICA

El Generalísimo francés propuso a sus prisioneros de Puebla dejarlos en libertad relativa, siempre que se comprometieran bajo su palabra de honor a no salir de los límites de las residencias que se les asignara, a no mezclarse en política ni a tomar las armas, y a no mantener correspondencia sin el consentimiento de las autoridades francesas. Ni González Ortega ni sus subalternos más destacados aceptaron aquellas condiciones que juzgaron humillantes, y entonces el General Forey dispuso que los prisioneros fuesen trasladados a Veracruz, desde donde deberían ser embarcados con destino a Francia o a la Martinica.

Sin embargo, como la toma de Puebla parecía tener como consecuencia inevitable la caída del Gobierno de Juárez, y por tanto, el fin de la guerra, los franceses no fueron muy estrictos en vigilar a los prisioneros y la mayor parte de ellos consiguieron evadirse. El General Porfirio Díaz escapó el 21 de Mayo y se trasladó inmediatamente a la ciudad de México, en donde se puso a las órdenes de Juárez, para proseguir la

lucha en defensa de la Patria. Aquellos hombres eran infatigables: cuando se salvaban de un peligro, buscaban el peligro siguiente.

La desaparición del Ejército de Oriente no amilanó al Presidente del frac negro—como le llamó don Juan Prim—. Ya había probado en Enero de 1858 que era capaz de recibir una situación que se desplomaba sobre sus hombros, y pronto iba a exhibir una perseverancia mucho mayor. Al tener noticia de que el General Forey avanzaba sobre la capital de la República, trasladó el Gobierno a la ciudad de Querétaro, y luego lo llevó a San Luis Potosí, en donde permaneció desde el 10 de Junio hasta el 20 de Diciembre en que continuó su peregrinación hacia el norte.

Al llegar Forey a México, reunió la llamada Asamblea de Notables que adoptó para México, como forma de Gobierno, la Monarquía hereditaria y acordó ofrecer la corona imperial al Archiduque de Austria Fernando Maximiliano. Para el caso de que este príncipe no aceptase el trono, los notables acordaron remitirse a la "benevolencia" de Napoleón Tercero, para que les indicase otro monarca.

Mientras el Emperador llegaba a México, se encargó del Gobierno una Regencia compuesta por los Generales Mariano Salas y Juan N. Almonte y por el Arzobispo Pelagio Antonio de Labastida. Este procedimiento para instalar una monarquía fue tan arbitrario e ilegal, que el mismo Maximiliano, cuando le fue ofrecido el trono, manifestó su deseo de que el pueblo me-

icano confirmase el llamamiento que se le es-
aba haciendo.

Forey se preparó para ocupar las principales
iudades del país, y Juárez dió los pasos nece-
arios para defender a la Patria. El núcleo más
mportante que le quedó al Gobierno republica-
no fue el Ejército de Occidente comandado por
el General José López Uraga. Estaba bien colo-
ado; pero se pensó acertadamente en colocar
otro ejército en Oaxaca, a fin de que el Ejército
francés, aunque se adueñara del centro del país,
se sintiera amenazado por el sur.

El encargado de colocarse detrás de los fran-
ceses fue el General Porfirio Díaz. A fines de
Septiembre salió a la cabeza de una pequeña
división de 2,800 hombres y emprendió una mar-
cha estratégica por las poblaciones de San Juan
del Río, Amealgo, Pomoca, Orocutín y Zacual-
pan. Al penetrar en el Estado de Guerrero, tuvo
una ligera escaramuza en Pungarancho y des-
pués se apoderó de la ciudad de Taxco en un
asalto que duró tres días. Muchas alabanzas se
han vertido a propósito de esta acción de gue-
rra; pero la más merecida, sin duda alguna, fue
porque se efectuó en los momentos angustiosos
en que el General Díaz dejaba de tener contac-
to con Juárez y parecía que se desmoronaban
las instituciones republicanas.

En medio de aquel terremoto que se estaba
tragando al país, el héroe conservaba energías,
no sólo para mantenerse a flote, sino, además,
para iniciar ofensivas peligrosas contra un ene-
migo creciente que extendía más y más su ac-

ción amenazante por todo el territorio nacional.

Después de permanecer dos días en Taxco, siguió por Chilapa, Tlapa, Huajuapan, Nochistlán y Etla. Por fin llegó a Oaxaca en los últimos días de Noviembre de 1863, cuando ya los franceses se habían adueñado de la mesa central y avanzaban casi sin combatir hacia el norte. Los jefes republicanos quedaban aislados y dispersos, a medida que Douay, Castagny, Márquez y Mejía iban ocupando las principales ciudades del país. En vista de que los imperialistas ampliaban constantemente el campo de sus operaciones, el General Díaz no volvió a comunicarse con el Gobierno.

Para mayor desgracia, se encontró con que el Gobernador de Oaxaca don Ramón Cajiga, casi estaba de acuerdo con la Regencia del Imperio, y por lo mismo, no vió con buenos ojos la llegada de una columna militar que venía a reanudar las hostilidades. El habría querido conservar una posición conciliatoria, lo cual era imposible delante del General Díaz. Sin embargo, el señor Cajiga trató de imponerse y manifestó a don Porfirio que era el Gobernador Constitucional del Estado y no aceptaba órdenes del centro. El General Díaz le contestó que estaba resuelto a hacerse obedecer, porque en aquellos momentos las armas no tenían más objeto que defender a la Patria contra los extranjeros y los traidores, y que él consideraba como tales a todos los que se resistieran a cumplir las órdenes del Gobierno Federal.

Con este motivo, Cajiga renunció la guberna-

tura, se disolvió el Congreso local y el General Díaz se hizo cargo de la situación el primero de Diciembre de aquel año. Sólo dos meses y medio desempeñó el puesto de Gobernador, pues le resultaba muy fatigoso y a veces imposible, atender al mismo tiempo a la administración civil y a las operaciones militares. Así pues, entregó el Gobierno al Lic. Ballesteros y él quedó exclusivamente con el mando del Ejército.

En el primer semestre de 1864, los horizontes liberales se acabaron de ensombrecer. En Junio llegó el Archiduque Maximiliano y en ese mismo mes defeccionó el General López Uraga, quien, aunque no consiguió entregar su ejército a los invasores, por la acción patriótica de los Generales Arteaga y Corona, que desconocieron su jefatura en el momento en que se consumaba la traición, sí logró abatir los ánimos, infundir el desaliento y preparar el desastre. De los 8,000 hombres del General Uraga, se dispersó la mitad y los 4,000 restantes quedaron avocados a la derrota.

Un poco antes de la defección del caudillo de Occidente, se había efectuado el pronunciamiento del cacique del Norte don Santiago Vidaurri, quien obligó a Juárez a oscilar entre Monterrey y Saltillo, en busca de una relativa estabilidad. En el segundo semestre de 1864, los franceses invadieron Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas y el Presidente tuvo que retirarse al Estado de Chihuahua.

Dominado el centro y parte del norte del país, el Gobierno de Maximiliano pensó en adueñarse

del sur y envió dos columnas sobre Oaxaca, una por Tehuacán, al mando del Brigadier Brincourt, y la otra, por Huajuapan, bajo las órdenes del General Courtois d'Herbal. El General Díaz tuvo el pensamiento de atacar al General Brincourt en San Antonio Nanahuatipan; pero con el objeto de sorprenderlo, avanzó en contra de Courtois d'Herbal, quien se preparó a resistir. Entonces el General republicano dejó delante de Courtois un pequeño destacamento al mando del General Escobedo, con el objeto de simular que se preparaba la ofensiva, y con el grueso de las tropas, fue a caer de sorpresa sobre Brincourt, cuyos soldados, después de un castigo durísimo, se reorganizaron y consiguieron sostenerse. Esta rápida y brillante maniobra no tuvo éxito porque el Coronel Espinosa Gorostiza, que debería haber llegado en el curso del combate para determinar la victoria republicana, tuvo la desgracia de tropezarse con un enemigo fortificado en Ayutla, que le cerró el paso y le impidió reunirse con el General Díaz, en el momento decisivo de la pelea.

Este episodio se efectuó el 19 de Agosto de 1864. Los últimos meses de aquel año no fueron muy activos; pero en Diciembre las dos columnas francesas emprendieron un avance sostenido y se reunieron el 17 en la Carbonera, para continuar su marcha hacia Etla. El General Díaz tenía estacionada en Tenexpa una brigada de caballería a las órdenes del Coronel Jerónimo Treviño, y un poco adelante, un escuadrón mandado por el Coronel Ladislao Castro. Este

escuadrón fue derrotado por la vanguardia francesa; y entonces, el Coronel Félix Díaz, que mandaba la brigada Treviño por ausencia de éste, cargó sobre la referida vanguardia, compuesta por cazadores de Africa, con tal ímpetu, que la obligó a volver caras y a correr tres leguas. Al cabo de esta distancia, el Coronel Díaz se encontró con el grueso de la columna francesa y se vió obligado a retirarse a sus antiguas posiciones. Esta acción, aunque sirvió para que los jinetes mexicanos demostrasen su ímpetu delante de los cazadores de Africa, fue sin embargo, una derrota, porque los franceses continuaron su avance. En los últimos días de aquel año aciago, el General Courtois d'Herbal reconoció los alrededores de Oaxaca e hizo los primeros preparativos del asedio de la plaza.

* * *

No solamente se desarrolló contra el General Díaz una ofensiva militar: también se desplegó una campaña de atracción y convencimiento. El Lic. Manuel Dublán (pariente de Juárez y que luego fue Ministro de Hacienda) se acercó a verlo con proposiciones halagadoras del Imperio. El General José López Uraga le dirigió una carta llena de tentaciones, y para que el destinatario la recibiera sin recelo ni sospecha, fue escogido como portador de la misma, el Coronel Luis Alvarez, que había sido Jefe de Estado Mayor del General Díaz.

La respuesta que dió a aquellas insinuaciones merece conservarse por los mexicanos, como la lección más elocuente de pundonor y de pa-

triotismo. He aquí la carta conmovedora que hizo ver a los imperialistas, que entre ellos y el valiente paladín oaxaqueño, había abismos que nunca se podrían salvar:

"Sr. D. José López Uraga.—México.—Mi antiguo General y estimado amigo:

"Con indefinible placer abrí los brazos a Luis y fijé la vista sobre la carta que con él se sirvió usted dirigirme, porque había creído que su venida y su misión tuviesen otro objeto; pero si bien el desengaño fue tan pronto como doloroso, y Luis me ha ofrecido hablarle franca y extensamente, tengo que corresponder a usted, si no con mucha exensión, sí con mucha lealtad.

"Quedo muy reconocido a la mediación que usted se digna ofrecerme, porque si bien lamento los errores que han dado lugar a este paso, comprendo todo el fondo de estimación y aprecio que entraña.

"Yo no seré el que me constituya juez en los actos de usted, porque me faltaría la necesaria imparcialidad, y antes que someterlo a juicio, le abrazaría como a un hermano y le comprometería a volver sobre sus pasos. Pero si usted puede, según su juicio, explicar su conducta, yo no podría explicar la mía, porque mi situación, los elementos de que dispongo, los hombres y el pueblo que me ayudan, que según usted me dice, eran adversos a nuestra causa en el centro, son en el oriente otros tantos gajes de indefectible triunfo.

"El personal de la fuerza es de la misma clase que el de la brigada que mandaba yo en Pue-

bla; y usted sabe que en pocos lugares encontraron los franceses la misma resistencia que cuando se las habían con Oaxaca. Tengo también fuerzas de otros Estados, pero tan perfectamente identificadas a las otras en su moral, disciplina y entusiasmo, que son acreedoras a igual estimación.

"En los Estados de Oriente se mantiene una organización administrativa tan vigorosa, y tal escrúpulo en la contabilidad, que sus escasos recursos nos proporcionan los medios necesarios de subsistencia, sin que tengamos que tomarlos de los pueblos, ni que yo me vea en la pena de soportar el pillaje ni las extorsiones.

"Los franceses, después de la resistencia de Puebla, no han hecho más que dar un paseo triunfal por el interior; y yo me prometo que en Oaxaca, si el destino les reserva ese triunfo, ha de ser a mucha costa, y solamente porque nos aplastaren por la superioridad en el número; pero no será tan remoto que obtengamos la victoria, y que la República toda se convierta al otro día en un extenso palenque. La lucha, puede, es cierto, prolongarse como la que al principio del siglo nos hizo libres e independientes; pero el éxito es seguro.

"Me hace usted justicia, que también le agradezco, en creer que conservo un nombre honrado y limpio, lo cual es todo mi orgullo, todo mi patrimonio, todo mi porvenir: pues bien, para la prensa asalariada, no soy más que un bandido, ni seré otra cosa para el Archiduque Maximiliano y para el ejército invasor; y yo acepto

con resignación y entereza que se deturpe mi nombre, sin arrepentirme de haberme consagrado al servicio de la República.

"Siento en el alma que, habiéndose usted separado del Ejército del Centro, con ánimo de no comprometerse en la política del extranjero, haya sido magnetizado por el Archiduque, y venga con el tiempo a desenvainar, en su defensa, la espada que en otros días ha dado a la Patria; pero si así fuere, tendré por lo menos el consuelo de haber continuado en las filas en que usted me enseñó a combatir, y cuyo símbolo político usted grabó en mi corazón con palabras de fuego.

"Al presentárseme un mexicano con las proposiciones de Luis, debí haberlo hecho juzgar con arreglo a las leyes, y no mandar a usted, en contestación, más que la sentencia y la noticia de la muerte de su enviado; pero la buena amistad que usted invoca, los respetos que le guardo y los recuerdos de mejores días que me unen tan íntimamente a usted y a ese común amigo, relajan toda mi energía y la convierten en la debilidad de devolverlo sano y salvo, sin la menor palabra de odiosa recriminación.

"La prueba a que usted me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz, si la hubiera, de arrastrarme a renegar de todo mi pasado, y a romper con mis propias manos el hermoso pabellón, emblema de las libertades e independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede usted creer que ni los más crueles desen-

gaños ni las mayores adversidades llegarán a ocasionarme la menor vacilación. He hablado a usted casi exclusivamente de mi persona; pero no porque olvide a mis ameritados compañeros de armas ni a los heroicos pueblos y Estados de Oriente, que tantos sacrificios han consumado por la defensa de la República. No cabe poner en duda la lealtad de tan dignos militares, ni la opinión pública, pronunciada altamente y convertida en hechos decisivos en Tabasco, en Chiapas, en Oaxaca y aún en Veracruz y Puebla. Como usted sabe, los dos primeros han arrojado a los imperialistas de su seno; el tercero no les permite dar un paso en su territorio; y en el cuarto y quinto, en una extensa zona se mantiene el fuego de la guerra. ¿Cree usted que yo podría, sin traicionar mis deberes, disponer de su suerte sólo por asegurar la mía? ¿Cree que no me pedirían, y con razón, estrecha cuenta de mis deslealtad, y que no sabrían sostenerse por sí mismos, o confiar su dirección a otro más constante y cumplido que el que los abandonara? Así, pues, ni por mí ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión extranjera, resueltos como estamos a combatir sin tregua, a vencer o morir en la demanda, por legar a la generación que nos reemplace, la misma República, libre y soberana que heredamos de nuestros padres.

"Ojalá, General, que no contrayendo usted ningún compromiso, vuelva con el tiempo a to-

mar la defensa de tan noble y sagrada causa. Que entretanto, se conserve usted, desea sinceramente su muy atento amigo y S. S. PORFIRIO DIAZ.—Oaxaca, noviembre de 1864."

Esta carta que, en cualquiera época constituiría un ejemplo soberano de ética, cobra un valor extraordinario si se considera que cuando fue escrita, claudicaban las voluntades más fuertes y perdían su fe los creyentes más fervorosos de la Libertad. Eran momentos trágicos aquellos, en los que, en medio del general desconcierto, parecían desmoronarse las instituciones. La situación era para que un Demóstenes se envenenase, para que un Catón se atravesase el pecho, para que un Bruto muriera blasfemando con los versos de Eurípides. Porfirio Díaz, en cambio, en aquellas aciagas circunstancias, se abrazaba a su bandera y confirmaba sus votos de seguir luchando por la Patria. Por eso sus palabras son de las más nobles y altas que haya recogido nuestra historia, y se repetirán con religioso respeto por las futuras generaciones.

* * *

Al ver que el Jefe del Ejército del Sur era inmune a las insinuaciones del halago, el Gobierno de Maximiliano se propuso acabar con tan obsecado adversario. Tanta importancia se le dió a la captura de Oaxaca, que el Mariscal Bazaine, en persona, vino a reforzar las columnas de Courtois d'Herbal y de Brincourt con 500 zuavos, 300 jinetes y media batería de cañones,

y él mismo se hizo cargo de la dirección de la campaña.

El General Díaz comprendió que si lograba inferirle un descalabro al Generalísimo francés, el golpe moral sería estupendo, y se propuso atacar al Mariscal Bazaine, antes de que se reuniera con Courtois d'Herbal y Brincourt. Dió órdenes al Coronel Jerónimo Treviño de caer sobre Bazaine; pero aquél se había retirado a la sierra de Tetela, con los Lanceros de San Luis y la Legión del Norte.

Don Porfirio sostiene en sus Memorias la tesis de que, con las tropas de caballería de Treviño, habría podido maniobrar con éxito contra las fuerzas francesas; pero lo más probable es que haya estado en un error, y que, si el jefe fronterizo no se retirara de aquella comarca, hubiera corrido la misma suerte que los que se quedaron en Oaxaca. Por otra parte, el Coronel Treviño no abandonó la lucha, sino que por lo contrario fue a prestar servicios eminentísimos al norte del país. Sería absurdo acusarlo de deserción. Cualesquiera que hayan sido los motivos que tuviera para abandonar el Sur, no hay cargo que contra él se formule que no quede saldado con su heroico comportamiento en Santa Isabel y en Santa Gertrudis, en San Jacinto y en Querétaro.

En cuanto al General Díaz, con la llegada del Mariscal Bazaine, se vió colocado en la siguiente disyuntiva: abandonar la plaza y dejar al enemigo toda la artillería, para ir a merodear en la sierra, o aceptar las consecuencias del si-

tio. Con la experiencia que le había dado el sitio de Puebla, el General en Jefe pretendía remontarse a las montañas de Ixtlán; pero advirtió que su tropa estaba completamente desmoralizada. No era posible exigir de los soldados que sacudieran el escepticismo que había inundado la República entera. Sacarlos de Oaxaca en aquellos momentos de desilusión, era provocar una desastrosa desbandada.

Se quedó, pues, a repetir el caso de Puebla. Se sostuvo hasta que se le agotaron los víveres y municiones, y cuando se rindió, lo hizo románticamente, sin obtener ventajas del enemigo. Cuando se le pidió que formulara una promesa de neutralidad, se negó en forma categórica y definitiva. Rindió su espada; pero no sus convicciones ni su corazón.

El prisionero fue conducido hasta Etla por el Comandante Chapie, que después llegó a ser General de División del ejército francés. Desde Etla hasta Puebla fue custodiado por el Vizconde de Kelan. ¡Días negros para la República! Mientras el General Díaz era encerrado en el fuerte de Loreto, el Presidente Juárez, en el otro extremo del país, se veía forzado a peregrinar por los monótonos desiertos de Chihuahua...

LA EVASION

El General Díaz estuvo recluído en el fuerte de Loreto durante los meses de Abril y Mayo. Los carceleros insistieron en arrancarle la promesa de no volver a tomar las armas contra el Imperio, como precio de su libertad; pero él se mantuvo firme en su negativa, no obstante que muchos compañeros suyos de reclusión no salieron avantes de aquella prueba. Los Generales Arce y Ballesteros, el Lic. Justo Benítez y el Capitán Carbó otorgaron la promesa de respetar el Imperio y fueron puestos en libertad.

Al ser trasladado al Convento de Santa Catarina, el prisionero pensó en evadirse y empezó a hacer una horadación dirigida hacia la calle. De pronto fue llevado al Convento de los Jesuitas, en donde tuvo como guardián al Barón de Czismandia, un teniente del Regimiento de húngaros que le dispensó las mayores consideraciones y finezas. Lejos de vigilarlo estrechamente, el Barón llegó a permitirle que saliera de la prisión durante las horas del día. Correspondiendo a esta actitud caballeresca, el General Díaz se consideró obligado a no intentar una evasión que habría traicionado la confianza en él depositada.

Cuando el Conde Thun se hizo cargo de los prisioneros de guerra, lo primero que se le ocurrió fue reprender al Barón de Czismandia por el tratamiento noble y generoso que les había dispensado. El nuevo carcelero propuso al General Díaz que firmara una carta que había sido escrita previamente, dirigida al General Juan Francisco Lucas, y en la cual le ordenaba que canjease los prisioneros imperialistas que tuviera, con los republicanos que estaban en poder del Imperio. Don Porfirio se negó a firmar aquel documento y, desde ese instante, lo trató el Conde Thun con la mayor aspereza. Mandó reforzar las ventanas con maderos clavados y redobló la vigilancia de los centinelas. En estas nuevas circunstancias, el prisionero dejó de sentirse cohibido y decidió jugarse el todo por el todo.

Se necesita conocer el Convento de la Compañía de Jesús para darse cuenta de que la fuga constituyó una aventura que parece fantástica. Había que salir del calabozo; trepar a la azotea; caminar sigilosamente por las bóvedas, en donde para perfeccionar la vigilancia, se había puesto un piquete de soldados; deslizarse por pendientes peligrosas; y así, en marcha constante por los techos, llegar hasta el extremo opuesto del Convento, en donde queda la esquina de San Roque. Varias veces tuvo que bajar de la azotea principal a techos inferiores, para trepar nuevamente, en aquella caminata erizada de zozobras. Una vez que hubo llegado a la esquina, amarró el extremo de una cuerda al pedestal de una imagen de San Vicente Fe-

rrer; y, sosteniéndose en dicha cuerda, empezó a descender, no hacia la calle, porque temió ser visto, sino a un corral interior que resultó estar lleno de cerdos, los que empezaron a chillar al ver a aquel extraño visitante. El General Díaz saltó en seguida la barda, y se encaminó hacia una casa que había alquilado previamente, y en donde lo esperaban un criado y un guía con cabalgaduras para los tres.

El relato de esta evasión lo hace el General Díaz en forma sencilla y con los detalles menos dramáticos que se puedan concebir. Nunca fue un hombre ampuloso ni teatral ni se divirtió puerilmente provocando el asombro de las gentes. Sin embargo, el señor López Portillo y Rojas—cegado por la pasión política que amargó los últimos años de su existencia—niega la veracidad de esta fuga, y añade que los carceleros dejaron salir al General Díaz libremente, por órdenes que habían recibido del Archiduque Maximiliano.

¿En qué se funda el autor de "Elevación y Caída de Porfirio Díaz" para formular un mentís tan atrevido? En el siguiente párrafo que, con un júbilo que le rebalsa del corazón, reproduce del libro "Elevación y Caída de Maximiliano", por el Conde de Keratry:

"Porfirio conducido como prisionero a Puebla por el ejército francés, fue encerrado en el fuerte de Guadalupe, de donde era imposible que se evadiese. Por orden del Emperador fue entregado a los austriacos y llevado a la ciudad, de donde se evadió. Todo hace suponer que el mis-

mo Emperador, arrastrado por un sentimiento generoso, aunque imprudente, había mandado que se facilitase su evasión".

Después de transcribir el párrafo, el señor López Portillo agrega que el General Díaz, bajo la influencia que le dejara la lectura de "El Conde de Montecristo", urdió un relato emocionante, parecido al de la salida de Edmundo Dantés del Castillo de If. Don Francisco Bulnes acepta encantado esta versión y lo comenta con sarcasmos hirientes.

Como el propósito de estos dos historiadores no era averiguar la verdad, sino encontrar pretextos para fustigar la memoria del General Díaz, no se tomaron el trabajo de considerar que la pretendida generosidad de Maximiliano, que permitía la evasión del General Díaz, el 21 de Septiembre, firmaba doce días después el famoso decreto del 3 de Octubre, que condenaba a muerte a todos los prisioneros de guerra. El señor Bulnes que, con tanta sutileza escudriñaba todas las situaciones, y tan implacablemente desmenuzaba los hechos, no se fijó en que resultaba ilógico suponer que, en los momentos en que el Archiduque pensaba fusilar a sus adversarios, ponía en libertad a aquel caudillo que durante un año había detenido en Oaxaca el avance imperialista, y cuya importancia ameritó que el propio Generalísimo Bazaine fuese a batirlo personalmente.

Por otra parte, el Conde de Keratry no se preocupó por decir en qué se fundaba para afirmar que todo hacía suponer que Maximiliano

ordenó que se facilitara la evasión. Lo dijo simplemente y el señor López Portillo lo aceptó como se aceptan las verdades reveladas. Y tanta impresión le hizo el libro del Conde, que tuvo en cuenta su nombre para bautizar su libro. En efecto, la "Elevación y Caída de Porfirio Díaz" es una copia de la "Elevación y Caída de Maximiliano".

A cualquiera se le ocurre que si el Archiduque Maximiliano tenía deseos de que el General Díaz saliera de la prisión, lo indicado era que ordenase públicamente su libertad a fin de conquistar para su Gobierno el prestigio de generosidad. No existe un Jefe de Estado tan torpe que, al hacerle bien a un adversario, aparente hacerle un mal. Eso es absurdo, monstruosamente absurdo y sólo las gentes cegadas por el odio pueden tomar en serio estos chismes, indignos de la Historia.

¡Gentes ciegas de odio! Por eso no ven los documentos del Imperio, en que, con fecha 21 de Septiembre, el Comandante Superior de Puebla ofreció una recompensa de mil pesos a quien efectuase la reaprehensión del General Díaz. Delante de esos documentos no es honrado dudar, pues solamente suponiendo que Maximiliano se hubiera vuelto loco, se concibe que ordenara la libertad de un preso, y luego autorizase el gasto de mil pesos para conseguir su captura.

¿Que aquella evasión, a pesar de la sencillez con que la relata el héroe en sus "Memorias", parece un milagro? Ciertamente; pero ese milagro, no obstante ser cautivador y magnético,

no se puede comparar con los demás milagros que el paladín va a realizar a partir de su evasión. ¡Sí! Va a ser un milagro extraer legiones de la nada; va a ser un milagro aprovisionarse en los campamentos enemigos; va a ser un milagro torcer el curso de los acontecimientos; va a ser un milagro—¡y máximo!—esa campaña que se inicia en Tehuitzingo con una guerrilla de catorce hombres, que se baten en pequeñas escaramuzas, y que termina triunfalmente colocando otra vez la bandera republicana en el Palacio de los Virreyes.

Eso es lo que no quieren ver los señores Portillo y Rojas, y Bulnes y por ello es que se ponen a regatear incrédulamente el episodio secundario de la evasión de Puebla. ¡Como si esa evasión fuera algo fundamental en aquella vida legendaria! ¡Como si tuviera necesidad de acudir a los folletines de Dumas y de Ponson du Terrail, quien exhibió genio y bravura suficientes para hacer vibrar las liras de bronce de los homérida!...

LA FORMACION DEL EJERCITO DE ORIENTE

El 21 de Septiembre se evadió el General Díaz de Puebla, y el 22 iniciaba su campaña. Formó una guerrilla de 14 hombres, de los cuales únicamente ocho tenían carabinas, y con estos escasos elementos sorprendió a veinte soldados de la guardia civil que se encontraban de guarnición en Tehuitzingo. Con las armas de esta tropa y con las que se pudieron recoger en el pueblo, puso en pie una guerrilla de cuarenta hombres. Al día siguiente aumentó sus elementos con sesenta caballos que quitó al Teniente Coronel Carpintero en Piaxtla. El 24 de Septiembre se le incorporó en Tecomatlán, el Teniente Coronel republicano Juan José Cano, con 76 soldados de infantería.

El 30 de Septiembre tuvo noticia de que ese mismo día ocupaba la plaza de Tulcingo el Coronel imperialista Visoso, al frente de 300 infantes y 50 jinetes. Como la semana anterior había estado lloviendo, el General Díaz supuso que Visoso iba a aprovechar su primer día de cuartel para limpiar el armamento de la tropa. Por lo mismo, un ataque inesperado, podría te-

ner un éxito completo. De acuerdo con estas consideraciones el General Díaz entró a Tulcingo el primero de Octubre y, como lo había previsto, sorprendió a los soldados en el atrio del templo, cuando se dedicaban a limpiar sus carabinas. El desconcierto y la confusión fueron absolutos. El Coronel Visoso huyó con sus 50 jinetes y los soldados de infantería se rindieron después de una resistencia ineficaz.

El General Díaz se apoderó de todas las armas y útiles de Visoso, y además de tres mil y tantos pesos que algunos intentaron coger; pero que el Jefe de aquella fuerza puso en manos de un pagador. ¡Nada de botines de guerra! Aquella tropa no iba a repartirse lo que se conquistara en acciones militares. Una contabilidad rigurosa iba a presidir en todos los gastos. La administración y el orden transformarían aquella guerrilla en un cuerpo respetable: comenzaba a vivir el Ejército de Oriente.

Los soldados capturados se unieron a las fuerzas republicanas y se formaron dos compañías, a las cuales se dió el nombre pomposo de batallones. Diez días después de haber entrado en campaña, el General Díaz se encontraba al frente de un núcleo de ejército. ¿Ejército teórico? ¿Batallones líricos? Evidentemente. Aquella campaña se estaba haciendo con valores virtuales, con elementos fantásticos, con efectivos imaginarios; pero... se estaba haciendo. En eso consistió el milagro que supo realizar el jefe.

Lo grave era que al transformarse la guerrilla en columna organizada, se iban a sentir im-

periosamente las necesidades de provisiones y de dinero. Una guerrilla puede vivir con la facilidad de una planta silvestre y moverse con la agilidad de un pájaro. Un ejército es distinto: requiere comestibles, municiones y haberes. ¿De dónde sacarlos cuando ni siquiera se sabía en dónde estaba el Gobierno?

De una carta que dirigió el General Díaz, desde el pueblo de Tlapa, a don Matías Romero, el 9 de Mayo de 1866, copio estas palabras conmovedoras:

"El principal inconveniente que tengo para contar con la fuerza que yo quisiera, es la falta de recursos: todos los pueblos me llaman y me ofrecen las armas que les ha dado el Imperio; pero prefiero tener una fuerza reducida a tenerla numerosa sin haber alguno. Con dinero, tendría facilidad de extender mi línea de operaciones y llegar a lugares donde hay traidores ricos que son quienes deben pagar los gastos de la guerra. Mi presupuesto es tan económico, que el soldado recibe doce centavos diarios, a veces, menos; en cuanto a los jefes y oficiales, sirven sin recibir sueldo alguno. Algunos dirán que debería yo exigir préstamos a los pueblos; pero no creo que esta es la marcha que debo seguir; no quiero extorsionar; es contra mi carácter y educación, por más que Forey afirme lo contrario".

De otra carta que dirigió al Presidente Juárez, desde el pueblo de Atoyaquillo, el 2 de Febrero de aquel año, reproduzco este párrafo patético:

"Usted debe suponer cómo estoy en cuanto a recursos y lo mucho que podría hacer teniéndolos; pero si la situación de usted es mala en ese ramo, no pido, sólo quiero que usted sepa para la primera oportunidad que necesito mucho, y entretanto, yo veré lo que hago con mis escopetas viejas y con mis hombres desnudos".

En esta misma carta se lee la siguiente expresión:

"Tengo una porción de hombres con sólo lanza que es lo que puedo construir a menos costo".

Estos documentos exhiben la forma en que se fue integrando el Ejército de Oriente. Durante el año que trascurrió desde la evasión de Puebla hasta la batalla de Miahuatlán, no gastó el General Díaz un solo centavo en comprar fusiles y municiones: todo lo quitó al enemigo. La pólvora se fabricaba en campaña. En cuanto al pago de las tropas, sólo Dios sabe cómo y cada cuándo se hacía. De sus "Memorias", transcribo el párrafo que sigue, en el cual relata el estado en que se encontraba en Agosto de 1866:

"Tuve la fortuna de que don Juan Ibarra, dueño de una pequeña finca en el valle de Huamuxtitlán, me facilitara quinientos pesos, y que don Mariano Ruiz, de Silacayoapan, me prestara mil; recursos que, aunque pequeños, eran muy valiosos en las circunstancias que yo guardaba. Con estos pequeños elementos, y el engrosamiento de mi fuerza con la de Ramos que se movía para incorporárseme, emprendí mi marcha y me incorporé con él en Piaxtla, del Estado de Puebla".

¿Cómo sería aquella situación de angustiosa y de precaria, para que se anote como novedad gratísima, el recibo de la suma de mil quinientos pesos, en calidad de préstamo? Los militares de hoy, que rayan en una decena, millones de pesos; que no saben moverse sino a bordo de lujosos ferrocarriles; que, cuando fueron revolucionarios, vivieron del bilimbique y del préstamo forzoso, quedarían pasmados si se enteraran (lo probable es que nunca se enteren de estas cosas) de que los soldados que libertaron a México de los invasores extranjeros sólo cobraron doce centavos diarios por sus servicios inestimables. Y eso... los soldados rasos, porque los jefes y oficiales sólo recibían la satisfacción sublime de defender a la Patria.

A Bulnes y a López Portillo les parece una novela la evasión del Convento de los Jesuitas; pero lo que realmente parecería una novela, si no fuese una epopeya, es lo que aquel hombre luchó para sostener sus legiones en medio de las mayores adversidades. En Octubre de 1865, cuando apenas acababa de dar a sus fuerzas una organización que tenía mucho de virtual, se trasladó al Estado de Guerrero con objeto de pedir elementos al General don Juan Alvarez. El viejo caudillo suriano le regaló un par de pistolas, unas cuantas carabinas viejas, un montón de objetos insignificantes y un tesoro inagotable de buena voluntad, de la cual, por desgracia, no fue partícipe su hijo, el General Diego Alvarez, que a la sazón era Gobernador y Comandante Militar del Estado de Guerrero.

Regresó, pues, a Oaxaca en las mismas circunstancias. Cansado sería enumerar la entrada de aquel puñado de valientes en Tlapa y en Comitlipa, en Chîautla y en Ometepec, en Silacayoapan y en Tlaxiaco, en Lo de Soto y en Pinotepa, en Jamiltepec y en Putla, en Huajuapan de León y en Nochixtlán. Aquel año se llenó de escaramuzas pequeñas; de luchas sin brillo, y por lo mismo desesperadas; de desafiar a la muerte en campañas sordas y opacas; de sacar al pedernal del carácter muchas chispas heroicas, pero sin conseguir que esas chispas determinaran el incendio que calcinara a los enemigos de la Patria.

Y aquel hombre no descansaba un solo instante. El 13 de Abril de 1866 entró en Jamiltepec y recogió 500 fusiles Enfield que dejó el imperialista Ortega; el día siguiente batió en Putla al cabecilla Ceballos y le quitó 70 fusiles, 21 mosquetes y 40 caballos ensillados. El 10 de Septiembre escribía a don Matías Ramos: "En esta población (Ixcaquixtla) no espero conseguir más que armas. Ayer, al amanecer, mandé una compañía de caballería a las posiciones vecinas para recoger las armas que habían distribuído los franceses, y volvió hoy trayendo un gran número de fusiles y pertrechos de guerra. He despachado hoy otra expedición con el mismo objeto". Así pasó todo un año, en movimiento continuo, aprovechando las oportunidades que se le presentaban, tomando todas las ventajas que podía de la configuración del terreno, de los descuidos de los imperialistas, pero sin

ser jamás gravoso al pueblo en donde operaba.

Cuando se habla de las hazañas de los grandes capitanes, se comienza por presentarlos al frente de un ejército disciplinado que ellos saben conducir a la victoria. El caso del General Díaz, al salir de la prisión de Puebla, es distinto porque no había ejército disciplinado ni indisciplinado que esperara sus órdenes para avanzar. No había soldados, no había armas, no había municiones, no había víveres, no había dinero, ¡no había nada!... La historia contemporánea de México presenta el caso de Villa y de otros cabecillas que llegaron a improvisar legiones arrolladoras; pero ¡ah! ¡qué distinto es el caso! Los modernos capitanes, ante la falta de elementos, despertaron los apetitos innobles, los instintos groseros, la parte animal que tienen todos los hombres. Así es fácil reclutar hordas numerosas e irresistibles en medio de un desquiciamiento social. El jefe que permite saqueos y depredaciones, inmediatamente encuentra miles de bandoleros dispuestos a seguirlo. Lo milagroso de Porfirio Díaz fue haber organizado sus tropas sin recurrir a estímulos miserables; formó sus huestes a base de sacrificios y martirios; su cruzada fue de patriotismo y de ideal.

Durante este año de prueba, el caudillo del Ejército de Oriente acabó de cincelar su maravillosa voluntad. Aprendió a crear, en donde nada existía; a sacarle jugo a las cosas imperfectas; a depurar éstas, cuando eran susceptibles de mejoramiento. Aprendió a esperar despacio,

a esperar aun cuando no se vieran en el horizonte más que sombras; a esperar siempre, en medio de la desesperanza general. Y, por último, se adiestró en la práctica del dolor, en el ejercicio de la pobreza y el desengaño, en la gimnasia terrible de la adversidad. Su carácter pasó por las pruebas más tremendas, como pasan las aguas por las rocas de las montañas: en ellas dejan sus impurezas y salen filtradas, transparentes y cristalinas.

En Septiembre de 1866 ya la tropa estaba cansada de tantas escaramuzas opacas, cundía la desmoralización y empezaban a registrarse deserciones. El General Oronoz había salido de Oaxaca en persecución de las fuerzas republicanas, y el General Díaz no se atrevía a aceptar combate porque todo estaba en su contra. Una gran escasez de víveres y, para desventura mayor, una lluvia pertinaz que no permitía que se secara la pólvora que los soldados mismos habían elaborado. En tan desesperadas circunstancias, el jefe republicano se retiró desde Tlaxiaco hasta Chalcotongo, en donde podía aprovechar las rugosidades del terreno para defenderse de la persecución imperialista.

Una tarde del mes de Septiembre, el General en Jefe recorría los lugares en donde debían encontrarse los vigilantes y meditaba la manera de conjurar el escepticismo y la fatiga de la tropa. En ese momento, un mensajero le trajo la noticia de que su hermano Félix había regresado del Norte, y se encontraba amagando la ciudad de Oaxaca, en donde se esperaba el regreso de Oronoz.

Con rapidez de rayo concibió el General Díaz un plan de campaña: tomar la ofensiva contra Oronoz e impedir que regresara a Oaxaca. Mandó decir a su hermano Félix que se sostuviese en actitud amenazante, a fin de que no salieran elementos para reforzar a Oronoz. En mantener a éste dividido de la guarnición oaxaqueña estribaba el éxito de las futuras operaciones. La etapa de los sacrificios había terminado y se iba a abrir el capítulo de las victorias deslumbrantes.

LA CAMPAÑA DE OAXACA

Tan pronto como el General en Jefe se decidió a tomar la ofensiva, se galvanizó aquella pequeña legión. El 15 de Septiembre cayó sobre la población de Tlaxiaco, casi en los momentos en que el enemigo acababa de abandonarla. Avanzó hasta las Andallas, en donde se incorporó el Coronel Félix Díaz, que había estado delante de Oaxaca, en actitud amenazante.

El General Oronoz había salido para Nochixtlán, en donde permaneció unas cuantas horas, para seguir luego, rumbo a la capital del Estado. La columna republicana avanzó hacia Nochixtlán, y en los suburbios de esta plaza batió un destacamento de húngaros, que resistió el ataque con serenidad. En seguida, el General Díaz envió una pequeña columna al mando de su hermano Félix, sobre Oaxaca, a fin de que Oronoz, ante aquel amago, no pudiese disponer para su campaña, de las tropas que guarnecían la plaza. Lo que preocupaba al Jefe del Ejército de Oriente era mantener divididas a las fuerzas imperialistas. Para conseguir este propósito, se privaba del eficaz auxilio de su hermano; pero en aquellas circunstancias, las fuerzas del

Coronel Félix Díaz no significaban para el General republicano, lo que la guarnición de Oaxaca podía significar para el General Oronoz.

Al enterarse este jefe imperialista de que los húngaros habían sido atacados en Nochixtlán, se devolvió para reanudar su persecución contra el General Díaz. Este evadió el encuentro y emprendió una marcha por Andallas, Huajolotitlán, Zimatlán y Ejutla, hasta llegar a Miahuatlán, en donde hizo alto y esperó el ataque de Oronoz.

La columna imperialista, que se componía de 1,400 hombres se presentó en escena el 3 de Octubre. El General Díaz, que sólo disponía de 900 soldados, con escasísimas municiones—siete cartuchos por plaza—acudió a toda clase de ardides para aparentar mayor fuerza de la que tenía.

De la plaza de Miahuatlán salen dos caminos: uno para Oaxaca y otro para Cuixtla. En medio de estos caminos hay una barranca, y en la barranca se encontraba una milpa. En dicha milpa fueron colocados cincuenta soldados, con órdenes de hacer una descarga nutrida sobre los imperialistas, en determinado momento. El objeto era hacer creer al enemigo que los cincuenta soldados ocultos en las matas de maíz, eran cuando menos quinientos.

El General Oronoz se presentó con su columna por el camino de Oaxaca. El General Díaz lo esperó rodeado de su Estado Mayor y de la caballería, en tanto que la infantería, bajo el mando del Coronel don Manuel González, se

alejaba de Miahuatlán por el camino de Cuixtla. Al advertir este movimiento, el General Oronoz supuso que el plan de las fuerzas porfiristas consistía en evacuar la plaza, y que el General en Jefe se había quedado con la caballería para proteger la retirada.

El jefe imperialista ordenó una carga de caballería sobre aquellas fuerzas que se retiraban, y el General Díaz, en vez de resistirla, ordenó a su caballería que retrocediera y se fuese a reunir en el camino de Cuixtla con la infantería de don Manuel González. Entonces fue cuando los cincuenta infantes ocultos en la milpa, descargaron sobre las tropas atacantes y les produjeron la impresión de haber caído en una emboscada. Al mismo tiempo, algunos paisanos de Miahuatlán, que obraban por cuenta propia, también entraron en acción para repeler el ataque.

Entretanto, el grueso de la infantería de González se había desprendido del camino de Cuixtla para colocarse en el flanco de Oronoz y atacó con fuerza, mientras la caballería que había fingido retirarse, avanzó hasta la retaguardia imperialista y colaboró con una carga brillante por la espalda, que resultó decisiva.

Oronoz se desconcertó por completo al sentirse agredido al mismo tiempo por los paisanos de Miahuatlán, por los soldados ocultos en la milpa, por la infantería que golpeaba su flanco derecho, y por la caballería que lo atacaba por la retaguardia. La desorganización fue completa. El Coronel francés Testard murió en la con-

tienda. Oronoz huyó a Oaxaca y la tropa se dispersó en medio de una confusión terrible. El botín recogido por los republicanos consistió en 1,000 fusiles, dos obúses de montaña, y más de cuarenta mulas cargadas de municiones.

El General en Jefe percibió inmediatamente que había cambiado su situación. Aquella victoria que parecía de exiguas proporciones, le iba a permitir adueñarse de Oaxaca, extenderse por Tlaxcala y Puebla, dominar todo el sur del país. Con razón dijo entonces a los que lo rodeaban: "el triunfo de Miahuatlán me abrirá el camino para México". Y, efectivamente, seis meses después estaba sitiando la Capital de la República.

El camino estuvo lleno de resplandores; pero no exento de dificultades. Al enterarse de la derrota de Oronoz, el Coronel Félix Díaz se acercó a la ciudad de Oaxaca. El 6 de Octubre llegó don Porfirio con la columna triunfante, perfeccionó el sitio y empezó a preparar el asalto. Diez días después, las tropas sitiadoras aprehendieron a un mensajero de la ciudad de México, que portaba un pliego importantísimo para el General Oronoz. En ese pliego, el Ministro de Guerra de Maximiliano requería al Comandante de Oaxaca que se sostuviera firmemente en sus posiciones, porque una columna de 1,500 hombres de las tres armas, en su mayoría austriacos, venía en su auxilio y obligaría al General Díaz a levantar el sitio.

Al mismo tiempo se enteró el General republicano de que el General Pérez Figueroa, al

mando de su brigada, venía a incorporársele, y pensó inmediatamente que si esa brigada tropezaba con la columna austriaca, corría riesgo de resultar aniquilada. Por consiguiente, decidió levantar el sitio; pero conservando apariencia de amago, a fin de que Oronoz creyera que seguía rodeado por el ejército republicano.

Con rapidez de rayo salió el General Díaz al encuentro de los austriacos y tuvo la buena fortuana de que en San Juan del Estado, se le uniera la brigada del General Pérez Figueroa. En la madrugada del día siguiente, o sea el 18 de Octubre, salió de Etla y a mediodía, le participaron los exploradores que la columna austriaca estaba al frente. Escogió sus posiciones en las lomas de la Carbonera. El enemigo lo atacó dos veces y fue rechazado. Entonces, el General Díaz arrojó sobre los austriacos una carga de caballería, la cual fue detenida. Igualmente fueron detenidas las columnas del General Pérez Figueroa y del Coronel Félix Díaz, no obstante el ímpetu con que cayeron sobre el enemigo. Para decidir cuanto antes el resultado de la acción, el General Díaz puso en movimiento las reservas del Coronel Espinosa y las fuerzas del Coronel González y ordenó a Pérez Figueroa y a Félix que volviesen sobre la carga. Ante este ataque general, los imperialistas advirtieron que su frente se rompía y se consumaba una completa derrota.

El General en Jefe persiguió a las tropas en fuga, mientras el Coronel Segura les cortaba la única carretera por donde podían retirarse en

orden. Cayeron en poder de los republicanos 416 prisioneros, cuatro cañones rayados, 300 granadas, más de 700 carabinas y una gran cantidad de efectos de guerra.

Dos días después el ejército republicano había reanudado el sitio de Oaxaca. Por uno de los boletines que publicó el General Díaz, se enteró Oronoz de que una columna poderosa había venido en su auxilio; pero que había sido destruída en las lomas de la Carbonera. No quiso dar crédito a aquella tremenda noticia; pero poco a poco se fue convenciendo de la realidad, al advertir que el cerco de los sitiadores se iba estrechando a medida que pasaban los días. El 30 de Octubre, el General Díaz preparaba un asalto y Oronoz ofreció entregarle la plaza, mediante condiciones. No fue admitida su oferta, y entonces Oronoz, al día siguiente, tuvo que presentar su rendición incondicional.

El General en Jefe aprovechó la tropa imperialista para aumentar sus fuerzas y ascendió a Generales a los Coroneles Manuel González y Faustino Vázquez Aldama, que lo habían acompañado en aquella campaña épica. No quiso ascender al Coronel Félix Díaz, porque era su hermano; pero el Gobierno de Juárez corrigió aquella omisión y envió al hermano del General en Jefe el ascenso que se había ganado con su heroico comportamiento.

Una vez tomada Oaxaca, se imponía la necesidad de clarear el Estado. El General imperialista Remigio Toledo se encontraba en Tehuantepec, al frente de 2,300 hombres. Hacia allá

partió el General Díaz, a mediados de Diciembre. Toledo salió a su encuentro y lo esperó en un lugar llamado el Tablón, en donde ocupó posiciones ventajosísimas, en la margen izquierda del río Tehuantepec.

El Jefe del Ejército de Oriente, en vez de aceptar combate en un sitio que le resultaba desfavorable, se desvió hacia la izquierda, para llegar a Tehuantepec por el rumbo de la Chitova. Toledo lo fue siguiendo. El General Díaz dejó a su hermano Félix, con su regimiento "Libres de Oaxaca", oculto en un arroyo, y siguió avanzando con el grueso de la columna. Al llegar a la Chitova se detuvo y extendió sus tropas en línea de batalla. Toledo aceptó el reto, pero apenas se había iniciado la batalla, cuando el Coronel Félix Díaz salió del arroyo y cayó sobre la espalda del General imperialista que resultó completamente aniquilado.

A fines de Diciembre de 1866, el Jefe del Ejército de Oriente entró en Tehuantepec y quedó dueño absoluto del sur de México. Las pequeñas partidas que seguían merodeando en el istmo no valían la pena de entorpecer las grandes operaciones que se iban a emprender, y por lo mismo, el Capitán Carlos Pacheco quedó encargado de batirlas. El General Díaz regresó a la capital del Estado, adonde llegó el 10 de Enero de 1867, y empezó los preparativos de su última campaña.

En los últimos meses, había escrito en la Historia de la Patria estas tres palabras rutilantes: Miahuatlán, La Carbonera y Oaxaca; pero to-

davía se iba a remontar más alto, aún iba a crecer su historia romancesca, faltaban las estrellas más radiantes de su conteslación. El caudillo del Oriente estaba ya en camino de transformarse en el caudillo indiscutible de la Patria . . .

LA RETIRADA DE LOS FRANCESES

Mientras que el General Díaz desarrollaba su brillantísima campaña de Oaxaca, Napoleón Tercero ordenó al Mariscal Bazaine que pusiera fin a sus actividades de México y regresara a Francia. Varias razones tuvo el Emperador francés para liquidar su aventura en el nuevo mundo; pero la más visible fue el temor de verse complicado en una guerra con los Estados Unidos. Este país ha considerado las intervenciones europeas en América (así lo precisó el Presidente Monroe en su famoso mensaje de 1823) como atentatorias contra su seguridad, y si no fue recordada esta doctrina, desde 1861, a las naciones de la expedición tripartita, y a Francia, en particular, fue porque en aquel año, la Federación norteamericana se encontraba comprometida en una guerra civil encarnizada, y no estaba en aptitud de presentar reclamaciones internacionales.

Desde 1861 hasta 1865, la política exterior de los Estados Unidos fue negativa: se limitó a mantener relaciones cordiales con el Gobierno de Juárez, y a no tomar en cuenta la Corte de Maximiliano. Pero tan pronto como los confe-

derados fueron vencidos, la Cancillería norteamericana procedió a imponer la Doctrina Monroe, y por consiguiente, a exigir de Napoleón Tercero, que se retirase del nuevo mundo.

Otra razón que pesó mucho en el ánimo del César francés para poner fin a su aventura mexicana, fue la fortaleza militar que exhibió Prusia, en la guerra de 1866. La facilidad con que el Rey Guillermo triunfó sobre Austria, que era considerada como potencia de primera categoría, hizo que Napoleón Tercero abriese los ojos y se diese cuenta del nuevo peligro que acababa de nacer en el centro de Europa. Así, pues, la batalla de Sadowa contribuyó tanto como la Doctrina Monroe, y probablemente más todavía, a que fueran llamadas a Francia las tropas del Mariscal Bazaine. Enfrente de la potencia militar de Prusia, resultaba una locura para Francia, mantener sus legiones dispersas en diversos rumbos, y comprometidas en empresas descabelladas.

Finalmente, por más obcecado que fuese Napoleón Tercero, debe haberse convencido, a fines de 1866, de que la consolidación del Imperio de Maximiliano era una tarea imposible. El ejército francés, con grandes sacrificios y gastos, podía sostener la situación durante algún tiempo; pero no le podía inyectar vida a un organismo artificial, que no encajaba dentro de la idiosincracia mexicana. Siempre sería el Imperio una cosa endeble, hueca, sin cimientos, desligada del pueblo, que la miraba con la aversión y el recelo con que se miran siempre las instituciones importadas.

"Los reyes nacen o se hacen; pero no se les hace", dijo una vez Moyano, refiriéndose a don Amadeo de Saboya; y lo mismo pudo haber dicho Napoleón Tercero, delante del fracaso de Maximiliano. En 1866, los franceses guarnecían las principales ciudades del país; pero no habían conseguido apagar las guerrillas republicanas, cuyas actividades se manifestaban en todas partes, y muy especialmente en las regiones fronterizas y en las costas. El Imperio había fracasado en Chihuahua, en Chiapas, en Campeche, en Guerrero y estaba comenzando a fracasar en el resto del país.

Todas estas consideraciones deben haber pesado profundamente en el ánimo napoleónico, hasta obligarlo a abandonar aquel sueño, que, según confesión propia, había sido el más bello de los sueños imperiales. No obstante que la retirada de las tropas francesas dejó muy mal parado su orgullo, acabó por someterse a la realidad. Cuatro años después, Napoleón Tercero iba a rubricar aquel fracaso, con la rendición desastrosa de Sedán.

Los políticos imperialistas, al enterarse de que los soldados franceses se retiraban, no pudieron contener su indignación, y por boca de don Alejandro Arango y Escandón, entregaron al Mariscal Bazaine el mismo mensaje que un Papa del Renacimiento dió al Duque de Guisa, para que se lo trasmitiese al Rey de Francia: "Decid a vuestro amo que muy poco habéis hecho en estas tierras por la Francia, menos aún por la Iglesia, y menos todavía por vuestro propio honor".

Estos desahogos coléricos de los conservadores, y además la conciencia que tenían de que la retirada de México era desairada y opaca, hizo concebir a Bazaine una intriga que, aunque no lo llenaba de prestigio ni gloria, lo podría presentar como un orientador definitivo de los asuntos mexicanos.

El Mariscal francés veía que el fracaso de Maximiliano era inevitable. Por consiguiente, pensó en la conveniencia de que recogiese la situación cualquier caudillo liberal que no fuese don Benito Juárez. Así, cuando menos, terminaba la guerra con una transacción. El caudillo en quien se fijó el Mariscal francés fue el General Porfirio Díaz, quien por sus victorias recientes en Miahuatlán, La Carbonera y Oaxaca, parecía el indicado para asumir la jefatura de la causa republicana, en caso de que pudiera ser eliminado el Presidente de bronce.

Un enviado de Bazaine, don Carlos Thiele, había visitado el campamento del General Díaz para concluir un arreglo de canje de prisioneros. Después de tratar todo lo relativo a ese canje, el señor Thiele manifestó al General Díaz que, si se resolvía a atacar la plaza de México, mientras el Mariscal Bazaine se retiraba a Veracruz, éste podría regresar con el objeto aparente de imponer el orden, pero con la resolución de instalarlo en el poder. Lo que el militar francés pretendía era que, al no triunfar Maximiliano, tampoco triunfase don Benito, con quien los franceses no podrían tratar jamás.

También el Archiduque pretendió abrir nego-

ciaciones directamente con el General Díaz y, al efecto, comisionó a don Carlos Bournof para que lo sondeara y si era posible, esbozara un proyecto de arreglo; pero el Jefe de Oriente rechazó las dos insinuaciones. De acuerdo con sus antecedentes pundonorosos, rehusó la combinación maquiavélica y siguió enarbolando la bandera de la República. Unos cuantos meses más tarde, se iba a separar para siempre de don Benito; pero... lealmente, sin desgarrar su decoro ni romper su honor.

EL ASALTO DE PUEBLA

Una vez clareado el sur del país, Porfirio Díaz se sintió sin enemigos a la retaguardia y pensó seriamente en tomar las plazas de Puebla y México. Las últimas victorias le habían servido para aumentar el número de sus soldados; pero ni aún con el aumento contaba con la quinta parte de las fuerzas que guarnecían a las dos primeras ciudades de la República. ¿En qué se fundaba entonces para alentar tamañas esperanzas? ¡Ah! En lo mismo que se fundó para triunfar en Jalatlaco y en Miahuatlán: en la fe inquebrantable que mueve las montañas, en el valor sereno que galvaniza a los pueblos, en la resolución divina de cumplir con el deber que siempre se traduce en un florecimiento de milagros.

La primera dificultad con que tropezó fue la de tener que licenciar muchas fuerzas oaxaqueñas que pertenecían a la Guardia Nacional, y que se negaban a pelear fuera del Estado. El General Díaz había prometido licenciarlas al llegar a la capital oaxaqueña y tuvo que hacer honor a su palabra. Con objeto de llenar los vacíos que dejaban aquellas bajas, procedió a ha-

cer nuevos reclutamientos. El General Pérez Figueroa se fue a reclutar gente en Teotitlán y en Tuxtepec; el General Juan N. Méndez hizo lo mismo en el norte de Puebla; el General Alatorre se puso a formar una brigada en Veracruz; y así, por el estilo, emprendieron trabajos intensos de organización en diversos lugares de la Mesa Central, los Coroneles Roldán, Palacios y Mercado. El Ejército de Oriente se rejuvenecía. Sigfrido estaba forjando la espada que iba a emplear en su lucha con el dragón...

A fines de Enero salió el General Díaz de Oaxaca para dar unidad y cohesión a aquellos elementos. Permaneció en Acatlán dos semanas, y luego avanzó hasta Ixcaquixtla, en donde se le reunieron los Generales Luis Pérez Figueroa y Manuel González. Luego, en Tepeaca, se le incorporaron los nuevos cuerpos que habían reclutado los Coroneles Cristóbal Palacios, Ignacio Sánchez Gamboa y J. Espinosa Gorostiza. Por último, en Huamantla, se pusieron a sus órdenes, las fuerzas organizadas por los Generales Ignacio Alatorre y Juan N. Méndez.

Allí se detuvo el General Díaz y se dedicó a darle forma a dos divisiones: la primera quedó bajo el mando del General Alatorre, y se integró con las brigadas de los Generales Manuel González, Francisco Carreón, y Luis Pérez Figueroa. En estas brigadas figuraron como jefes de batallón los Tenientes Coroneles Juan de la Luz Enríquez, José G. Carbó, Luis Mier y Terán y el Mayor Carlos Pacheco. ¡Vaya una constelación de valientes! La segunda división quedó

a las órdenes del General Juan N. Méndez y se formó con las fuerzas de los Generales Juan Crisóstomo Bonilla y Juan Francisco Lucas.

Además, se formó una brigada de caballería con los regimientos del General Antonio Rodríguez Bocardo y de los Coroneles Cristóbal Palacios, Anastasio Roldán e Ignacio Sánchez Gamboa.

Con estas fuerzas, que sumaban alrededor de 4,000 hombres, el General Díaz salió de Huamantla y llegó frente a la ciudad de Puebla, el 9 de Marzo de 1867. Ocupó sin resistencia el cerro de San Juan e inició las operaciones de sitio. La línea envolvente se extendió por el oriente y el sur. En el norte, las fuerzas imperialistas se encontraban protegidas por los fuertes artillados de Loreto y Guadalupe; pero el General en Jefe mantuvo en ese rumbo, en maniobra continua, varios regimientos volantes de caballería, a fin de que las referidas fortalezas no volvieran a tener contacto con el resto del país.

Naturalmente, el plan del General Díaz era debilitar la plaza por medio del aislamiento, y al mismo tiempo, amagarla con asaltos parciales constantes, que determinaran en las tropas encerradas el deseo de capitular. Era un proyecto de lento desarrollo, como el de todos los sitios. Los soldados recluídos, acosados por la agresión diaria, por el hambre, por la necesidad, por la incertidumbre que produce la falta de noticias, y sobre todo, por el cansancio que traen las luchas que no tienen perspectivas de triunfo, acaban por ofrecer su rendición.

Un acontecimiento inesperado vino a precipitar la campaña. El General don Leonardo Márquez, que se encontraba en Querétaro, salió el 22 de Marzo de esa plaza, con órdenes del Archiduque Maximiliano, de reclutar un ejército en la ciudad de México, y volver con él a intentar la salvación del Imperio, que había entrado en agonía. El General Márquez llegó a la ciudad de México, y con rapidez pasmosa, organizó un ejército de cinco mil hombres. En el momento de salir con rumbo a Querétaro, se le ocurrió desarrollar un plan de campaña distinto del que había discutido con Maximiliano. Ese plan consistía en caer sobre el ejército del General Díaz, cogerlo entre dos fuegos, batirlo y despedazarlo; en seguida, sacar de Puebla parte de las fuerzas sitiadas; y luego, con estas legiones tonificadas por la victoria, venirse sobre el ejército del Norte, que se tenía que aturdir y quebrantar, al verse golpeado por fuera y por dentro de Querétaro. Este plan era grandioso y digno del talento militar de Márquez.

La noche del 30 de Marzo recibió el General Díaz la noticia de que el General Márquez había salido de México. Al día siguiente se enteró de que el jefe imperialista avanzaba por los llanos de Apam, lo que indicaba que no se dirigía a Querétaro sino a Puebla. El General Díaz comprendió que iba a quedar entre las fuerzas de Márquez y las de Noriega. Para evitar esta situación comprometida, había dos cosas que hacer: una de ellas era repetir la maniobra de la Carbonera, es decir, levantar el sitio y salir a

batir la columna auixiliadora, para luego, en caso de obtener éxito, volver a reanudar el sitio. La otra cosa era jugarse el todo por el todo e intentar tomar la ciudad de Puebla en un asalto general. Este proyecto era audacísimo y se necesitaba el temple del General Díaz para llevarlo a cabo.

He aquí como el caudillo explica su determinación:

"Confieso que vacilé mucho en la conducta que debería yo seguir con motivo de la aproximación de Márquez. Salir a batirlo tenía el inconveniente de que, al levantar el sitio, se desmoralizaría mi fuerza, y dejaría enemigo a retaguardia, lo cual empeoraba grandemente mi situación. La retirada a Oaxaca equivalía a la destrucción completa de toda la gente, y los elementos de guerra que con tanto esfuerzo había yo acumulado y que estaba seguro se desbandarían y perderían por completo, aún antes de que nos persiguiera el enemigo. No me quedaba, pues, más alternativa que perder esos elementos en buena lid y en una empresa que si me daba buen éxito, me abriría las puertas de la capital y pondría término a la guerra".

Lo primero que hizo el General en Jefe fue ordenar que los enfermos, heridos y bagajes fueran trasladados a Tehuacán. Así, en caso de fracaso, quedarían a salvo. Todos interpretaron aquella medida como preparatoria de una retirada y el General Díaz nada hizo por sacarlos del error, porque el éxito del asalto dependía por completo de la discreción y el sigilo con que

se llevase a ejecución. Hasta el primero de Abril por la noche se comunicó el plan al Cuartelmaestre General Ignacio Alatorre, quien citó a los 17 jefes que iban a tener mando de columna.

De estas 17 columnas, tres iban a dedicarse a hacer un ataque falso sobre las trincheras del Carmen, con objeto de congregar allí el mayor número de elementos de la plaza sitiada. Mientras los defensores se congestionaran en el Carmen, las 14 columnas restantes iban a asaltar furiosamente las demás posiciones del perímetro de Puebla. La señal para el ataque general iba a ser una inmensa llamarada sobre el cerro de San Juan.

A las dos y tres cuartos de la madrugada del dos de Abril, la artillería republicana empezó a cañonear las posiciones del Carmen. En seguida cargaron una después de otra, las tres columnas del ataque falso. Primero, fue rechazado el Teniente Coronel Jesús Figueroa, con fuertes pérdidas, sin conseguir llegar a 100 metros de la trinchera; también fueron rechazados sucesivamente los Generales Eutimio Pinzón y Luis Pérez Figueroa, aunque éste último llegó hasta la contra-escarpa y hasta intentó salvar el foso.

En los momentos en que se concentraban los defensores de Puebla en el Carmen, para rechazar el asalto, empezó a arder un lienzo empapado de espíritu de resina, que se había tendido entre las torres de San Juan, y al mismo tiempo se arrojaron sobre las trincheras de la plaza catorce columnas que cayeron como catorce martillos manejados por titanes. Pocas veces el

carácter mexicano se ha exhibido con la energía que demostró en aquella jornada inmortal. Decía Miguel Angel que, cuando leía La Iliada, le parecía que Aquiles y Ajax, Héctor y Sarpedón tenían doce pies de estatura. La misma impresión produce la lectura del parte que el Jefe del Oriente rindió a la Secretaría de Guerra... Enríquez y Mier y Terán llegaron a la plaza de Puebla como semidioses, Carlos Pacheco, en la trinchera de la Siempreviva, está pidiendo una lira épica que cante su doble mutilación...

Cuando Porfirio Díaz tomó posesión de la plaza, la tarde del dos de Abril, debe haberse sentido dueño del porvenir. ¡Con aquellos hombres se podían emprender las más audaces aventuras y las más inverosímiles empresas! Todos ellos se habían formado a su lado y recibido su inspiración, y el ejemplo de su valor y su perseverancia. El alma porfiriana se había repartido en aquel puñado de héroes, como un sol que se rompe en varios astros para formar un sistema planetario...

Dos días después se rindieron incondicionalmente los Generales Noriega y Haro y Tamariz, que se habían retirado a los cerros de Loreto y Guadalupe. Todos temían que de acuerdo con las leyes terribles de aquella guerra (la del 25 de Marzo decretada por Juárez y la del 3 de Octubre por Maximiliano) la epopeya resultase coronada por la tragedia. ¡Pero no! El héroe no manchó su hazaña. Los laureles del dos de Abril se empaparon en sangre de héroes; pero no en sangre de víctimas...

EL TRIUNFO DE LA REPUBLICA

El 5 de Abril de 1867 salió el General Díaz rumbo a Tlaxcala con el propósito de alcanzar y batir al General Leonardo Márquez. Este se enteró ese mismo día de la rendición de los fuertes de Loreto y Guadalupe, y se retiró rápidamente hacia México. No podía ni debía hacer otra cosa el jefe imperialista, y las críticas que se le han dirigido con motivo de aquella retirada carecen de seriedad.

El Jefe del Ejército de Oriente alcanzó la columna enemiga en San Diego Notario; pero Márquez, tras un pequeño combate de caballería, escapó y con un cambio de ruta, trató de despistar a sus perseguidores. El General Díaz procuró volver a alcanzarlo, pero el Lugarteniente del Imperio evitó el golpe y continuó su hábil y rápida retirada. Parecía haberse salvado de la persecución porfiriana, cuando el 8 de Abril, se presentó el Coronel Jesús Lalanne al General Díaz y le manifestó que en la Hacienda de San Nicolás el Grande—por donde tenía que pasar el General Márquez—había situado 600 infantes y 400 soldados de caballería que se acababan de reclutar en el Estado de México.

Como venida del cielo le llegó al General Díaz aquella ayuda inesperada. Sin perder un minuto, ordenó a Lalanne que se atravesara en el camino de Márquez y lo detuviera el mayor tiempo posible, a fin de dar tiempo al grueso de la columna persecutora que llegase al campo de batalla y derrotase a los imperialistas. El Coronel Lalanne cumplió su difícil misión con la bravura que se requería. Con mil hombres detuvo la embestida de los cinco mil soldados de Márquez, durante todo un día. Fue completamente destrozado; pero con su sacrificio, hizo posible la victoria de San Lorenzo.

El día siguiente llegó el General Díaz al campo de las operaciones; pero no pudo entrar en batalla porque estaba anocheciendo y era preferible esperar la llegada del nuevo día. Se incorporó el General Guadarrama que, desde el 22 de Marzo había salido de Querétaro para observar a Márquez y tratar de batirlo. El General Díaz mandó destruir un puente que quedaba en la retaguardia de Márquez para cortarle la retirada. El General imperialista se dió cuenta de que estaba en peligro de ser despedazado y procuró salir de aquella situación comprometida, a cualquier precio. Perdió toda su artillería y 2,000 soldados de infantería; pero no gastó el tiempo en pretender sacar a flote lo que no tenía remedio, y se conformó con salvar toda su caballería y llegar a México en condiciones de resistir.

Tres días después de la batalla de San Lorenzo, llegaron las tropas republicanas a San

Cristóbal Ecatepec. Avanzaron en seguida hasta la Villa de Guadalupe y emprendieron el famoso sitio de México. El General Márquez, reducido a la impotencia, se resolvió a prolongar la agonía el mayor tiempo posible, con la esperanza de que algo imprevisto llegara a impedir la consumación de la catástrofe.

Entretanto, en Querétaro también se prolongaba la situación hasta el último momento. La Emperatriz Carlota pugnaba desesperadamente por conseguir elementos de combate, en las cortes europeas. ¡Todo era inútil! Preludiaba la tragedia que, según la frase de don Justo Sierra, parecía trazada como por un Esquilo, que removiera en gigantescos escenarios, acontecimientos, pueblos, humanidades... De los oropeles del Imperio falso, sólo iban a quedar una Princesa demente y un Príncipe fusilado...

El General Díaz hizo todo lo posible por reducir las proporciones de aquella tragedia, en la cual se diluían los sueños napoleónicos. No quiso asaltar la Capital, para evitar destrucciones inútiles y un estéril derramamiento de sangre. Esperó con paciencia el agotamiento de la guarnición sitiada. El sitio duró desde el 13 de Abril hasta el 20 de Junio. La calma con que el General Díaz aguardó el desenlace fue reveladora de su carácter que nunca, ni en los trances más difíciles, perdía la facultad de analizar los acontecimientos y pesar fríamente las consecuencias que éstos pudieran acarrear.

Un General aparatoso y teatral se habría permitido el gusto de provocar una hecatombe, pa-

ra que las gentes de la ciudad de México tuvieran oportunidad de admirar sus facultades de combatiente. El no. Los golpes dramáticos que diera en Miahuatlán y en la Carbonera, no tuvieron por objeto despertar asombros, sino adquirir ventajas positivas sobre el enemigo. El asalto de Puebla no fue un acto de farsa (como sin pruebas, pretenden sostenerlo los señores López Portillo y Rojas, y Bulnes) sino un canto de epopeya. Solamente a espíritus ciegos y fanatizados por el odio pudo habérseles ocurrido que aquel gigante de la sinceridad, pudiera tener gestos de Arlequín. ¡No! La manera paciente, fría, calculadora, y al mismo tiempo inflexible con que condujo el sitio de México, demuestra que no le seducían los oropeles de la gloria. El había cosechado laureles auténticos y no tenía necesidad de una aureola falsa.

Algunos de los jefes sitiados pretendieron entregarle la plaza mediante condiciones. El se mantuvo inexorable y exigió una rendición completa. Esta se efectuó el 20 de Junio de 1867. Al tomar posesión de la Capital, ordenó a todos los que habían servido al Imperio, que se presentasen en el cuartel general, como prisioneros, en el concepto de que aquellos que no lo hicieran, serían considerados enemigos de las instituciones republicanas y, por lo mismo, sujetos a los rigores máximos de la Ley. Muy pocos hicieron caso de aquella orden; pero como a los pocos días fuese descubierto, aprehendido y fusilado don Santiago Vidaurri, y el General Díaz diera un plazo de doce horas para que se

le presentaran los servidores del Imperio, todos éstos se presentaron al General en Jefe, en calidad de prisioneros.

La ejecución de Vidaurri fue la única ordenada por el General Díaz, en aquellos momentos en que muchas gentes temían que se registrara una erupción de rencores y venganzas. Vidaurri era de los mayores culpables, porque aparte de haber defeccionado en los momentos más angustiosos de la República, no se puede alegar en su favor que fuese arrastrado por el fanatismo religioso, ya que siempre había militado en las filas del Partido Liberal. Se puede disculpar la ceguera de los Mejía y de los Miramón, que siempre militaron en las filas conservadoras; pero... la situación de Vidaurri fue distinta, ya que tuvo que contradecir su pasado, divorciarse de sus compañeros, y renegar de sus convicciones, para hostilizar a Juárez y someterse al Imperio.

El General Díaz mantuvo el orden y dió garantías a todos los bandos sociales. Conservó el mando civil y militar hasta el 15 de Julio en que hizo su entrada a la ciudad de México el Presidente Juárez. Hasta ese día fue enarbolada nuevamente en el Palacio Nacional la bandera de la República, pues el Jeje del Ejército de Oriente quiso que la colocación de la enseña nacional fuese un acto simbólico, y por lo mismo, lo realizase el Jefe Supremo de la Nación. El quedó modestamente en segunda línea.

Desde el 21 de Junio había dirigido al Ministro de Guerra la siguiente solicitud: "Felizmen-

te terminada la gloriosa guerra que la Nación ha sostenido contra la intervención extranjera en el dilatado período de cerca de seis años, con la rendición de la Capital de la República al Ejército que tengo la honra de mandar, según comunico a usted en oficio separado de esta fecha, he llenado mi primer deber poniéndola a disposición del Gobierno Constitucional de la República. Paso a cumplir con el segundo, manifestando que, considerando ya innecesarias las facultades omnímodas que me ha conferido, e inútil mi permanencia en el encargo de General en Jefe del Ejército y Línea de Oriente, que sin merecimiento mío me encomendó, hago formal dimisión de dicho cargo, dando al Presidente y a su digno Ministro las más rendidas gracias por la confianza con que me han honrado, y suplicándoles se sirvan designar la persona que deba sustituirme en el mando de este Ejército".

Al entregar la plaza, exhibió una cuenta minuciosísima y detallada de todos los gastos del Ejército de Oriente, y presentó la suma de ochenta y siete mil pesos, después de pagar los haberes y servicios, no sólo del Ejército, sino también del Gobierno civil que, en los primeros días, cuando menos, se apoyó como yedra, al tronco corpulento y vigoroso de aquel administrador ejemplar.

Después de haber recorrido, en un vértigo de epopeyas, la vida militar de Porfirio Díaz, lo que más se admira es que el heroísmo no fuera nunca excluyente de la contabilidad. ¡Un Aquiles que lleva nota de todo lo que se gasta! En

medio de la vida incierta y azarosa de las guerrillas; moviéndose perpetuamente de un lugar a otro; arrebatándole las armas al enemigo y fabricando la pólvora que consumían las tropas; en un ambiente desolado en donde la zozobra se prolongaba indefinidamente, aquel soldado excepcional atendía con fervor, lo mismo a la realización de las proezas más inverosímiles que al recuento de los centavos más insignificantes. Hombre poliédrico que sabía de epopeyas y de números; que canalizaba las corrientes heroicas dentro del orden, como quien canaliza un Amazonas o un Orinoco, para que no se desborde y destruya los sembrados de las márgenes.

Heroísmo, orden y... sobre todo, desinterés. El paladín que se había dedicado por completo a servir a su Patria; el creador del Ejército de Oriente; el que había detenido la Historia de México en el Dos de Abril y contribuído a detenerla en el Cinco de Mayo, no pidió al Gobierno, en el momento de la victoria, sino permiso para retirarse.

Al triunfar la República, se perfiló Porfirio Díaz como el héroe máximo de México; pero... arriba de su grandeza heroica fulguraba su grandeza de ciudadano.

EL REVOLUCIONARIO DE LA NORIA

Cuando el General Díaz rindió el parte oficial de la jornada del 2 de Abril, se quedó esperando una felicitación del Gobierno, o cuando menos, unas cuantas palabras alentadoras y cordiales; pero el Ministerio de Guerra, entonces a cargo del General don Ignacio Mejía, se limitó a contestarle en la forma reseca que sigue: "El señor Presidente queda enterado de que ha ocupado usted a Puebla".

Basta este detalle para comprender que don Benito había recibido, no sólo sin entusiasmo, pero con marcado recelo, la noticia de las últimas victorias porfirianas. El General Mejía, en vez de procurar desvanecer el recelo de don Benito, debe haber contribuído a aumentarlo, pues a él tampoco le convenía que siguiera creciendo la personalidad de su antiguo subordinado. Juárez habría querido que la causa republicana hubiese triunfado con batallas menos heroicas y brillantes. Los héroes tienen el inconveniente de convertirse en rivales de los Césares.

Para conjurar el peligro de rivalidades futuras, los presidentes se encargan de estrangular el prestigio de los paladines. Eso no quiere de-

cir que Juárez tuviese una alma mezquina que sufriese con la grandeza ajena. ¡No! Esa grandeza lo tenía sin cuidado en tanto que no fuera una amenaza de su grandeza propia. Mientras Porfirio Díaz fue un héroe menor, recibió los aplausos y estímulos oficiales; pero al ascender a la categoría de estrella de primera magnitud, el Gobierno pretendió envolverlo en nubes que velasen sus seductoras cintilaciones.

Un incidente vino a acentuar el divorcio político de aquellos dos hombres extraordinarios. Cuando el General Díaz ocupó la ciudad de México, recibió órdenes de aprehender a M. Dano, Ministro Plenipotenciario de Francia en la Corte de Maximiliano. El Jefe del Ejército de Oriente contestó que no le parecía debido aquel acto, y que, en caso de que el Gobierno insistiera en que se efectuara la aprehensión, debería nombrar otro General en Jefe, a quien él, con todo gusto, le entregaría el mando.

El Presidente Juárez pudo haber perdonado aquella desobediencia al General Díaz; pero lo que no le podía perdonar era que se hubiese atrevido a darle una cátedra de ponderación y de buen juicio. Tampoco quedó satisfecho el indio de la Reforma, por la magnanimidad con que el caudillo de Oriente había tratado a los prisioneros de Puebla y de México. Juárez no deseaba una hecatombe; pero se sentía molesto al ver que su posible rival se presentaba ante el país con los prestigios combinados del heroísmo y la generosidad.

El General Díaz, cuya fuerza intuitiva era ca-

paz de perforar los cráneos, se dió cuenta inmediatamente de que no cabía en los círculos oficiales, sino en calidad de satélite menor. El Presidente, con el ánimo de disminuir la importancia de los caudillos, redujo el Ejército a 20,000 soldados, que se distribuyeron en cinco divisiones de 4,000 hombres cada una, y que se pusieron bajo el mando de los Generales Nicolás Régules, Porfirio Díaz, Mariano Escobedo, Ramón Corona y Juan Alvarez. El Ministerio de Guerra continuó en manos del General Ignacio Mejía, que era el brazo derecho de Juárez.

Don Porfirio temió que, una vez uncido al carro oficial, su personalidad se esfumara, pues no le inspiraban confianza ni el Presidente de la República ni su Ministro de la Guerra, y optó por dejar el mando y retirarse a la vida privada. Esta determinación fue habilísima y lo envolvió en un prestigio inmenso. Los periódicos de aquel tiempo lo compararon a Cincinato, lo que, naturalmente, acabó de divorciarlo del Gobierno de Juárez.

La Legislatura oaxaqueña, conmovida por el desinterés del héroe del terruño, que abandonaba el servicio de las armas sin solicitar recompensas, le obsequió la hacienda de la Noria. Hasta allá se fue a vivir el General Díaz, en unión de su joven esposa, doña Delfina Ortega, con la cual había contraído matrimonio, el 15 de Abril de aquel año. El día 3 de aquel mes, después de haber asaltado la plaza de Puebla, y mientras preparaba el bombardeo de los cerros de Loreto y Guadalupe, extendió poder en favor del Lic.

Juan de la Mata Vázquez, para que, en su nombre, contrajese el referido matrimonio.

¡Un matrimonio por poder! Este sólo dato sirve para describir al General Díaz de 1867, que se casó en campaña y arregló el problema fundamental de la existencia con la rapidez con que se ordena una maniobra. Su carácter de acero no le dió importancia a las formas románticas con que se revisten las bodas. Corolas de azahar, lazo de seda, arras simbólicas, marcha nupcial, aroma de incienso, epístola de San Pablo... nada de eso tuvo aquel hombre al fundar su primer hogar. Era un torrente que buscaba un remanso para aquietar sus aguas, y no se preocupaba por los detalles. Le interesaba el fondo, nomás el fondo de las cosas. Todavía no era "el hombre de las formas" que se modeló después con las disciplinas de la vida civil.

¿Tuvo la intención de retirarse en lo absoluto de la vida pública y dedicarse el resto de sus días al cultivo de la caña? Indudablemente, no. El General Díaz se daba cuenta de su prestigio y aspiraba lógicamente a una resurrección. Eso es lo humano. El propio Cincinato, cuando colgó las armas y se consagró a sembrar, tiene que haber pensado en volver al servicio de Roma. Un dinamo social no puede resignarse a vivir en la inacción.

El General retirado, aunque aparentase ser un agricultor inofensivo, tenía los ojos clavados en el Palacio Nacional. Desde la hacienda de La Noria, vió que don Benito no podía satisfacer las ambiciones de todos los corifeos del Partido

Liberal, y que por lo mismo, se estaba formando un grupo de oposición. Si el viejo Partido Conservador no hubiera sido destrozado en el Cerro de las Campanas, quizás los tradicionalistas habrían servido para obligar a los liberales a mantenerse unidos; pero sin el freno del adversario común, el Partido Liberal se desquebrajó en diversas facciones y sub-facciones.

Por otra parte, el licenciamiento de las fuerzas republicanas acordado por Juárez, en 1867, resultó de fatales consecuencias, pues muchos de los jefes despedidos, al ver que sus ilusiones se marchitaban o que sus apetitos permanecían insatisfechos, empezaron a levantarse en armas. México parecía condenado; tras de la guerra extranjera continuaba la guerra civil.

Los escritores apasionados han acusado al General Díaz de haber sido el alterador constante del orden, desde 1867 hasta 1876, en que se hizo cargo de la presidencia. Esta acusación, más que injusta, es temeraria, pues antes de que el Caudillo del Ejército de Oriente firmase el Plan de la Noria y se aventurase por los vericuetos sombríos de la guerra civil, ya se habían pronunciado en contra de Juárez, muchísimos Generales y Coroneles.

En el año de 1868 se levantaron en armas don Marcelino Villafaña en Yucatán; don Felipe Mendoza en Perote; el General Negrete en Puebla; y los Coroneles Toledo, Palacios y Granados en Sinaloa. No obstante que todas estas sediciones fueron sofocadas, en 1869 se registraron nuevos pronunciamientos: los más impor-

tantes fueron los de los Generales Pedro Martínez y Francisco Aguirre en San Luis Potosí, y el del General Trinidad García de la Cadena en Zacatecas. En 1870 continuaron las sublevaciones: Vizcaíno se apoderó del puerto de Guaymas, y aunque fue batido algunos días después en Tecoápam, no se apagaron los brotes anárquicos que mantenían al país en perpetua convulsión.

En estas condiciones de alboroto y de desorden terminó su cuatrenio don Benito Juárez. Cuando unos meses antes se empezó a preparar su reelección, se pronunciaron en Tampico, el 2 de Mayo de 1871, los Generales Calleja y Molina, al frente de una respetable guarnición. Fueron sometidos por el General don Sóstenes Rocha; pero todo mundo presentía que aquel hecho de armas, no era sino el prólogo de la verdadera revolución. Se sabía que Juárez iba a resultar reelecto, y que muchos jefes militares estaban resueltos a protestar contra su reelección.

Así sucedió, en efecto. Antes de que el Congreso declarase oficialmente el resultado de la elección presidencial, un batallón de policía de la ciudad de México se pronunció en la Ciudadela, el primero de Octubre. El General Rocha sofocó aquel movimiento con un rigor brutal; pero no se conjuró la guerra civil. Tan pronto como se publicó la declaratoria del Congreso, tomaron las armas los Generales Jerónimo Treviño, Francisco Naranjo, Donato Guerra, Trinidad García de la Cadena, etc., etc. Por último,

el 8 de Noviembre, el General Porfirio Díaz izó la bandera revolucionaria y se lanzó a combatir contra la administración de Juárez.

Cualquiera que conozca medianamente la historia de los pueblos hispano americanos, sabe que en ellos no se registran "elecciones limpias", y que, por lo mismo, la farsa electoral de 1871, no asumía los caracteres de gravedad que le quisieron dar los descontentos de aquel año. Un espíritu rectilíneo e impaciente podrá sostener que los regímenes emanados de fraudes eleccionarios no son legales y, por consiguiente, no merecen ser respetados; pero si se va a acudir a las armas, cada vez que se registre una elección ilegal, se condena a los pueblos del nuevo mundo a no tener un momento de tranquilidad.

En vista de esta consideración, hay que lamentar que el Caudillo del Ejército de Oriente acudiera a procedimientos de violencia, que se hallan en contradicción notoria con los demás actos de su vida. No era la naturaleza porfiriana para andar alterando el orden, ni menos aún para medrar en el río revuelto de las guerras intestinas. El General Díaz no nació con aptitud para prender revoluciones, sino para estrangularlas.

El Gobierno de Juárez, en 1871, se encontraba muy lejos de ser el paraíso democrático e institucional, que ha pregonado la adoración jacobina. Nada de eso tenía la administración de don Benito que se había apolillado y restaba ya mucho lustre a la obra admirable que el indio de la Reforma desarrolló delante de los in-

vasores de Francia. Sin embargo, Juárez continuaba siendo un gobernante austero, probo y serio, y aunque había dejado de ser popular, su resolución de continuar en el poder, no ameritaba que se abrasase el país con los horrores de la Revolución.

La única disculpa que se puede presentar en favor del Jefe del Ejército de Oriente es que obró empujado por el destino que, al divorciarlo de Juárez, lo arrojó fatalmente al campo de la rebeldía. Se separó del Gobierno, y el país lo convirtió en foco del descontento público. Más bien que un trastornador del orden, fue un trastornado por aquel ambiente revuelto y anárquico. No fue él quien prendió la Revolución, sino ésta la que lo envolvió en sus llamaradas.

El Lic. Matías Romero, en el prólogo que escribió para las Memorias del General Díaz, dijo estas palabras:

"En mi concepto, tanto el movimiento revolucionario de la Noria como el de Tuxtepec, y especialmente el primero, fueron graves errores políticos altamente perjudiciales así a la República como al General Díaz".

Ahora bien, como el héroe aludido autorizó que estas palabras se pusieran en la portada de sus Memorias, claro está que fue porque estaba convencido de la justificación del cargo que se le hacía. No se necesita exprimir el cerebro para figurarse a Porfirio Díaz en medio de una Revolución, y encontrarlo fuera de lugar. El había sabido caracterizarse por su seriedad, por su prudencia y por su templanza. Aceptaba las

circunstancias que se le presentaban, y en vez de protestar contra las impurezas del ambiente, se ponía a trabajar dentro de ellas, porque tenía el convencimiento de que no hay nada tan infecundo como la rebeldía, ni nada tan estéril como la violencia. De pronto, contradice estos principios que forman parte de su mismo ser, y se transforma en revolucionario. Las consecuencias no pudieron ser más lógicas: en vez de ir de éxito en éxito,—como era su costumbre—empezó a caminar de derrota en derrota.

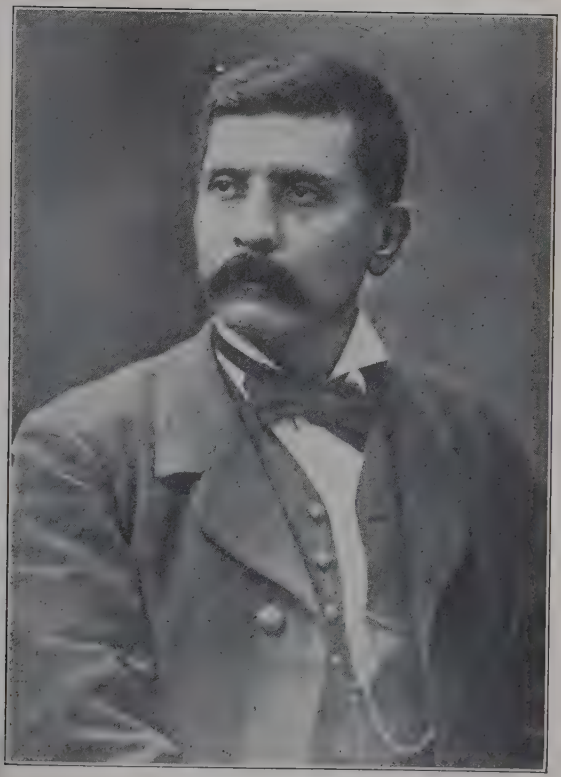
Desde el 8 de Noviembre de 1871 hasta el 18 de Julio de 1872, Porfirio Díaz aparece desconcertado, confuso, lleno de vacilaciones y titubeos. Durante la lucha contra los franceses, aún rodeado por las más crueles adversidades, los pasos del héroe habían sido firmes y seguros. En el campo revolucionario se movía como quien pisa terreno volcánico. ¡Claro! El hombre se había salido de los rieles institucionales y no sabía maniobrar fuera de la Ley.

En semejantes condiciones, el resultado de la revolución tenía que ser fatal. El General Félix Díaz, que por ser Gobernador de Oaxaca, era considerado como el brazo derecho del movimiento, fue asesinado por unos indios fanáticos; las tropas del sur fueron destrozadas en San Mateo Sindihui; y el General Díaz se vió obligado a salir de Oaxaca, para ir a refugiarse a Tepic, y luego a peregrinar obscuramente por el Estado de Chihuahua. Entretanto, los caudillos del Norte (Treviño, Guerra, Naranjo y Martínez) fueron derrotados por el General Sóstenes

Rocha en el cerro de la Bufa, Estado de Zacatecas, y todo mundo consideró terminada la revolución.

Poco después de este último fracaso, los Generales Treviño y Naranjo se desquitaron venciendo al General Corella en Topo Chico; pero ni esa victoria ni diez más, habrían conseguido volver a poner a flote la situación. En semejantes circunstancias, murió el Presidente Juárez el 18 de Julio de 1872, y don Sebastián Lerdo de Tejada se hizo cargo de la presidencia de la República. Inmediatamente promulgó una Ley de Amnistía a la cual se acogieron el General Díaz y los demás revolucionarios.

Los políticos de México, al ver que el caudillo del 2 de Abril regresaba vencido, lo consideraron muerto; pero... los muertos en política suelen resucitar.



PORFIRIO DIAZ

RETRATO DE 1876.

LA CONQUISTA DEL PODER

Don Sebastián Lerdo de Tejada, que había sido un gran Ministro, resultó un Presidente mediocre. Aunque su inteligencia era clara y profunda, carecía de las cualidades que penetran en el alma de las muchedumbres. El pueblo se enamora de los caracteres simples, pero bien definidos, y don Sebastián era complicado y borroso. Las masas siguen a los espíritus ardorosos, activos y creyentes, y Lerdo era frío, escéptico y perezoso.

Sobre todo perezoso. Por pereza, no rejuveneció el personal administrativo y siguió gobernando con los ministros de Juárez. Lerdo de Tejada llegó a la presidencia cuando apenas tenía 46 años de edad, y por lo mismo, se esperaba que su primer acto de gobernante fuera sacudir la polilla oficial, y abrir las puertas de la Administración a los representantes de las nuevas generaciones. Con aquel apego absurdo a Ministros que no lo querían, y de los cuales estaba cansado el país, el Gobierno de don Sebastián fue una repetición fatigosa de la experiencia juarista; pero... sin las cualidades estupendas de don Benito Juárez.

Por pereza, no emprendió un programa de florecimiento económico, que mejorara las condiciones ruinosas del país. Prefirió estancarse en la famosa fórmula de que "entre la fuerza y la debilidad debe existir el desierto". Por pereza, finalmente, no impidió que don José María Iglesias introdujera la anarquía en el Gobierno con su descabellada teoría de la "incompetencia de origen". Según esta doctrina, la Suprema Corte de Justicia tenía facultad para revisar las elecciones de Ayuntamientos, Legislaturas locales, Gobernadores de Estado, Congreso Federal, Presidente de la República, etc., etc., y podía desconocer los actos de aquellas autoridades que, a juicio de los magistrados, no hubieran sido electas legalmente. Con esta concentración de poder político, se hubiera creado un despotismo oriental, que para mayor desventura, quedaba depositado en el primer tribunal de la nación. A cualquiera se le ocurre divorciar a los jueces de la política, como base esencial de justicia; pero don José María Iglesias proyectó hacer todo lo contrario, es decir, colocar a la Suprema Corte en el remolino de las pasiones políticas.

Hoy nadie toma ya en serio la tesis absurda de Iglesias, que fue enterrada en dos ejecutorias inmortales de Vallarta; pero en 1875 y 1876 sirvió para desorganizar el país y precipitar el derrumbamiento de Lerdo de Tejada.

Otra causa que contribuyó grandemente a la caída de don Sebastián, fue la actitud impolítica, caprichosa y hasta contradictoria que aquel

Presidente asumió delante de las clases conservadoras y, especialmente, de la Iglesia. Bien sabido es que Lerdo era la negación del demócrata; orgulloso, sibarita y refinado, su partido lógico debió haber sido el de los aristócratas. Cuando se refería a cualquier imperialista, solía comentar: "debe ser una persona decente". Pues bien, este admirador de la decencia de los partidarios de Maximiliano, trató de ocultar sus inclinaciones conservadoras con actos de radicalismo jacobino, e incrustó en la Constitución las Leyes de Reforma.

El aristócrata disfrazado de demagogo no engañó ni a los demagogos ni a los aristócratas. Las Leyes de Reforma, en 1859, en medio de los fragores de la guerra civil eran lógicas; quince años más tarde, en plena paz y con el Partido Conservador vencido, no tenían razón de ser. Los tradicionalistas no perdonaron a Lerdo este ataque innecesario. En cuanto a los jacobinos, no se lo tomaron en cuenta, por más que él llevara sus apariencias de radical (pues, en el fondo no era sincero) hasta ordenar que fueran expulsadas de México las hermanas de la Caridad.

Uno de sus partidarios más entusiastas dijo que el cerebro de Lerdo era un sol; mas ¡ay! como el sol, tenía sus manchas, con la diferencia de que las máculas solares sólo son vistas por los astrónomos, y con telescopio, en tanto que las manchas lerdistas estaban expuestas a los ojos de todo el mundo.

En 1876 estaban disgustados con don Sebastián, los jacobinos, los clericales, los militares,

y si hemos de creer a algunos lerdistas, hasta el Ministro de la Guerra.

En semejantes condiciones, aquel hombre despegado de las muchedumbres y sin fuerza propia en el Ejército, tuvo la ocurrencia de ponerse a preparar su reelección. El resultado fue que se vino en seguida la guerra civil. ¿Qué habría sucedido si Lerdo, en vez de reelegirse, se hubiera puesto a sostener la candidatura presidencial del General Ignacio Mejía, o la del General Escobedo, o la de cualquiera otro personaje de relieve y fuerza? Lo probable es que se hubiera conseguido fácilmente la victoria del candidato oficial y que los enemigos del Gobierno se quedaran sin bandera. No lo vió así don Sebastián y se aventuró absurdamente en un combate para el cual carecía de aptitudes. La situación pedía un hombre enérgico, activo, preciso y entusiasta y él era débil, inerte, difuso y desganado.

Los revolucionarios se anticiparon seis meses a las elecciones. El General Fidencio Hernández bajó de la sierra en el mes de Enero y se apoderó de la ciudad de Oaxaca. En ese mismo mes publicó el Plan de Tuxtepec el Coronel Sarmiento. En cuanto al General Díaz, se había trasladado al norte del país, en donde creía tener facilidades para iniciar la campaña. El 21 de Marzo reformó el Plan de Tuxtepec en Palo Blanco, Tamaulipas, y se puso a la cabeza de la Revolución.

El Jefe del Ejército de Oriente se colocó otra vez, en actitud de reto, delante del destino. No tenía otro remedio. Después del error revolucio-

nario de la Noria, tenía que insistir en la revolución, para que su aventura no quedase trunca y, por lo mismo, fracasada. A semejanza de esas enfermedades que no se curan más que con la inoculación del germen que las provoca, así también el General Díaz se vió impelido a reconquistar su prestigio con los mismos procedimientos que lo habían llevado a la derrota.

Sin que apareciera tan vacilante ni tan desorientado como en 1876, el caudillo estuvo muy lejos de maniobrar delante de los lerdistas, con la habilidad, el aplomo, la rapidez y la astucia que puso en juego durante la guerra con los franceses. Se apoderó de la plaza de Matamoros el 2 de Abril; unió sus fuerzas a las de los Generales Treviño y Naranjo y se dirigió sobre la plaza de Monterrey. El General gobiernista Carlos Fuero salió a batirlo, lo encontró en Icamole y le causó una seria derrota.

Esta derrota—que, por cierto, ha sido muy exagerada—le sirvió a don José López Portillo y Rojas para establecer la teoría de que el Jefe del Ejército de Oriente no sabía pelear sino escondiéndose en las arrugas de las montañas. El mismo señor Portillo y Rojas niega el mérito de las batallas de Miahuatlán, La Carbonera y Jalatlaco porque se efectuaron en quebradas y serranías.

Sin desconocer el mérito de ganar una batalla en terreno plano, resulta pueril tachar de inferiores a los Generales que se aprovechan de la altura de un cerro, o del curso de un río, o de la estrechez de un desfiladero, o de la espesura

de un bosque, para obtener victorias. El objeto de un militar es aniquilar al enemigo. ¿Cómo? De la manera que le permita causar mayores destrozos con los menores sacrificios. Desde Ramsés hasta los Generales Foch y Hindenburg, no ha habido soldado que no se aproveche del terreno para multiplicar su fuerza. Y no solamente eso, sino que, cuando no hay zanjas naturales, en donde las tropas puedan guarecerse, se construyen artificialmente, y se les da el nombre de trincheras.

El genio militar no consiste en salir a "terreno plano" a realizar maniobras de lucimiento, sino en obtener el triunfo rápido y definitivo. No hay que pedir a un General que manda 5,000 hombres que derrote a un enemigo de 20,000; pero sí se le puede pedir que aproveche las rugosidades del terreno para que ese enemigo cuatro veces mayor, resulte en situación comprometida y pueda ser hostilizado. El mérito estriba en ayudarse de la Naturaleza, de la noche, de las inclemencias del tiempo, del desorden, de todo, para conseguir con estos elementos combinados lo que jamás se conseguiría en circunstancias normales.

La explicación de las derrotas porfirianas en 1872 y en 1876 es mucho más fácil de encontrarse, si se analiza el pasado con el ánimo de depurar la verdad, y no con el propósito de justificar desahogos. El General Díaz resultó un mediocre revolucionario porque para revolucionar con éxito se necesita ser un Santa Anna, un Villa, un tipo, en fin, que no sienta el menor es-

crúpulo en extorsionar al pueblo ni en devastar al país. El Jefe del Ejército de Oriente no sabía imponer préstamos forzosos, ni emitir papel moneda ni entregar poblaciones indefensas a los excesos y a las canallerías de la soldadesca. Por más que pretendiera disimular los abusos de bandidaje que levantan a su paso todas las revoluciones, no podía tolerar que se violasen los principios esenciales del orden y la moral. El General Díaz se sentía cohibido por grandes escrúpulos, amarrado por nobles tradiciones, dueño de un prestigio que no podía enlodar, y naturalmente, con el fardo de la honorabilidad y de la gloria, no se podía mover con la salvaje libertad de un Lozada, con el desenfreno loco de un Villa, con la fuerza irresistible de los caudillos de la devastación, que son los peritos en el arte de mover las plebes y de encender revoluciones...

El hombre de orden y de jerarquía no puede prosperar en un ambiente de caos y demagogia. Recuérdese lo que le pasó a Bonaparte en la jornada del 18 Brumario. El genio impulsivo y audaz que se había atrevido a tomar la ofensiva con legiones desgarradas; el que desafió una lluvia de proyectiles en el puente de Arcola, se puso a tartamudear delante de unos diputados violentos. ¿Por qué? ¡Ah! Porque aquel héroe que sabía concebir batallas que parecían milagros, no sabía moverse con astucia en la encrucijada de las revoluciones.

El General Ludendorff es considerado universalmente como uno de los técnicos más grandes

de la guerra moderna. Y sin embargo... hizo un revolucionario pobrísimo cuando pretendió acaudillar el movimiento insurreccional de Baviera. Lo hizo tan mal que las autoridades lo perdonaron, lo que quiere decir que no lo consideraron peligroso.

Porfirio Díaz exhibió la misma ineptitud porque no sabía sacarle jugo a las revoluciones. No había nacido para el desorden, no era maestro en el motín. El, que en 1866, había sacado un Ejército de la nada, no pudo organizar una división que le permitiera destacarse militarmente. ¡No! Anduvo paralizado, en contradicción consigo mismo, condenado por su propio credo. Si don José López Portillo y Rojas, lo hubiera colocado en montañas abruptas habría presenciado el mismo fracaso. En defensa de la Patria y de la Ley, sabía batirse lo mismo en las cordilleras que en las llanuras, porque le alentaba la convicción profunda de su deber y la fe ciega que tenía en su estrella. En cambio, en una guerra civil no sabía luchar con seguridad ni con éxito, porque el mayor enemigo que paralizaba su brazo era su conciencia limpia de constructor.

Después de la batalla de Icamole, el General Díaz comprendió que su puesto no estaba en el norte sino en el sur de México. Se encaminó a la frontera norte, se internó en los Estados Unidos y luego, en el mes de Junio se embarcó en Rockport, Texas, en el vapor "City of Havana", con rumbo a Veracruz. Naturalmente, viajaba con nombre supuesto y disfrazado.

Al tocar el puerto de Tampico, subió al vapor un piquete de soldados lerdistas, y el General Díaz, temiendo ser descubierto, se arrojó al mar con ánimo de ganar la playa y continuar por otras rutas su marcha hacia el sur. El Capitán del buque, al ver a aquel hombre nadando en un sitio que por lo general estaba lleno de tiburones, lo mandó recoger en una lancha creyendo salvarlo de una muerte segura; mas ¡ay! el salvamento resultó peligrosísimo, porque el General Díaz quedó expuesto a ser aprehendido por el jefe lerdista, que ya lo había reconocido.

Entonces fue cuando el contador de aquel barco, señor Alejandro K. Coney se propuso esconderlo y salvarle la vida. Lo encerró en un cofre, e hizo correr la versión de que se había arrojado nuevamente al mar. Para que los pasajeros aceptasen esta versión, se desparramaron en el camarote en que había viajado el General Díaz algunos objetos de uso personal, tirados por el suelo, en desorden, como simulando ser el rastro de una fuga. Encerrado en un cofre fue llevado hasta Veracruz, en donde lo recibió el General don Juan de la Luz Enríquez que lo puso fuera de peligro, y en camino de unirse a sus partidarios.

Mientras el General Díaz organizaba sus tropas en el sur, el Congreso declaró que don Sebastián había resultado triunfante en las elecciones del mes de Julio, y que por lo mismo sería el Presidente constitucional, hasta 1880. El Presidente de la Suprema Corte de Justicia don José María Iglesias,—interpretando la doctrina

de la incompetencia de origen a su manera—desconoció la autoridad del señor Lerdo, y se trasladó a Guanajuato, en donde se declaró defensor de la Constitución y Presidente de la República.

La historia de México, tan llena de incongruencias y de absurdos, no registra nada que se pueda comparar a la actitud descabellada de Iglesias, tanto más desconcertante, cuanto que obraba de buena fe. Porque si aceptaba la doctrina de la incompetencia de origen—lo cual era aceptar un absurdo—se tenía que admitir, cuando menos, que era la Corte y no su Presidente, quien tenía la facultad de decir si las últimas elecciones habían sido legales; y en caso de que no lo fueran, lo indicado era desconocer la autoridad de Lerdo el primero de Diciembre, que era cuando comenzaba la supuesta usurpación de funciones. ¡Pero no! El bueno de don José María se abrogó facultades que, conforme a su doctrina, correspondían a la Corte, y luego, se pronunció contra don Sebastián el 26 de Octubre, es decir, con cinco semanas de anticipación.

Después de medio siglo, se ve que don Porfirio era un revolucionario, y así lo confesaba con toda franqueza; don José María también se había lanzado a la revolución; pero pretendía envolver su condición de revoltoso en sofismas jurídicos que, aunque ningún abogado los podía tomar en serio, en cambio podían ser invocados por Generales que, deseosos de pronunciarse, aprovechaban la rebeldía de Iglesias para darle a sus cuartelazos un barniz de legalidad.

Esa fue la responsabilidad de Iglesias: infiltrar dudas en el espíritu de los soldados leales; darle un pretexto de insubordinación a los infidentes; multiplicar el desconcierto y la desorientación en que se encontraba el pueblo; verter oxígeno sobre las llamaradas de la guerra civil. Después de que el Presidente de la Suprema Corte de Justicia había sentado plaza de sedicioso y pregonaba que el Jefe del Estado era un usurpador, ¿qué esperanzas podían quedar de estabilidad? Iglesias no tenía fuerza ni prestigio para conquistar el poder; pero sí la tuvo para herir de muerte a aquel Gobierno bamboleante.

Don Sebastián se dió cuenta exacta de que don José María era una figura accidental, y destacó sus mejores tropas, al mando del General Alatorre, sobre el General Porfirio Díaz, que maniobraba en Tlaxcala. El encuentro se efectuó en Tecoac, el 16 de Noviembre de 1876, y tuvo el detalle dramático de la batalla de Marengo, que parecía perdida en las primeras horas; pero que se convirtió en victoria, con la llegada del General Dessaix, quien, con una épica carga de dragones, cambió no solamente el curso de un combate, sino también el curso de la historia. En Tecoac, el encargado de cambiar la faz de la batalla—¡y también la faz del futuro de México!—fue el General don Manuel González. Con su bravura acostumbrada cargó sobre el General Alatorre en los momentos decisivos, y en medio de una lluvia de proyectiles, determinó una victoria completa para las fuer-

zas revolucionarias. El heroico lugarteniente de Porfirio Díaz recibió tres balazos, uno de los cuales fue motivo de que su cuerpo sufriera una nueva mutilación; pero contribuyó gloriosamente a que su jefe conquistara el poder.

Cuando el señor Lerdo se enteró de la derrota del General Alatorre, giró una circular a todos los jefes del Ejército, con la recomendación de que se pusieran bajo las órdenes del caudillo de la revolución triunfante. Tuvo el supremo y orgulloso gesto de no tomar en cuenta la sedición de don José María Iglesias. Después, don Sebastián salió de México con rumbo a Acapulco. Al alejarse de este puerto, se alejó de la Patria para siempre.

El General Díaz ocupó la ciudad de México el 26 de Noviembre; instaló un Gobierno provisional bajo la jefatura del General don Juan N. Méndez, y salió nuevamente a campaña con objeto de someter a los revolucionarios iglesistas. Antes de desplegar una ofensiva enérgica, consintió en celebrar una entrevista con don José María Iglesias (la famosa entrevista de la Capilla) en la que el Presidente de la Corte, procuró hacerle ver las razones jurídicas que le asistían para encargarse del gobierno de la República. ¡Qué ironías tiene nuestra Historia! ¡Un revolucionario dándole clases de Derecho Constitucional a otro revolucionario!

Por supuesto que el triunfador de Tecoac no hizo caso de aquella lógica bizantina, y al convencerse de que el Magistrado persistía en la obsesión de sentarse en la silla presidencial

procedió a batir a los soldados iglesistas; pero... ya no había iglesistas. El General Antillón y demás jefes "legalistas" se sometieron al General Díaz y el señor Iglesias salió del país. ¡Vaya una aventura!

El caudillo triunfante regresó a México, en Febrero de 1877 y se hizo cargo interinamente del poder. Cumplida la fórmula acostumbrada de las elecciones, protestó como Presidente Constitucional el 5 de Mayo. Por fin había llegado a la cumbre; pero... lo más probable es que conservara un recuerdo acre de las dos revoluciones. Tecoac no se podía comparar con Jalatlaco ni con el Dos de Abril. Las luchas por el poder dejan los laureles estrujados y marchitos.

En las campañas anteriores, el héroe parecía el dueño de su destino. En 1876, por lo contrario, era el Destino quien conducía y empujaba a Porfirio Díaz. Su viaje forzoso a los Estados Unidos; el episodio dramático de Tampico; la ayuda eficaz de Mr. Coney; los errores de Lerdo; la colaboración inconsciente de don José María Iglesias; y, por último, el arribo oportuno del General González al campo de Tecoac, en el momento en que más se requería su brazo para derrotar al General Alatorre... todas estas cosas reunidas, hacen sospechar que no fue el General Díaz exclusivamente, sino la Providencia, quien determinó su victoria.

La campaña de 1866 fue una cadena de epopeyas, mientras que la de 1876, fue nomás una serie de aventuras. ¡Ah! Las aventuras enseñan

mucho más que las epopeyas. Muchas cosas debe haber aprendido el caudillo en aquellas horas inciertas, delante de horizontes impenetrables y con el porvenir envuelto en sombras; pero lo que seguramente aprendió mejor en aquella época de prueba, fue a condenar el desorden, a maldecir el caos, a abominar de la guerra civil. Necesitaba haber descendido hasta el infierno de las luchas intestinas, para que se pudiera dar cuenta de la terrible responsabilidad de encender una revolución.

El héroe de la guerra se iba a convertir en el héroe de la paz.

EL PROGRAMA DEL PRESIDENTE

¿Pensó el General Díaz, el 5 de Mayo de 1877, que iba a fortalecer y consolidar su mando hasta el extremo de establecer una dictadura unitaria y absoluta? Seguramente no. Sin embargo, aunque no tuviera motivo para aspirar a ser el eje de los destinos de México durante un tercio de siglo, tampoco iba a concretar su programa futuro a los tres años y medio que iba a durar su período presidencial. Tenía demasiada personalidad para conservarse dentro de horizontes tan limitados.

El plan del caudillo no podía ser el de esperar que llegara el año de 1880, para transformarse nuevamente en Cincinato y dedicarse, como en la Hacienda de la Noria, al cultivo de la caña de azúcar. Estaba ligado al país por veinte años de luchas y de fatigas, y se consideraba en la obligación de seguir en el servicio nacional hasta donde sus fuerzas se lo permitieran. ¿Cómo iba a prolongar su influencia, después de 1880? ¿En qué situación iba a quedar, cuando entregase la presidencia a su sucesor? Es indudable que el General Díaz pensó en estas cosas; pero sin preocuparse hondamente, por-

que él abarcaba el porvenir en sus grandes lineamientos, y dejaba la resolución de los asuntos de detalle para el momento preciso en que se fueran presentando. En 1877 no se calentaba la cabeza con los problemas concretos de 1878, sino con el panorama nacional que se pudiera presentar veinte años después. Con los ojos clavados en un futuro remoto, muy remoto, y al mismo tiempo, sin descuidar los más insignificantes detalles del presente, Porfirio Díaz inició su obra de gobernante. Esta obra no iba a ser de tres años, sino de treinta. No era el trabajo de un período presidencial, sino la contribución de toda una vida.

Su programa no pudo haber sido más breve: restablecer el principio de autoridad. Calumnian al Pacificador quienes afirman que el mando era para él, la aspiración suprema de su existencia. Sin desconocer las innegables voluptuosidades que proporciona el poder, hay que decir que Porfirio Díaz jamás lo empleó para satisfacer caprichos ni para mirar puerilmente a la sociedad, desde un plano superior. La autoridad no fue para él un fin, sino el medio necesario para imponer el orden. ¡El orden! Esta es la palabra justa que sintetiza la política porfiriana.

De don Emilio Castelar, que no fue un déspota sino un enamorado perpetuo de la redención humana, son las siguientes palabras que parecen haber inspirado al General Díaz en 1877: "La libertad es como el alimento: sin ella podemos pasarnos algunos días; pero el orden es como el aire, que si nos falta, perecemos".

Aquel hombre tenía la noción del orden me-
da en la sangre de sus arterias y en la médula
e sus huesos: se le había infiltrado lentamen-
e con el ejemplo austero de su madre y las dis-
iplinas espartanas que modelaron su persona-
dad. Se levantaba todas las mañanas a la mis-
na hora; nutría su cuerpo de acuerdo con una
ieta frugal e invariable; despachaba sus asun-
os al día, sin permitir que su escritorio se lle-
ase de papeles, ni que su camino se cubriera
e obstáculos; en una palabra, tenía sus ener-
ías canalizadas, y los actos de su existencia,
unque vigorosos y marcadamente individuales,
eguían el cauce geométrico de un método in-
lexible.

Y se propuso gobernar a la sociedad mexi-
ana, como gobernaba su cuerpo. El tenía acos-
umbrados a sus músculos y a sus nervios, a que
obedecieran los dictados de su voluntad; pero
os mexicanos de 1877 no eran tan dóciles, por-
que habían perdido la costumbre de obedecer
as órdenes del Gobierno. El principio de auto-
idad había naufragado en la marejada de las
guerras intestinas, y el hecho de que un Presi-
dente de la Suprema Corte de Justicia se llega-
e a pronunciar contra el Presidente de la Re-
pública—¡y lo hiciera de buena fe!—indica que
a anarquía había invadido la jurisdicción de
as inteligencias. Enfrente de aquel caos, había
que endurecer el mando, endurecerlo aunque se
legara hasta los excesos despóticos, para que
odo mundo volviese a sentir la disciplina ace-
ada de las jerarquías.

Esta labor habría sido relativamente fácil, si el General Díaz hubiera entrado a la ciudad de México, al frente de un ejército de 50,000 hombres perfectamente disciplinados, que lo aclamaran con unánime entusiasmo y que prometieran obedecerlo en todo. Desgraciadamente, la situación de 1877 era distinta. La batalla de Tecoac le había abierto las puertas de la ciudad de México; pero no le había entregado una República sumisa ni obediente. El Ejército se componía entonces de muchos elementos disímbolos y desorganizados, cuyo espíritu levantisco se había avivado en el incendio de las últimas revoluciones. En las capitales de los Estados residían los caudillos de segunda categoría, a los cuales había que tratar con respeto y consideración, porque ante la menor contrariedad, formulaban la amenaza de la guerra civil.

El General Díaz, en medio de los 27 caciques que gobernaban los 27 Estados de la República, no produjo en sus inicios la impresión de ser una autoridad central vigorosa, sino un elemento contemporizador y prudente que evitaba choques y explosiones. ¿Cómo almacenar poder, en medio de aquella desintegración de mando? El problema consistía en destruir las pequeñas tiranías regionales, y sumar las energías sueltas de los Estados al foco congregador de las energías de la Nación.

Había que mermar las fuerzas de los caciques en beneficio de la autoridad federal, y en medio de un vasto fenómeno de centralización de poder. La tarea del General Díaz fue la mis-

ma del Emperador Augusto delante de los Generales belicosos que lo ayudaron a derrotar a Marco Antonio; la misma tarea de Luis Onceno enfrente de los grandes señores feudales de Francia; la tarea que de siglo en siglo, el Destino encomienda a los constructores de pueblos y unificadores de nacionalidades.

Muy lento y fatigoso fue aquel trabajo de concentración social. El pueblo mexicano estaba con él; pero en cambio, estorbaba la obra gigantesca un pasado lleno de lacras y de errores. Imaginaos una costa llena de riscos y arrecifes en donde se estrellan los más enconados oleajes, e imaginaos también a un obrero que, sin palizadas que detengan por un instante las cóleras del mar, se obstina en levantar allí los muros de un faro. Pensad en que aquel obrero no desmaya, a pesar de que los bloques que va colocando, suelen ser barridos por la furiosa resaca; que cuando uno de los muros se bambolea y cae, construye otro: que en medio de la algarabía de las olas, continúa por años y años su titánica tarea; que así, poco a poco, sin impacientarse nunca, siempre tenaz e imperturbable, va imponiendo su voluntad y realizando su ideal, hasta ver, al través de tres décadas, coronada la obra con el esplendor que había soñado. Así fue cómo el General Díaz reconstruyó el principio de autoridad; así se hicieron la paz y el progreso de México.

Aquel Presidente empezó a edificar en medio de las ambiciones más desbocadas, de las tradiciones más levantiscas, de todas las heren-

cias malditas de una guerra secular que venían, como olas embravecidas, a arrasar aquellos muros audaces que osaban levantarse en un sitio, en donde la estabilidad parecía un delito. En medio de las rancias preocupaciones de los viejos conservadores que se negaban a avanzar; de los alborotos juveniles que, por lo contrario, pretendían adelantarse demasiado; de las protestas calenturientas de una demagogia enferma; de las amenazas del caudillaje, de las perspectivas anárquicas y de las desconfianzas extranjeras, Porfirio Díaz fue colocando bloque sobre bloque hasta hacer de nuevo la Nación.

En el año de 1877 apenas se inició la obra constructora. Tan magullado se encontraba el principio de autoridad en aquel entonces, que en el mismo año en que se inició el régimen porfirista, se levantó en armas el General Mariano Escobedo, quien, por haber recibido la espada del Archiduque Maximiliano, en 1867, disfrutaba de un prestigio enorme en el Ejército. Después de un completo fracaso, se volvió a pronunciar el General Escobedo en 1878, sin otro resultado que el muy triste de estrujar y marchitar los laureles de San Jacinto y de Querétaro.

En 1879, el General don Miguel Negrete intentó insurreccionar el Estado de Puebla, y aunque su conato no fue tomado en serio por el General Díaz—pues no hizo el menor caso del pronunciamiento, y éste murió de anemia—sirve ahora para exhibir el espíritu desordenado y anárquico de aquella época. Pretendió el Go-

bierno acabar con el contrabando y establecer el orden fiscal, y todos los pueblos de la costa respondieron con amenazas de levantamientos. La atmósfera estaba cargada de conjuraciones y el General Díaz se mostraba decidido a hacerlas abortar.

En este ambiente de inseguridad y de zozobra se encontraba el país, cuando se efectuó la tragedia del 25 de Junio de 1879, que tanto se ha empleado para presentar al General Díaz como uno de los gobernantes más crueles y sombríos de la historia humana.

El relato de aquel drama merece un capítulo aparte.

LA TRAGEDIA DE VERACRUZ

En el mes de Junio de 1879 se conspiraba en todo el país, y con especialidad en la costa del Golfo, con objeto de traer nuevamente a la presidencia de México a don Sebastián Lerdo de Tejada, quien, desde New York, autorizaba la preparación de una nueva guerra civil. ¡Lástima grande que un hombre de Estado de los tamaños intelectuales de Lerdo, fuera no solamente miope sino ciego, para no ver que su restauración era imposible.

El Gobierno Federal descubrió aquellos manejos y se enteró de que el plan de los conjurados era sublevar las tripulaciones de los cañoneros "Libertad" e "Independencia", para ocupar el castillo de San Juan de Ulúa, y después el puerto de Veracruz. Como había fundadas sospechas de que los barcos se rebelaran, se dió noticia de la conspiración, con toda oportunidad, al Gobernador del Estado don Luis Mier y Terán, a fin de que previniera el mal, y evitara así la necesidad de reprimirlo.

El General Terán, que era amigo de algunos de los conjurados y conocido de los demás, no quiso creer en la seriedad del movimiento y ase-

guró al General Díaz que la paz veracruzana no sería alterada. El Gobierno del centro insistió en que el asunto era de cuidado y excitó al General Terán para que tomase las precauciones que fuesen necesarias, a fin de impedir un acaecimiento desagradable.

No se limitó el Presidente de la República a prevenir al Gobernador del Estado. Don Francisco Ituarte—primo hermano de Antonio, cuyo nombre figuraba en la lista de los conjurados—reveló recientemente haber estado en la Capital de la República, tres o cuatro días antes de la tragedia, y que recibió del General Díaz el encargo de aconsejar a su pariente que se estuviera quieto y, si le era posible, que saliera de aquel centro de intrigas y conspiraciones.

Mientras que el Gobierno del centro trataba de impedir aquel estallido, el General Terán no podía creer que sus amigos tomasen parte en un movimiento revolucionario. Le parecía imposible que llegasen a desconocer su autoridad. ¡Hombre ingenuo que creía que la política se detiene delante de los vínculos amistosos y los respeta, cuando bien sabido es que pasa por encima de los sentimientos más sagrados y los pisotea! El mismo iba a dar prueba de los excesos brutales a que se puede llegar en un arrebato de pasión.

Con estos antecedentes, llegó a Veracruz, el 24 de Junio, a las cinco de la tarde, la noticia de que la tripulación del cañonero "Libertad" se había rebelado en el río Papaloapam, y que parte de la guarnición del puerto estaba com-

prometida en aquel movimiento revolucionario.

El General Mier y Terán, al enterarse de aquellos acontecimientos, estalló en una crisis nerviosa de tremendas consecuencias. Aquel hombre era un anormal y acabó con su razón completamente trastornada. Al convencerse de que la conjuración existía y de que el Gobierno Federal había tenido motivos sobrados para advertirle el peligro, pasó en un momento del optimismo más radiante a un estado de delirio patológico, que lo empujó a los más funestos extravíos.

Mandó aprehender y conducir a uno de los cuarteles, a los señores Capmany, Rodríguez, Portilla, Albert Hernández, Cueto, Ituarte, Alva, Suárez, Carmona y Galinie. Estas aprehensiones se efectuaron entre las ocho de la noche de aquel día y las dos de la madrugada del fatídico 25. A esta hora, el General Terán ordenó el fusilamiento del señor Vicente Capmany. Después dispuso la ejecución de cuatro oficiales del 23, a los cuales atribuyó intenciones sediciosas. El Mayor Juvencio Robles protestó enérgicamente contra el fusilamiento de estos oficiales y, con grave riesgo de perder la vida, consiguió salvar de la muerte a los subtenientes Loredo y Roselló. Los oficiales Caro y García, y Rubalcaba y los civiles Ituarte, Cueto, Albert Hernández, Portilla, Rodríguez y Alva fueron pasados por las armas.*

---

*Es posible que este relato contenga algunas inexactitudes de detalle; pero no he podido aún aclarar las contradicciones en que incurren los que narran aquella tragedia. El Lic. Ramón Prida me escribió

Mientras más se analiza y estudia aquel drama pavoroso, más se convence el investigador imparcial de que fue un acto de demencia. Aquellos fusilamientos se caracterizaron sobre todo por la falta de lógica. ¿Por qué fueron ejecutados Rubalcaba y Caro y García en lugar de Loredo y Roselló? ¿Por qué escaparon Suárez, Carmona y Galinie, en vez de Rodríguez y Portilla? Dentro de la sindéresis más rudimentaria, los catorce candidatos al patíbulo debieron haber corrido la misma suerte; pero allí no hubo sindéresis: sucumbieron nueve y se salvaron cinco, como pudieron haber perecido cinco y salvádose nueve. No fue una represión calculada, al estilo de Augusto: fue un acto delirante de Calígula.

El Lic. Rafael de Zayas Enríquez, en un folleto que se publicó en 1919, y que se titula "La Verdad sobre el 25 de Junio", asegura que el General Mier y Terán le mostró un telegrama cifrado de tres palabras suscrito con el nombre de Porfirio Díaz. El mismo Zayas dice que no entendió, al principio, dicho mensaje; pero que el Gobernador de Veracruz le proporcionó una clave, con la cual averiguó que el texto del mensaje era: "Mátalos en caliente".

En vista de que el señor Zayas Enríquez es

---

en 30 de Abril y en 6 de Junio de 1930, dos cartas llenas de datos interesantes en las que rectifica algunos de los datos expuestos en un artículo mío que se publicó en "El Universal" de México; pero dichas cartas me acabaron de confundir, pues contradicen la versión contenida en el libro "De la Dictadura a la Anarquía", original del propio señor Prida.

un poco descuidado en sus citas y apreciaciones históricas (pues se ha dado el caso de que invoque documentos que él mismo ha calificado de falsos) no puede conceptuarse su acusación como prueba de culpabilidad, tanto más cuanto que el telegrama violento que atribuye al General Díaz, está en contradicción con el lenguaje mesurado y digno que siempre empleó aquel Presidente durante toda su vida. Por otra parte, el señor Zayas Enríquez, no obstante que se jacta de estar mejor enterado que el resto del mundo, sobre los fusilamientos veracruzanos, al hacer la descripción de la tragedia se limita a reproducir un artículo pasional que se publicó en el periódico de Guadalajara "Juan Panadero", en Julio de 1879, y que luego se ha insertado en todos los libelos antiporfiristas. Resulta, pues, que su fuente de información no fue la tragedia misma, sino un periódico de oposición candente.

Finalmente hay que agregar que el señor Zayas Enríquez, durante los últimos años de la Dictadura, fue acusado y reducido a prisión por el delito de peculado; y aunque esa circunstancia no es motivo para rechazar de plano sus acusaciones, sí es humano suponer en él—como en el señor López Portillo y Rojas—un gran resentimiento que le impide hablar con imparcialidad.

* * *

El crítico sereno que se pregunte si fue el General Díaz capaz de ordenar los fusilamientos veracruzanos, debe comenzar por estudiar el carácter del Dictador, y ver cómo eran las repre-

salias que ordenaba, cuando a su juicio había necesidad de ser implacable.

Decía Bulnes del General Díaz: "Era enemigo acérrimo de las medidas violentas, del lenguaje meretricio, de las explosiones de los energúmenos; procedía con tacto, era jovial a veces, contaba anécdotas chuscas, pero era también adusto y presentaba, cuando le convenía, actitudes terribles, aunque por dentro estuviera frío".

Presentar actitudes terribles con espíritu calculador y frío, también fue una característica de Bonaparte. Cuenta el Abate Trape que después de una escena volcánica, en la que el Emperador pareció haberse encolerizado, le dijo: "Señor Abate, tómeme usted el pulso". El Abate lo obedeció y se dió cuenta de que Napoleón no estaba alterado, que su cólera tenía mucho de fingida, que su propósito había sido nomás el de hacerse temer por alguien que, a su juicio, obedecía más fielmente los frenos del temor, que los de la persuasión y la benevolencia.

El General Díaz fingió muchas veces (especialmente durante su vida de soldado) indignaciones y radicalismos que estaba muy lejos de sentir, para que se le creyera capaz de durísimos castigos. Allá, por el año de 1866, el abogado imperialista don Francisco Enciso escribió una carta a su amigo y correligionario don Manuel Dublán, en la que le pedía que le consiguiera un empleo en la ciudad de México, porque "ya Porfirio Díaz tocaba el territorio de Oaxaca y, cayendo en manos de ese hombre, la fusilata es segura". Esta carta cayó en manos

del Jefe del Ejército de Oriente, quien lejos de preocuparse por desvanecer el terror que inspiraba, escribió en sus "Memorias" estas palabras elócuentes: "Comprendí por esto, el estado de abatimiento en que se encontraba el ánimo de los servidores del Imperio, y esa circunstancia me inspiró la idea de adoptar en mi correspondencia, y algunas veces en mi conducta, un tono amenazador e inexorable para todos los traidores, y que me dió muy buenos resultados".

En aquel mismo año, el Obispo Covarrubias, que había sido un auxiliar entusiasta de la Intervención francesa, mandó preguntar al General Díaz, si le dispensaría consideraciones, en caso de apoderarse de la plaza de Oaxaca. Y don Porfirio, de acuerdo con su sistema de aparentar intransigencia y rigidez, le contestó que lo mandaría fusilar vestido de obispo, para que el acto resultara majestuoso.

En muchos casos, no se limitaba a anunciar el rigor, sino que lo llevaba a efecto, en forma precisa e indubitable. En sus "Memorias" se leen las siguientes palabras, que se refieren a la campaña que hizo en Oaxaca, cuando apenas tenía el grado de Capitán: "Mis sentimientos humanitarios me determinaron, al principio, a no fusilar a los prisioneros que hacía, a quienes ponía en libertad, canjeándolos por una arma y amonestándolos para que no volviesen a tomar parte en la guerra; pero la experiencia me demostró que no sabían apreciar mi generosidad, pues que caían por segunda, y aún tercera vez, con las armas en la mano, lo cual hacía la

guerra interminable, y entonces fue necesario cambiar de conducta. Por otra parte, como mis adversarios no daban cuartel a los pocos prisioneros que me hacían, me decidí a seguir su ejemplo, y a hacer de las represalias una arma de defensa".

Al poco tiempo de haber tomado Oaxaca, en Diciembre de 1866, las fuerzas republicanas aprehendieron al Comisario Imperial don Juan Pablo Franco, al cual se le instruyó un juicio sumario, en el cual fue condenado a muerte. "Interpuso el recurso de indulto y se le negó"—dice con lacónica franqueza el General Díaz. Al ocupar la plaza de Puebla, la tarde del dos de Abril, el Jefe del Ejército de Oriente ordenó las ejecuciones de don Febronio Quijano, de don Mariano Trujeque y de algunos otros defensores de la ciudad; pero dos días después, cuando se rindieron los fuertes de Loreto y Guadalupe, y el ejército imperialista quedó completamente derrotado, el General Díaz perdonó a todos los prisioneros, no obstante que entre ellos había algunos que lo habían ofendido personalmente, como don Vital Escamilla que, a raíz de la famosa evasión del Convento de la Compañía de Jesús, de Puebla, ofreció una recompensa de mil pesos a aquel que aprehendiera al General Díaz y lo entregara nuevamente a las autoridades del Imperio.

El que pase revista a estos hechos, tiene que llegar a la conclusión de que el General Díaz era dueño absoluto de sus nervios, de sus pasiones y hasta de sus sentimientos, y que sólo una

vez se dejó llevar por arrebatos volcánicos de locura. El mismo, al evocar aquel acto impulsivo, tiene la hombría de condenarlo, como se puede verificar en el siguiente párrafo de sus "Memorias":

"Ocurrió después de la batalla de Miahuatlán un incidente deplorable, que me ha apenado profundamente y que fue cometido en un primer impulso, sin la meditación debida, y que he lamentado mucho. Entre los prisioneros capturados al enemigo estaba el Capitán Manuel Alvarez, el mismo a quien había yo dispensado toda mi amistad y mi confianza, pues lo había tenido como ayudante durante el sitio de Oaxaca por los franceses a las órdenes del Mariscal Bazaine, y quien antes de la toma de la plaza, se había pasado al enemigo. Cuando me lo llevaron prisionero, sobre el campo, sólo recordé la ingratitud de su pasada conducta, me indigné grandemente y arremetiéndole mi caballo, le descargué un golpe con mi sable que tenía desnudo en la mano, cayendo sobre él en el acto las lanzas y sables de mi escolta, y quedó muerto. No obstante que yo habría mandado fusilar a Alvarez, como mandé fusilar al día siguiente a todos los oficiales prisioneros traidores, el hecho de haberle inferido personalmente la primera lesión, me apena y me amarga constantemente; y como mi pena más grande, cualesquiera que sean las que llegue a expiar por esa incorrección, será la censura de los hombres superiores que conozcan el hecho, no la quiero eludir, ni tampoco aún la de hombres tan débiles

como yo, o que no sepan apreciar todas las circunstancias que produjeron mi impresión decisiva, porque esa censura es mía también, por más que ella no sea justa".

Hay que tener en cuenta que este acto terrible se efectuó en 1866, después de muchos años de sufrir penalidades, cautiverios, desengaños y traiciones. Fuera de este capítulo rojo, que parece pertenecer a otra vida, Porfirio Díaz se caracterizó siempre por la sabia manera que tenía para dosificar el rigor y la benevolencia, por aquel tino que siempre puso de ser duro e inexorable en los momentos de la pelea, y generoso después de la crisis. En 1876 tuvo en sus manos al señor Lerdo, y lo dejó salir del país. En 1878 aprehendió al General Escobedo y le dispensó las mayores consideraciones. En 1879 ordenó la libertad del General Fuero—el mismo que lo había derrotado en Icamole. Con ninguno de estos adversarios fue vengativo ni cruel, porque comprendió, con sobrado buen juicio, que no eran necesarios los rigores implacables para sofocar los brotes absurdos y extemporáneos de la reacción lerdista.

¿Cómo, pues, con estos antecedentes, y sin pruebas, se le puede acusar de haber ordenado la demente fusilata del 25 de Junio. Porfirio Díaz era sereno y la tragedia veracruzana fue la obra de un cerebro enardecido y frenético. ¡Ah! Si el Presidente Díaz hubiera creído necesario un acto de rigor terrible en aquella ocasión memorable, lo lógico es que hubiera ordenado las ejecuciones, como ordenó los fusila-

mientos de Febronio Quijano, de Mariano Trujeque, de Santiago Vidaurri, a la luz del día, y dándole al acto de terror la solemnidad tremenda que requería el brutal escarmiento... Pero la matanza burda, desordenada, con ribetes de demencia, tal como se efectuó en la madrugada del 25 de Junio, es algo que no cabe dentro de la psicología porfiriana.

Es mucho más lógico inferir que aquel acto de locura fue realizado por un loco. Todos están de acuerdo en que Terán perdió la cabeza en aquella noche trágica. El mismo Zayas Enríquez asegura haber estado en el teatro de los acontecimientos unas cuantas horas después de la fusilata y dice que encontró al Gobernador fuera de sus cabales. Pues entonces, si se admite que aquel hombre estaba en estado vesánico, ¿por qué tanto empeño en atribuir la hecatombe a un cuerdo? Acusar al General Díaz de crueldad, sería una injusticia; pero acusarlo de rabia, de delirio, de alferecía, es una insensatez.

Se puede arguir que todo hombre es capaz de cometer una locura, especialmente, si tiene en su pasado un estallido como el de Miahuatlán; pero antes de acusarlo hay que exhibir la prueba concreta de la locura. No es honrado acusar al héroe del Dos de Abril, sin mostrar la orden que determinó la tragedia.

¿Que el General Díaz, envió a Terán el 24 de Junio un telegrama severo para que reprimiese la sublevación? Eso es otra cosa. A un General que se encuentra en una plaza sublevada o a punto de sublevarse, nadie envía mensajes dul-

ces ni misericordiosos: tienen que dársele órdenes para que restablezca la tranquilidad. Mucho se ha dicho que la señora Adela Cuesta Viuda de Terán conservaba un telegrama que, a juicio de ella, podía emplearse en defensa de su marido. ¿Qué era lo que decía ese mensaje? Nadie lo ha podido decir con precisión; pero lo que sí se ha dicho es que no podía contener la expresión de "mátalos en caliente".*

Consumadas las ejecuciones, el Presidente comprendió que la cosa no tenía remedio, y en vez de abandonar a Terán en aquel océano de sangre, hizo todo lo posible por sacarlo a flote. E hizo algo más: dejó el drama sin esclarecer, no obstante de que así dió base para que se le atribuyera algo de culpabilidad. El General Díaz nunca perdió el tiempo en regatear las responsabilidades de su Administración. Siempre fue lo suficientemente digno para echarse sobre los hombros, no solamente sus faltas y errores, sino también los errores y las faltas de todos sus subordinados. Pero... ¿para qué sacrificar a Terán? Mejor que cubrir la tragedia con el castigo del Gobernador demente, era cubrirla con una obra benemérita de paz y construcción.

---

*Un amigo mío tuvo la gentileza de interrogar sobre este punto a un sacerdote que fue confesor y confidente de la señora Cuesta de Terán, y obtuvo de él la descripción interesante que sigue: "El documento estaba en clave de números que yo, naturalmente, no comprendí; pero recuerdo que eran muchos, en pequeños grupos y que ocupaban dos renglones o más de la hoja o forma que usaban entonces los telégrafos federales; cantidad muy superior a la que se necesitaría (aún poniendo un número por letra) para los 17 que tiene el famoso "mátalos en caliente".

LA SUCESION PRESIDENCIAL DE 1880

De acuerdo con la psicología porfiriana, la preocupación mayor en 1880, era impedir que se debilitara el principio de autoridad. El General Díaz necesitaba un sucesor de puños fuertes, que mantuviese intacta la concentración del mando. Los intelectuales de aquel tiempo miraban con simpatía la candidatura presidencial de don Manuel María de Zamacona, sabio jurisconsulto y orador brillantísimo; pero... ¿qué garantías daba aquel repúblico ilustre de mantener la unidad en el ejército tuxtepecano?

La facción burocrática se fijó en don Justo Benítez, que tenía fama de ser el mentor político del General Díaz, y gozaba además de la reputación de hombre fuerte. El hecho de que por algún tiempo fuera el Secretario Particular del Caudillo, lo había puesto en contacto con muchos jefes del Ejército de Oriente, quienes fácilmente lo habrían aceptado como candidato; pero no podía decirse otro tanto de los caudillos del Norte, (Treviño, Naranjo, Canales, etc.) quienes no ocultaban su antipatía ni su aversión por don Justo.

Es posible que el señor Benítez, con una poca

de paciencia y ductilidad, hubiera conseguido atraerse el apoyo de los disidentes, para convertirse en el centro lógico del tuxtepecanismo. Por desgracia para él, fue muy rígido y áspero en sus maneras, muy rectilíneo en sus actos, y sobre todo, muy prematuro en sus ambiciones.

El General Díaz, que era tan parco en sus juicios, y tan medido en sus reproches, pinta el carácter de su antiguo secretario, de la siguiente manera: "Las relaciones que me estrechaban con el señor don Justo Benítez, no eran solamente las que correspondían a una identidad de ideas y de miras políticas y sociales, sino a una amistad casi fraternal, aunque mantenida con mucho trabajo por mi parte, por su carácter dominante y su rigidez de opiniones sobre todas las materias".

Benítez era un hombre honrado; pero su falta de flexibilidad y de espíritu de conciliación lo llevaba a resoluciones puritanas, que chocaban con la realidad y resultaban funestas a sus conveniencias políticas. Era Ministro de Hacienda y como tal, se oponía enérgicamente a las recompensas indebidas que reclamaba el caudillaje tuxtepecano, todavía indómito y sin desbravar. Esa oposición, aunque intachable, desde un punto de vista moral, resultaba prematura y era motivo de constantes crisis que el Gobierno no podía sostener, porque dependía de aquellos ambiciosos a quienes don Justo pretendía mantener a raya.

No fue menos honrado que Benítez el General Díaz, y la prueba de ello fue que metió e

den en aquel caudillaje exigente, y suprimió s dádivas y los privilegios que gozaban los caques; pero para libertar al país de los parátos de la Revolución, fue menester desarrollar n trabajo pacientísimo, a través de muchos ños. Benítez quiso hacer en unos cuantos me-s, lo que sólo se podía realizar lentamente, n el trascurso de una generación.

La honradez abstracta con que aquel Minisio incorruptible quiso manejar la hacienda púlica, en el México revuelto de 1877, hace penar en un arquitecto que sólo supiera construir on mármol blanquísimo de Carrara. Don Porrio también sabía construir con mármol; pero uando no había mármol, empleaba el granito; cuando no había granito, hacía uso del ladrio; y cuando no había ladrillo, recurría al adoe, a la madera, a la paja, al material que huiese disponible, con tal de no detener por ninún motivo la obra de construcción.

En 1877 no había mármol. Lo que había era n caudillaje levantisco y arrogante, del cual o se podía prescindir porque era el sostén de a situación. Don Justo quiso ser inflexible con se caudillaje y, naturalmente, se convirtió en na figura impopular en el ejército. No comrendía el recto Ministro de Hacienda que haía necesidad de contemporizar con muchísimas xigencias, mientras los exigentes no fueran sonetidos y dominados.

La caída de Benítez era inevitable. Su fuerza o fue nunca popular sino burocrática. Carecía e magnetismo arrollador, de elocuencia cáli-

da, de simpatía desbordante, de todas las cualidades que enamoran a las muchedumbres y arrastran a los pueblos. El hecho de que el General Díaz no apoyara su candidatura en 1880, ha servido para que muchas gentes echen a volar la leyenda de que era el ídolo de los civiles. Eso es inexacto. Si se hubieran efectuado unas elecciones libres en aquel año, Benítez no habría obtenido ni la mitad de los votos que hubiera recibido don Manuel María de Zamacona.

Se ha dicho con frecuencia—y es la verdad —que la candidatura del General don Manuel González triunfó en 1880 porque la apoyó el Gobierno; pero lo que no se dice es que para imponer la candidatura de don Justo, habría sido necesario ahogar muchas protestas, vencer infinidad de resistencias, esgrimir con más rigor las armas inexorables del poder.

Las elecciones de México se suelen hacer con un candidato oficial y otro de oposición. Ahora bien, como en 1880, el candidato oficial fue el General González, se ha inferido que la oposición al porfirismo estuvo representada por don Justo. Nada más lejos de la verdad. El Lic. Benítez fue nomás un presunto candidato oficial que dejó de serlo. El General Díaz le retiró su apoyo y se acabó aquella personalidad.

El fracaso de aquella candidatura ha dado margen para que se acuse al Caudillo de ingratitud, pues hay gentes que creen sinceramente que fue Benítez quien abrió para el General Díaz el camino del poder. El señor López Portillo y Rojas llega hasta el extremo de atribuir

don Justo el mérito del asalto de Puebla. ¡Ah! si el secretario de don Porfirio no hubiera pasado en los Estados Unidos el año de 1866, también se le atribuiría la gloria de Miahuatlán, La Carbonera y Oaxaca.

En realidad, Benítez organizó el grupo porfirista en 1867 y probablemente empujó al General Díaz hacia las revoluciones de la Noria y Tuxtepec; pero esas revoluciones empañaron el prestigio del héroe, en vez de amplificarlo. Es posible que en aquellos días azarosos, al ver que el Caudillo andaba desorientado y vacilante, se haya creído que era un espíritu débil y que, por lo mismo, su secretario era quien lo guiaba; pero tan pronto como el General Díaz dejó de ser revolucionario, reconquistó el aplomo y la seguridad en sí mismo, y no hubo menester de guías ni de conductores. Benítez cometió el error de hacerse pasar como el mentor indispensable. El General Díaz lo hizo a un lado, lo mismo que a don Protasio Tagle, y el hecho de que pudiera gobernar a México sin su ayuda, es prueba concluyente de que no los necesitaba.

Al fracasar la candidatura del Ministro de Hacienda, el General dió señales de favorecer la elección de su lugarteniente don Manuel González, quien, además de contar con la adhesión de los soldados del Ejército de Oriente, era muy popular y querido entre los caudillos del Norte. Con excepción del Estado de Guanajuato, en donde el Gobernador Francisco Z. Mena hizo triunfar la candidatura de Benítez, en el resto del país obtuvo la victoria el General González.

El doctor Lara Pardo llama a la sustitución del candidato oficial Benítez por el candidato oficial González, un "golpe de Estado", creyendo seguramente que ese giro se puede aplicar a todos los "golpes políticos" que se efectúan en un Estado. Sin embargo, si por "golpe de Estado" se entiende lo que siempre se ha entendido, es decir, la interrupción del régimen constitucional, la doctrina del doctor Lara no pasa de ser un "golpe" contra la sindéresis más elemental.

* * *

Los errores y faltas de la Administración del General González fueron exagerados por la pasión política, cosa que no resultó muy difícil, porque las liviandades de los funcionarios gonzalistas marcaron un fuerte contraste con la austeridad de los tres años anteriores. Si el período presidencial del valiente soldado de Tecoac, se hubiera incrustado entre las administraciones de Santa Anna y de Alvarez, o entre las de Carranza y Obregón, no se habría hecho tanto escándalo con las inmoralidades y despilfarros que entonces se cometieron. Entre dos períodos porfirianos, los defectos se hicieron más visibles, como las manchas en las telas claras. La desgracia mayor de aquel régimen fue su colocación histórica.

Sin pretender disculpar a aquella Administración (pues el objeto de este libro es la vida del General Díaz), hay que decir que los ataques más enconados y virulentos los recibió el General González por haber pretendido reanu-

dar el servicio de la deuda exterior, es decir, por haber aventurado el primer paso en el sentido de establecer sobre sólidas bases el crédito nacional.

Hace medio siglo, los espíritus inquietos que se oponían a que México reconociera sus obligaciones internacionales, eran considerados por las muchedumbres como apóstoles de la libertad: hoy se ve claramente que fueron personas equivocadas y que el General González le prestó a México un servicio eminente, al pretender colocarlo entre los países que reconocen sus obligaciones y pagan sus deudas.

Por otra parte, los dos primeros años de la administración gonzalista fueron excelentes y contribuyeron en forma extraordinaria al desarrollo económico del país. En 1883 y 1884 atravesó la República por una crisis agudísima; pero las semillas plantadas en 1881 y 1882—las cuales consistieron en estimular la producción —produjeron muchos años después los frutos lógicos de toda obra impulsadora de riqueza.

El General Díaz tuvo a su cargo la Secretaría de Fomento desde Diciembre de 1880 hasta mediados de 1881, en que, por haber resultado electo Gobernador de Oaxaca, pasó a hacerse cargo de la dirección política de su Estado natal. El Lic. López Portillo y Rojas describe este importante período de la vida porfiriana, con las siguientes palabras, que deben ser rigurosamente verídicas, puesto que pasaron, antes de ser escritas, por el filtro compacto de sus prevenciones y sus prejuicios:

"Después de haberse separado del Ministerio de Fomento, había sido elegido Gobernador de su Estado natal, y mostrando en Oaxaca el mismo talento administrativo, el mismo orden, la misma dedicación que en sus administraciones anteriores, redujo el número de empleos, suprimió sueldos inútiles, licenció parte de la milicia e introdujo una severa economía en todos los servicios públicos. Disminuyó e hizo efectivo el impuesto al azúcar; perdonó los atrasos fiscales y puso en acción a celosos inspectores que vigilasen el cumplimiento de la Ley; así logró sin extorsiones ni molestias, que el producto de esta renta subiese al quíntuplo de sus antiguos rendimientos. Los ingenios y trapiches, los alambiques donde se fabricaba el alcohol, los molinos de harina, las fábricas de loza y el laboreo de las minas, recibieron un gran impulso bajo su administración, y abiertas o preparadas las carreteras, se intensificó el comercio como por encanto. Pronto hubo sobrantes en el tesoro local, después de pagados religiosamente los sueldos de los empleados; abriéronse las escuelas que habían sido clausuradas por falta de fondos, fundáronse muchas nuevas y se estableció un Instituto de Artes y Oficios para los pobres, al cual se dedicaron, desde luego, cien mil pesos que se invirtieron en la adaptación del edificio a su objeto y en la compra de útiles y maquinaria. Su actividad era infatigable; dotaba de libros los planteles de enseñanza, reunía fondos para socorrer a las familias víctimas del cólera y a los agricultores arruinados por la lan-

gosta; introducía la luz eléctrica en la capital, y convertido en árbitro patriarcal, dirimía pleitos antiguos pendientes entre los particulares y entre los pueblos, restableciendo la concordia entre las familias y entre los grupos de los nativos, sin costo alguno para nadie".

Así se expresa del gobierno porfirista en Oaxaca, el más apasionado de los críticos del General Díaz. ¿Cuántos gobernantes podrán exhibir en su haber, una página como ésta, escrita por un enemigo? La historia de Oaxaca durante aquel tiempo, fue la historia de México durante treinta años.

PORFIRIO DIAZ

RETRATO TOMADO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

LA TRANSFORMACION DEL CAUDILLO

En Abril de 1880, había muerto doña Delfina Ortega, dama ejemplar y abnegada, que acompañó al General Díaz en los momentos de prueba en que pugnaba por abrirse paso y llegar hasta la cumbre. Todos los hombres grandes han menester de colaboradores humildes, que cuiden la casa familiar, mientras ellos se ocupan de la humanidad o de la Patria. Y doña Delfina fue la colaboradora desinteresada que se encargó de velar el fuego doméstico, mientras el héroe amplificaba su personalidad y hacía su aprendizaje de hombre de Estado. Muchas veces se desgajó el cuerpo de aquella noble mujer, para acrecentar la familia, y murió cumpliendo el más santo de los deberes maternales: el de dar vida a un nuevo ser. Heroísmo oculto, sacrificio escondido, ofrenda ignorada: ¡tú también mereces una corona!

Un hombre de método y orden no podía permanecer mucho tiempo sin reconstruir su hogar, y en Noviembre de 1881 contrajo matrimonio con la señorita Carmen Romero Rubio, que pertenecía a una familia distinguida y refinada de

la sociedad de México. El hecho de que el padre de la novia hubiera sido el Ministro de mayor relieve en el último gabinete de don Sebastián Lerdo de Tejada, dió motivo fundado para que la noticia de las nupcias se extendiese por todo el país como una promesa mesiánica de paz. Aquella unión hacía pensar en los matrimonios que celebran príncipes de dinastías rivales, para poner fin a una época de luchas e iniciar una era de fraternidad.

Al ver el velo blanco de la desposada, nadie se volvió a acordar en México de los crespones enlutados de la guerra civil. Sería una exageración decir que los porfiristas y los lerdistas se odiaban como Montescos y Capuletos; pero de cualquier modo, había abismos profundos que aquella unión vino a salvar. Todos los viejos resentimientos quedaron sepultados bajo aquella lluvia bienhechora de coronas de azahar...

Mucho han hablado los románticos de la democracia en contra de los "matrimonios de Estado", es decir, de aquellos que celebran los príncipes, no solamente para fundar una familia, sino también para afianzar las relaciones entre los pueblos. La mayor parte de estas críticas obedece a un concepto raquítico que pretende medir la felicidad de los reyes con el compás de la psicología burguesa. Para un príncipe tiene que ser fuente de felicidad—¡y muy legítima!—preparar una familia, en consonancia con sus tradiciones y beneficiosa para su Patria. El matrimonio de Isabel la Católica no obedeció, sin duda alguna, a una pasión enloquece-

dora como las que pusieron en boga los poetas del Romanticismo (Atala y Chactas, Pablo y Virginia, etc.) ; pero de cualquier modo, los Reyes católicos deben haberse sentido satisfechos y felices, al considerar que con su matrimonio se unían los reinos de Castilla y Aragón para dar nacimiento a España...

Don Porfirio Díaz, sin ser rey, y doña Carmen Romero Rubio, sin ser princesa, pudieron, sin embargo, darse cuenta de que su boda se tendía, a manera de un arco iris, sobre un pasado turbulento de tempestades y de odios. Se casaron, no solamente para ser ellos felices, sino para que lo fueran también muchos millones de mexicanos.

Es posible que algunas gentes digan que Carmen era entonces muy niña—17 años de edad—para darse cuenta de la trascendencia de sus nupcias. Pero no hay que juzgar a las niñas de 1881 por las criaturas superficiales y vanas del siglo XX. En aquel tiempo se consideraba el ideal como base de la vida. Aún no había muerto Víctor Hugo, tampoco Garibaldi, el heroísmo y la poesía impregnaban todas las almas. Era en aquel entonces cuando Ricardo Wagner preparaba el estreno de "Parsifal"; cuando Tolstoy escribía su maravillosa "Resurrección"; cuando Gambetta era la figura máxima de la política francesa; cuando Zorrilla trovaba sus últimos romances, impregnados de leyenda; cuando, en fin, la vida era seria y no medía su ritmo al compás enloquecedor de una música de Jazz.

¿Cómo no concebir en aquel ambiente, que

una niña nacìda en un hogar irreprochable, se sintiera atraída hacia un guerrero, fuerte de cuerpo, y más fuerte aún de espíritu? Ella fue el perfume sobre el heroísmo, la nota de cristal sobre el estruendo de acero, el rocío que palpita sobre la hoja del laurel. Y formaron la niña y el héroe un hogar sólido y transparente que irradió con todas las virtudes. La Providencia les dió todo lo necesario para que fueran felices; pero... sin descendencia. Era que Dios no quería distraer a aquellos dos seres con cuidados domésticos, a fin de que se pudieran dedicar por completo a reorganizar la despedazada sociedad mexicana. La Revolución de Ayutla y la guerra contra el invasor francés habían dividido profundamente a todas las clases sociales: era, pues, necesario, poner un bálsamo sobre las heridas, formar un todo coherente y armónico con las partículas dispersas de la Nación en ruinas.

Raro es el mexicano que no sabe, aunque sea, a grandes rasgos, lo que hizo el General Díaz por la Patria; pero muy pocas gentes se han detenido a considerar lo que hizo a su lado, su dignísima compañera. Sin salirse jamás de los dinteles del hogar, sin pretender invadir una jurisdicción que no era la suya, conservándose siempre estrictamente dentro de la órbita de sus deberes, doña Carmen movió el alma del Caudillo hacia milagrosas y deslumbrantes transformaciones... Se puede comparar la personalidad del héroe con una roca enhiesta y bravía, y la de doña Carmen con el hilo de agua cris-

talina que, al caer constantemente sobre la roca y acariciarla con sus borbollones, va suavizando poco a poco sus rugosidades y sus asperezas. La roca conserva su grandeza; pero no sus aristas cortantes y hostiles. Contemplada desde lejos, la roca no parece haber variado; pero desde cerca se advierte que no hay necesidad de que sea agresiva para que siga siendo majestuosa.

Lo más extraordinario de esta labor dulcificadora fue la ponderación y el equilibrio con que se llevó a cabo. Doña Carmen no fue la Dalila que le cortó la cabellera a Sansón. Por lo contrario, el Caudillo, a medida que suavizaba sus formas, aumentaba en vigor y poderío. El águila no se transformó en ruiseñor: siguió siendo águila; pero aprendió a volar más alto. Sin perder la fortaleza del bronce, adquirió la diafanidad del mármol.

La energía irreductible, pero siempre refrendada por las formalidades legales, con que el General Díaz gobernó a México, hace pensar en la célebre frase de don Joaquín Costa: "mano de hierro con guante de terciopelo". Pues bien, doña Carmen, con sus finezas espirituales, fue la que cortó y cosió aquel guante benemérito.

* * *

Don Porfirio no se limitó a dejarse llevar pasivamente por su mujer en aquel trabajo singular de transformación: él mismo se dedicó a la obra depuradora de su personalidad con una perseverancia y un carácter tan dignos de subrayarse, como los que pusiera en juego durante

sus más azarosas campañas. Aquel hombre, que a la edad de treinta y cinco años tenía el aspecto rudo de un campesino, fue adquiriendo un porte noble y elegante. Dominó sus timideces sociales, se sobrepuso a las dudas y zozobras que despiertan las críticas y los cuchicheos de los salones mundanos, se sometió a disciplinas estrictas, mientras observaba pacientemente en su derredor y se asimilaba nuevos modales para el porvenir.

Las gentes vanas y ligeras suelen mirar despectivamente y con sonrisa burlona, los primeros retratos del General Díaz, sin comprender que la figura desaliñada que tuviera en sus años mozos, es la prueba más palpable de la potencia evolucionadora de aquel hombre excepcional. Se admira el esfuerzo paciente y el gusto exquisito de un Teófilo Gautier o de un José María Heredia, para domar el idioma, refinar el estilo y llegar a producir expresiones cristalinas y transparentes; pero rara vez se aprecia el caudal de carácter que se necesita para asimilarse una educación y una gentileza que no se adquirieron en la cuna.

¡Cuánto dominio sobre los nervios! ¡Cuántos frenos para el temperamento! ¡Cuánta fuerza de voluntad para reprimir y dejar dentro los desahogos que se quieren escapar, las violencias que pretenden salir, las cóleras que tratan de desbordarse, mientras se va modelando por fuera una corteza de templanza y serenidad!

Compárense cualquiera de los retratos auténticos del General Díaz, anteriores a 1876, con

las fotografías del siglo XX, y se verá que aquel formidable transformador social, en un esfuerzo estupendo de carácter, comenzó por transformarse a sí mismo, y consiguió que cambiaran no sólo sus gestos y sus actitudes, sino hasta el color de su piel y los perfiles de su fisonomía.

En una comedia de Benavente, un maestro cuenta que la mejor lección de moral, de optimismo y de hermosura, la dió una vez un pintor que, al hacer el retrato de una dama, tuvo el cuidado de embellecer sus facciones. Ella, al verse tan ennoblecida por el pintor, quiso hacerse digna de la gracia que se la había dispensado, y puso toda su voluntad en ser linda, y a fuerza de perseverancia y autosugestión, aquella criatura que nunca se había preocupado de mejorar su tipo, acabó por adquirir la hermosura que el pintor le había atribuido.

Porfirio Díaz fue a la vez el pintor y el sujeto, el maestro y el discípulo. Se forjó en la imaginación el tipo físico, intelectual y moral que debía tener, y en seguida puso su voluntad, toda su prodigiosa voluntad en la tarea de corregirse y perfeccionarse. Y a manera del escritor que, después de componer un poema, sustituye las palabras que le parecen inadecuadas y disonantes por otras más armoniosas y lapidarias, así aquel hombre fue sustituyendo ademanes y modales, hasta realizar el milagro de ser igual al retrato físico y moral que había trazado de sí mismo.

Tal como México lo vió en los últimos años de su Gobierno, era de elevada estatura, sin que

por ello fuera un gigante. La proporción de sus miembros y su pecho alto y dilatado le daban aspecto de atleta. A semejanza de Odiseo, cuando se sentaba, era cuando adquiría mayor majestad. Sus ademanes eran pausados y sobrios, sus pasos eran largos y lentos, como de león; hablaba sin alzar la voz y sin que se contrajeran los músculos de su rostro. Mientras las canas le brindaban una aureola venerable, una nariz de ventanas abiertas ponía en su cara un vigor estupendo que se acentuaba con su boca firme, su bigote marcial y su mandíbula formidable. Cuando fijaba los ojos en alguien, lo hacía con tal intensidad que parecía llegar hasta el fondo del alma.

Vestía con sencillez, con una sencillez elegantísima que no habría superado el rey Eduardo VII, cuando era Príncipe de Gales. No obstante la falta de aparato, producía una impresión de grandeza, de verdadera y soberana grandeza. Quien vea en una de las galerías del Museo Nacional de Arqueología e Historia, su retrato junto al del Archiduque Maximiliano, puede llegar a creer que fue Porfirio Díaz y no el príncipe austriaco quien pertenecía a la estirpe de Carlos Quinto y de María Teresa.

Sus maneras suaves y desenvueltas parecían haberse modelado desde la infancia. ¡Y no! El mérito mayor de la soltura y el aplomo del General es que fueron conquistados por él mismo. El tipo rústico y áspero, que siempre fue vigoroso, acabó siendo marcial como un himno, esbelto como un eucalipto y alto como una bandera.

A fin de que se mida el dominio que aquel hombre llegó a tener de sí mismo, voy a relatar la siguiente anécdota, que me fue contada por un testigo presencial:

A principios del siglo XX, anclaron en el puerto de Veracruz una flotilla de cruceros ingleses y otra de barcos americanos. Las oficialidades de ambas flotas, hicieron una visita a la ciudad de México, en donde fueron muy agasajadas. La Secretaría de Relaciones Exteriores, a cargo de don Ignacio Mariscal, arregló que las dos delegaciones navales fueran recibidas por el General Díaz, en una misma mañana, con media hora de intervalo. Los ingleses fueron citados a las once y los norteamericanos a las once y media.

Pero... el señor Mariscal, al hablar al General Díaz del asunto, olvidó precisarle que iba a recibir a dos Almirantes de dos diversos países, y el Presidente se preparó para recibir únicamente a la oficialidad inglesa. A este olvido del Ministro, se agregó el error de un empleado quien, a las once y media, introdujo las dos delegaciones navales a la vez. El General Díaz los recibió en la inteligencia de que todos eran marinos ingleses, y cuando le fue presentado el Almirante, le estrechó la mano cordialmente y le dijo:

—"Es para mí un honor estrechar la mano de uno de los jefes de lá marina más ilustre del mundo".

Apenas acababa de decir que la marina inglesa era "la más ilustre del mundo", cuando le

fue presentado el Almirante Evans, de la marina de los Estados Unidos. El Presidente miró al señor Mariscal con extrañeza y se desconcertó visiblemente porque se dió cuenta de que no podía retirar la alabanza máxima que había dispensado a la flota de Inglaterra. Sin embargo, reaccionó inmediatamente, recobró su aplomo, y tendiéndole la mano al marino yankee, le dijo:

—"Señor Almirante Evans, de tal madre, tal hija".

Este sucedido sin importancia ni trascendencia histórica, revela, sin embargo, la agilidad mental y social que el General Díaz había adquirido. ¿De qué no sería capaz aquel carácter inquebrantable? Quien se había impuesto tan severas disciplinas, al sentarse en el poder, se las impuso a la Nación. Y como pintara de México un cuadro embellecedor y optimista, el pueblo siguió su noble ejemplo y se dedicó durante treinta años a corregirse y a depurarse.

Y como se transformó su personalidad, se transformó también toda la República...

LA OBRA DE RECONCILIACION

En el gabinete que rodeó al General Díaz en 1884, figuraron por primera vez en un gobierno mexicano, políticos de todos los colores. Al lado de don Carlos Pacheco, que era esencialmente porfirista, se destacaban don Manuel Romero Rubio, que había sido el jefe del lerdismo; don Ignacio Mariscal, que nunca ocultó su devoción por Juárez; don Joaquín Baranda, que era amigo íntimo del ex-Presidente don Manuel González, y don Manuel Dublán, que había servido al Imperio de Maximiliano.

La presentación de este gabinete multicolor hizo ver que se abría una nueva era en la historia de México. El General Díaz rompió audazmente los viejos moldes de la política faccional, y en vez de limitarse a ser jefe de un Partido, ponía un gran empeño en ser el Presidente que reclamaba la Nación. ¡El Presidente! Es decir, el funcionario augusto que se coloca sobre las marejadas de la política militante; el que conserva la ecuanimidad y la ponderación en medio de las más terribles borrascas; el que recibe los más injustos ultrajes sin perder la serenidad ni la templanza; el que no se altera en las

crisis más agudas; el que puede tener millones de enemigos, pero sin que éstos consigan que él sea enemigo de nadie; el que puede ser víctima de miles de odios, pero que no siente un solo odio en el sagrario inmaculado de su corazón. Sólo los Presidente que reúnen todos estos atributos, merecen llevar sobre su pecho los tres colores de la bandera.

Don Rafael Chousal, que por muchos años fue secretario particular del General Díaz, contó una vez a don Victoriano Salado Alvarez, que uno de los primeros actos del Presidente, al hacerse cargo del poder, fue llamar a un Coronel lerdista, que había tratado de asesinarlo, un poco antes de que se efectuara la batalla de Tecoac. Este Coronel recibió el citatorio lleno de terror; pero como comprendía que agravaba su situación si no acudía al llamado, se presentó puntualmente en el Palacio Nacional.

Cedo la pluma al señor Salado Alvarez, quien ha reconstruido el diálogo entre el Caudillo y el jefe subalterno que lo había querido matar:

—"Lo llamé a usted porque lo conozco y sé sus habilidades como jefe de caballería. (Inclinación de agradecimiento del interesado, la cual el Presidente finge no tomar en cuenta). El regimiento número tantos no me agrada... Los caballos están trasijados, los hombres no cumplen con su deber, hay plazas supuestas, distracción de pagas y de pasturas por el coronel, los oficiales son ineptos... He pensado en usted para que levante y moralice aquello.

—"Señor yo... Y se volvió todo zalamas y rendimientos el antes atribulado matón.

—"Puede pasar a la Secretaría de Guerra por su nombramiento, porque anteayer dí el acuerdo y ya deben de estar corridas las órdenes.

—"Señor Presidente... Mi General... me satisface esa muestra de confianza de usted, no sólo porque toma en cuenta... vamos... mis servicios... es decir mi mal trabajo... sino porque se ha convencido de que es mentira lo que le contaron hace tiempo cuando lo de Epatlán...

"Y don Porfirio mirándolo benévolo:

—"No, Coronel; estoy convencido de que todo era verdad... Usted iba a matarme comisionado por gente de México. Pero eso queda olvidado y ahora sólo tengo presente que soy el Presidente de la República y no el jefe de un partido. Puede usted servirle al país en este nuevo empleo y yo no vacilo en sacrificar los rencores personalees que tuve contra usted para recordar que es algo más, que puede ser algo más que un asesino. Pida sus papeles, tome posesión del regimiento, y a trabajar.

"Le tendió la mano; el otro la estrechó mientras dos lágrimas le rodaban por el rostro atezado, y don Porfirio dió orden para que continuara la audiencia.

"Si alguno de los dos hubiera leído a Corneille, podría haber recordado la frase que el gran trágico pone en boca de Augusto, cuando éste perdona a Cinna, el conspirador:

"Soyons amis, Cinna", que resume la magna-

nimidad del gobernante y del político que pospone sus agravios al bien público."

Este acto de perdón fue tanto más meritorio cuanto que las revoluciones mexicanas, a través de dos tercios de siglo, habían sentado el precedente funesto de que el triunfo de un caudillo implicaba el entronizamiento de todos sus amigos y el exterminio de los corifeos del partido opuesto. El General Díaz enterró este precedente y, en medio del asombro general, invitó a que colaborasen con él a muchos de los que lo habían combatido en los campos de batalla. Las puertas de la Administración pública se abrieron de par en par a todos los mexicanos, sin tener en cuenta prejuicios de secta ni fanatismos de bandería. Las palabras "juarista", "lerdista" y "tuxtepecano" no tenían significación en aquel espíritu de horizontes amplísimos y perspectivas generosas.

A nadie puede ocultarse lo difícil que es ser ecuánime en un ambiente saturado de odios y ambiciones. Los jacobinos vieron indignados que se confiaba una cartera ministerial a un servidor del Imperio; los tuxtepecanos no aprobaron que don Manuel Romero Rubio se hiciera cargo del Ministerio de Gobernación; los enemigos del General González no quedaron satisfechos con que el licenciado Baranda continuase en el poder; pero el General Díaz no hizo caso de aquellos rumores de descontento, ni de aquellas protestas sordas: se colocó arriba del terreno agitado en donde luchaban las sectas, porque comprendió que con aquellos descontentos parciales,

se forjaba el anhelo de reconciliación y de paz que se había ido infiltrando en el alma de todos los mexicanos.

Con aquella actitud abierta y libre de prejuicios se hizo la paz mexicana. Los espíritus superficiales dicen que la paz porfirista fue mecánica porque se hizo exclusivamente con bayonetas. Esto es inexacto. Los mexicanos se apaciguaron porque el General Díaz les dió la tolerancia que anhelaban. Quienes quedaron descontentos fueron los caudillos tuxtepecanos, porque advirtieron—no sin razón—que su jefe sacrificaba el partido en aras de la Patria.

El señor don Angel Pola me ha contado la siguiente anécdota, por la cual se ve cómo los jacobinos radicales tabasqueños no encontraron apoyo en el antiguo jefe del Ejército de Oriente:

"Cuando el Coronel Gregorio Méndez fue postulado para Gobernador de Tabasco por el Partido Liberal, el Partido Moderado hizo suya la candidatura del doctor Simón Sarlat. Méndez era sencillote, bonachón y accesible aún a los más infelices hombres del pueblo. Si se mezclaba en la multitud, era difícil hallarle porque se confundía con cualquiera. Pero ese gran ciudadano y patriota, que barrió de su Estado al invasor francés, era severo en sus procedimientos, liberal intransigente y rematado libre pensador. Leía a Voltaire y a Diderot y tenía como devocionario "El Sistema de la Naturaleza", del barón d'Holbach, aquel acaudalado filósofo alemán, que hecho ya todo un francés, sentaba a su mesa a los enciclopedistas, y que era el más

impío de su siglo, pero también el más caritativo.

"El doctor Sarlat, en contraposición, era tolerante, discreto, ecuánime y ejercía la caridad entre sus enfermos.

"Los partidarios de Méndez, para apuntalar a su candidato, nombraron una comisión en la que figuraba el periodista Félix Trilles Gil, redactor de "La Patria", a fin de que se acercara al General Díaz y le pusiera de bulto los impedimentos que tenía Sarlat: el Imperio lo había hecho médico de primera clase y nombrado Jefe de la Sección Médica de la Séptima División Militar en Yucatán. El Presidente, con aquel don muy suyo de desarmar al más prevenido, manifestó que no apoyaba ni podía apoyar a ningún partido político.

"Entonces Trilles Gil le recalcó:

—"Señor, usted es republicano, usted es liberal, usted fue uno de los vencedores del Imperio.

—"Tengan en cuenta ustedes—contestó el General Díaz—que mi Gobierno debe ser para todos".

Los viejos liberales y especialmente, los caudillos tuxtepecanos no veían con buenos ojos la evolución del alma porfiriana. El General Díaz, por su parte, observaba con cuidado los movimientos del caudillaje y aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para definir su situación. En Diciembre de 1885 estalló una revolución de carácter regional en el Estado de Nuevo León, en donde ejercían una influencia enorme los Generales Jerónimo Treviño y Francisco Naranjo, quienes además extendían su

prestigio y fuerza por Coahuila y Tamaulipas. El General Díaz ordenó al jefe de las armas de San Luis Potosí, General Bernardo Reyes, que avanzara con una columna de cinco mil hombres, ocupara la ciudad de Monterrey y se hiciera cargo de la situación.

Treviño y Naranjo habían tenido un pequeño disgusto y, por lo mismo, no pudieron ponerse de acuerdo para repeler lo que conceptuaban como una invasión federal en sus dominios. Desde ese momento, los Estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas quedaron fuera de la influencia de los caudillos fronterizos. Los caudillos militares de las otras entidades federativas vieron cómo se apoderaba el General Díaz del norte de México, y se sometieron. El caudillaje se sentía débil y se dejaba destronar por la dictadura.

Al mermar la fuerza de sus antiguos compañeros de armas, el Dictador se adelantó a la voluntad nacional, que tenía confianza en aquella concentración de mando. Es cierto que se emplearon las bayonetas; pero no para estrangular una libertad que no existía; sino para redimir al pueblo de la tiranía de las facciones. La tranquilidad espiritual se consiguió en 1884 y se fue afianzando con el correr de los años, porque el Presidente de la República, en vez de resignarse a ser un continuador de odios insensatos, inició una era de concordia y fraternidad.

EL SISTEMA DICTATORIAL

Se reprocha al General Díaz no haber implantado la paz orgánica, es decir, la paz natural que emerge del mismo país que la disfruta. Este cargo es tan absurdo como el de reprocharle a un médico, por no darle a un enfermo la belleza de un Apolo o la musculatura de un Hércules. El país tenía en su pasado dos tercios de siglo de caos político, de insubordinación militar y de bancarrota económica. El Dictador colocó a la Nación enferma bajo una dieta política rigurosa, a fin de que pudiera recobrar las energías que había perdido en el desorden de las guerras intestinas.

Lejos de ser el déspota de melodramática grandeza, que ha pintado Carlos Octavio Bunge, o el tirano sin doctrina, de que habla Francisco García Calderón, el General Díaz fue un gobernante práctico que comprendió la necesidad de pasar por encima de ese doctrinarismo desbordante que hace en México, de cada pensador un demagogo y de cada demagogo un tirano. Ya se ha dicho con frecuencia: México es un país de cabezas. Un individualismo indómito e irreductible es la característica de la raza, ese

es su mayor defecto y también su más excelsa cualidad. Cada mexicano es una fuerza porque se considera poseedor de la verdad, y desarrolla todas sus energías a fin de imponerla a los demás. Y se formulan por millares los planes redentores de la nacionalidad que, al chocar entre sí, engendran luchas enconadas y rencores irreconciliables. El General Díaz conocía nuestro pueblo como nadie lo ha conocido, y decidió encerrar toda la doctrina suelta y todos los gérmenes levantiscos en el cofre hermético de la dictadura. Ese cofre, como el de Pandora, contenía todos los males, y al mismo tiempo, los dones divinos. Con el afán insaciable de doctrina, podía México convertirse en un pueblo original y pensador; con su fiebre de rebelión perpetua podía ser independiente y altivo: todo era cuestión de que se orientasen las fuerzas colectivas hacia un mismo rumbo, a fin de que no se destruyeran las unas a las otras...

No le dió el General Díaz a México la paz orgánica, como tampoco se la habría dado Carlomagno, ni Bismarck, ni Washington, ni nadie. Por más eminente que sea un geólogo, no puede convertir un terreno agrícola en terreno minero. Tampoco un hombre de Estado puede transformar de la noche a la mañana el espíritu rebelde de un pueblo desordenado, en virtudes cívicas y democráticas. La paz orgánica no la dan los gobernantes: se la dan los pueblos a sí mismos cuando adquieren capacidad y experiencia para la vida institucional.

En la imposibilidad de obtener una paz orgá-

nica y definitiva, el Dictador dedicó sus esfuerzos a conseguir una paz temporal. Durante esa paz temporal, el país, al recobrar sus fuerzas, o parte de ellas cuando menos, podría aspirar, como en efecto aspiró a una vida más noble y dignificada. La paz no se hizo con violencias ni brutalidades sino por lo contrario, estimulando en todos los mexicanos el espíritu fraternal. Los jacobinos más exaltados se convencieron de que los católicos podían realizar obra buena; los liberales tuvieron la evidencia de que también los imperialistas podían ser trabajadores de la cultura; los juaristas, los lerdistas y los gonzalistas se confundieron y todos comprendieron que en la mutua tolerancia estaba el secreto de la paz.

Claro está que las bayonetas estaban listas para someter al orden a quienes pretendiesen alterarlo; pero también están prestas en Inglaterra para sofocar motines y no por eso se va a decir que la de Inglaterra es una paz de bayonetas. La de México tampoco lo fue porque se basó en un anhelo general. ¡Lástima que ese anhelo no hubiera podido encauzarse en las instituciones; pero... ¿cómo hacer eso, si las instituciones no existían?

A falta de instituciones, el General Díaz hizo todo lo posible por aparentarlas: la Dictadura se revistió de todas las formas de una República constitucional. Nadie ignoraba que la voluntad del gobernante era omnímoda, que el país se encontraba sobre sus hombros; pero él, en vez de exhibir su omnipotencia, la tenía perfectamente enclaustrada dentro de los preceptos de

la Constitución. Se hacía siempre lo que el Dictador mandaba; pero el mando seguía fielmente el carril de la Ley.

Los censores del General Díaz han interpretado esa sumisión a la forma constitucional, como una hipocresía inútil que hacía resaltar irónicamente la falta de libertad política del pueblo mexicano. ¿Para qué las formas democráticas, si el Gobierno era esencialmente dictatorial? ¿Para qué las apariencias republicanas si todo el poder se hallaba concentrado en un hombre? ¡Ah, las formas! Parecían un sarcasmo cruel; pero delante de la gravedad de los acontecimientos posteriores, resultó que habían sido una conquista fundamental. Hubo necesidad de una avalancha bestial que todo lo destruyera para que el pueblo se diese cuenta de que también las formas son sagradas. Aquellas fórmulas legales que parecían autorizar una burla, lo que en realidad hacían era refrenar la tiranía, contener la fuerza absoluta, suavizar los procedimientos, quitar un poco las asperezas del poder y preparar el campo para una época mejor.

Así como el movimiento artificial y mecánico de un órgano atrofiado del cuerpo humano, puede despertar en ese órgano el movimiento natural, así también, en el desarrollo político de un pueblo, la observancia respetuosa de las formas constitucionales, puede ser precursora del imperio efectivo de la Constitución.

Por eso se necesita ser fanático para censurar al General Díaz su preocupación constante de

que las autoridades se mantuvieran estrictamente dentro de la órbita de la Ley. Solamente de ese modo se puede pasar del orden mecánico a la paz orgánica; pero ese paso no puede ser la obra de un hombre. Es el pueblo quien, por su propio esfuerzo, debe ascender poco a poco a la conquista del régimen constitucional.

LOS FRUTOS DE LA PAZ

Dice don Emilio Rabasa en su bella obra "La Evolución Histórica de México": "El General Díaz había hecho la paz augusta y estática; Limantour iba a darle elementos para hacerla efectiva y fecunda".

Sería insensato tratar de empequeñecer la obra financiera del señor Limantour, pues equivaldría a empequeñecer el Gobierno del General Díaz. Sin embargo, no es posible aceptar la tesis de que la paz porfirista fue infecunda desde 1877 hasta 1893, en que el gran Ministro de Hacienda se hizo cargo de la dirección de las finanzas nacionales. En realidad, la fecundidad se halla en la tierra fértil, siempre dispuesta a multiplicar las semillas que se dejen caer en sus surcos generosos...

Mientras un país se encuentra incendiado por la guerra civil, no se siembra, y por lo mismo, no puede haber cosechas. En 1877 se implantó la paz en beneficio de la gente de trabajo, y naturalmente, desde luego se inició una era de florecimiento y producción. Ese florecimiento no pudo advertirse en toda su intensidad, desde el primer momento, por la misma razón que no se

advierten los brotes verdes de una planta, al día siguiente de haber sembrado la semilla. Lento es el proceso de la germinación; lentos el crecimiento del tallo y la expansión de las hojas; lentas, por último, la aparición de la espiga y la formación de la mazorca.

Solamente los apasionados discuten la competencia técnica del señor Limantour quien, sin género de duda, ocupa el primer sitio entre los hacendistas de México; pero precisamente porque sus méritos son innegables, no hay necesidad de alabarlo con inexactitudes. El levantó la cosecha de una paz afianzada, y la verdad es que lo hizo en forma ordenada y metódica. Eso es su mérito; pero la siembra de esa cosecha se empezó a hacer muchos años antes de que él ocupara la Secretaría de Hacienda.

Es fácil comprobar con cifras que el desarrollo económico de la República, no se debió a la sabiduría financiera de Limantour, sino a la paz impuesta por el General Díaz.

En el año de 1875, las cifras del comercio exterior fueron las siguientes:

Importaciones _____	$18.793,493
Exportaciones _____	27.318,788

En 1892, después de 17 años (de los cuales, uno correspondía a la administración de Lerdo y cuatro a la del General González) el comercio exterior había subido a estas cantidades:

Importaciones _____	$66.042,622
Exportaciones _____	88.042,733

Por último, las importaciones y exportaciones en el año de 1911 llegaron a estas cifras:

Importaciones ____	$205.874,273
Exportaciones ____	293.753,639

Comparando estas cantidades, se ve claramente que el comercio exterior de México, desde 1877 hasta 1892, se triplicó en importancia, no obstante que el señor Limantour no tuvo el menor contacto con la hacienda nacional. Desde 1892 hasta 1911 se volvió a triplicar, lo que indica que la República continuó en el proceso de evolución y riqueza que se inició con el advenimiento porfiriano.

No hay pues razón para decir que la paz fue estática hasta 1893, y fecunda a partir de esta fecha. Sin Limantour, consiguió el General Díaz que el comercio se triplicara, lo que prueba que el desarrollo económico del país no se debió a la intervención milagrosa del gran Ministro de Hacienda, sino a las bendiciones incomparables de la paz.

Antes de Limantour, el progreso realizado fue enorme, lo que nada tiene de extraño, pues habría sido absurdo que el país, durante dieciséis años de orden, se hubiera quedado inerte. En los primeros años del segundo período de la administración porfirista, se construyó un promedio de mil kilómetros de vías ferrocarrileras, por año; y después de 1893, se siguió construyendo en la misma proporción. Y lo mismo se puede decir de los telégrafos, muelles, faros y demás obras públicas.

Lo anterior no quiere decir que la obra del señor Limantour careciese de méritos. Por lo contrario, fue sabia y concienzuda y puede presentarse como modelo; pero se incurre en una exageración al querer levantarla y parangonarla con la del General Díaz. Este, sin ser un técnico de las finanzas, siempre tuvo la intuición del método y del orden. Desde que ocupara la jefatura política de Tehuantepec, aprendió a recaudar impuestos y a distribuirlos de manera que produjesen el mayor rendimiento posible. Años más tarde, cuando se encontrara al frente del Ejército de Oriente, hizo las cuentas con una exactitud ejemplar, tanto más digna de admirarse, cuanto que llevaba la contabilidad en medio de las irregularidades de la campaña. Por último, cuando se hizo cargo de la Presidencia en 1884, solicitó la colaboración de don Manuel Dublán, de quien tenía un altísimo concepto en cuestiones administrativas, y que lo hizo bastante bien, sin que por ello ciertamente merezca ser colocado a la altura de Limantour.

Don Emilio Rabasa parece inclinado a creer que el éxito de la Dictadura se debió a la doble acción del Presidente y de su Ministro. En efecto, dice: "De la transformación material del país hablaremos después, como efecto visible de dos elementos fundamentales: la paz mantenida por la honrada y firme dictadura del General Díaz, origen de la confianza pública; el crédito levantado y sostenido por la honradez y la habilidad del Ministro de Hacienda, base de la pros-

peridad económica, de la confianza en el exterior y del bienestar del pueblo".

En realidad, no hubo dos elementos fundamentales sino uno, y ese fue la paz. De ella se derivaron el crédito, la confianza en el interior y en el exterior, la prosperidad económica, el bienestar del pueblo, todo. Sin Limantour, la estructura dictatorial habría quedado intacta. Sin Díaz, nada habría existido. Por consiguiente, no hay que presentar estas dos personalidades como paralelas, porque una de ellas fue nomás la derivación principal de la otra. Porfirio Díaz fue el tronco y José Ives Limantour la rama, una rama frondosa y magnífica, pero que, por ningún motivo, debe confundirse con el árbol mismo.

Hecha esta aclaración, sólo merece alabanzas la obra hacendaria de Limantour, que se resume en estas tres palabras: orden, economía y honradez. Durante su gestión ministerial se equilibraron los presupuestos y se suprimieron las alcabalas, dos cosas fantásticas que parecían de imposible realización. Libre de sus antiguas ataduras, el país entró en actividad y desarrollo, y se fue libertando más y más de las gabelas y gravámenes que lo habían agobiado.

Con la riqueza se pudo regular la administración fiscal, depurar la justicia, fomentar la educación del pueblo, proteger las ciencias y las artes, cultivar los vergeles encantados de una civilización superior. El General Díaz atrajo capitales extranjeros para que se enriquecieran y enriquecieran también al país. Su obsesión era

crear riqueza, más riqueza, siempre riqueza. El comprendió que las necesidades del país no se podían satisfacer sino por medio de un erario espléndido que pagase todos los servicios y tuviera elementos para introducir las reformas indispensables. La formación de un ejército moderno, el funcionamiento de buenos tribunales de justicia, la educación industrial y agrícola, todo lo que significaba adelanto y redención social, necesitaban como cimiento esencial un Estado solvente y abundante de recursos.

El Ministro Limantour aprovechó admirablemente las circunstancias creadas por el General Díaz, y la evolución económica del país se efectuó con mayor rapidez. Con hábiles y oportunas conversiones de la Deuda, el pueblo se ahorró muchos millones y el crédito de México quedó en primera línea; con la reforma monetaria se evitaron las especulaciones escandalosas de los cambios, tan funestas al comercio nacional; y por último, con la magna operación financiera de 1904, la red ferrocarrilera quedó en manos del Gobierno.

Esa fue la cosecha bonancible de la paz.

LAS REELECCIONES INEVITABLES

En el año de 1888 se efectuó la primera reelección del General Díaz. Con dicha reelección se hizo trizas la bandera de las revoluciones de la Noria y Tuxtepec y se inició el régimen de la Dictadura. Los antiporfiristas han censurado duramente la contradicción que existe entre los programas que se exhibieron en 1871 y en 1876, y las seis reelecciones que se efectuaron después, entre 1888 y 1910. Tienen razón. Treinta años de orden y construcción pueden servir para perdonar el perjurio; pero no para justificarlo.

Los hombres de Tuxtepec tomaron las armas para impedir una reelección, y por lo mismo, al perpetuarse en el poder, condenaron implícitamente la rebelión que los llevó al solio. El General don Manuel González se daba cuenta perfecta de sus responsabilidades históricas, y trató de convencer al Gobernador de San Luis Potosí General don Carlos Diez Gutiérrez, de la necesidad de que lanzara su candidatura presidencial. El General González no pretendía acabar con la personalidad del General Díaz, quien, aunque quedase fuera de la presidencia, habría de seguir siendo la figura más destacada del

país. Después de los cuatro años de Diez Gutiérrez, don Porfirio volvería a la presidencia, para entregarla nuevamente en 1896 a cualquier otro personaje de relieve.

Ese era el plan del valiente soldado de Tecoac. Así creía el General González salvar sus escrúpulos antirreeleccionistas e impedir que se constituyera una dictadura. Probablemente tenía razón; pero don Carlos Diez Gutiérrez no aceptó y probablemente tampoco el pueblo habría aceptado aquel plan que sólo servía para cubrir las apariencias de un fenómeno histórico que nadie, ni el mismo General Díaz era capaz de conjurar ni detener.

El país quería al General Díaz; pero no lo quería atado al grupo tuxtepecano, sino libre del lastre político de 1876, y al servicio exclusivo de la República. Ocho años antes, en cumplimiento de las promesas revolucionarias, se había entregado la presidencia a don Manuel González, y el pueblo no había quedado satisfecho de su administración. En 1888, las gentes tenían miedo de caer en las garras de un grupo político que no estuviera sujeto por la diestra vigorosa del General Díaz. México no aceptaba a Diez Gutiérrez ni a ningún otro caudillo tuxtepecano. La reelección tomaba los caracteres singulares y peregrinos de una imposición popular.

El Gobierno se había dignificado muchísimo en el último cuatrenio. El nombre de México había empezado a sonar en el extranjero con prestigios hasta entonces desconocidos. Los mexicanos sentían orgullo y no querían perder la posi-

ción conquistada por una doctrina de carácter político. Por otra parte, el Plan de Tuxtepec tenía ya doce años de edad, y se consideraba como una antigualla.

No es cierto que el Dictador hubiera empezado a preparar su reelección desde 1884. Esta reelección se preparó y llevó a cabo, como algo que se tenía que efectuar. La Constitución la prohibía; pero las gentes sentían la necesidad de que aquello continuase, a fin de que la obra empezada no fuese a quedar trunca. No era el caso del político astuto que se aprovecha de un momento de desconcierto social, para caer sobre las masas, dominarlas por sorpresa, y luego conducirlas a su antojo. ¡No! Las masas espontáneamente se le entregaban y contribuían a que el Caudillo aumentase su poder.

A pesar de este movimiento formidable de opinión pública, el General Díaz no se atrevió a estimular, ni menos a aprobar la propaganda reeleccionista, sin contar con la cooperación franca de su lugarteniente y amigo don Manuel González. El licenciado don Joaquín Baranda —que había entrado en el porfirismo en calidad de gonzalista—hizo un viaje a Guanajuato con objeto de presentar la reelección porfirista como un caso de necesidad nacional. El mutilado ex-Presidente no parecía muy dispuesto a arriar la bandera de la Noria y Tuxtepec; pero Baranda le abordó el problema desde un punto de vista superior: no se trataba de salvar una bandera política sino de continuar una obra de construcción.

Los demás caudillos tuxtepecanos—Jerónimo Treviño, Francisco Naranjo, etc.—estaban atentos a los acontecimientos, con la intención declarada de lanzar el grito de guerra en caso de que se efectuara la reelección; pero cuando vieron que el General González volvía también la espalda a las promesas de 1876, se convencieron de que la continuación del General Díaz, en el poder, era inevitable.

¡Sí que lo era! El General Díaz había crecido demasiado para que pudiera quedar encerrado dentro del marco estrecho de Tuxtepec. Ya no era el jefe del caudillaje, sino el conductor de un pueblo, que se acogía a él, porque no veía otra personalidad prestigiada en sus horizontes. Uno de sus más apasionados rivales, el General don Sóstenes Rocha, fue de los que propusieron la reforma constitucional que autorizaba la reelección. Don Guillermo Prieto, el cantor de la Reforma, también sentó plaza en las filas reeleccionistas. En cuanto a los doctores Porfirio Parra y Manuel Flores, protestaron enérgicamente porque a su juicio, la reelección no debería restringirse a un período, sino establecerse en forma indefinida y absoluta. Don Francisco Bulnes también dijo estas palabras memorables: "Esta teoría de la "no reelección" debilita considerablemente a los pueblos y produce una anemia perniciosa en la sociedad". "El Dictador bueno es un animal tan raro, que la Nación que posee uno, debe prolongarle no sólo el poder, sino hasta la vida".

Dieciséis años después, para explicar la con-

tinuación del General Díaz en el poder, el mismo Bulnes decía que México "se agarraba a la sexta reelección como a una argolla en las tinieblas". El símil es gráfico y exacto; pero lo mismo se puede aplicar a la última reelección del General Díaz, que a la primera. Cuando los pueblos carecen de instituciones, se agarran a los caudillos, porque son los únicos que les brindan un poco de seguridad.

La Constitución fue reformada en 1888, de manera que sólo permitiese una sola reelección; pero en 1892 se volvió a reformar en el sentido indicado por Parra, Bulnes y Flores, cuatro años antes: la reelección quedó autorizada por todos los períodos que se considerase necesarios. Nadie se sorprendió de este hecho porque una vez que se había quebrantado el principio antireeleccionista en 1888, lo lógico era que se siguiese quebrantando. Si la presencia del General Díaz en el poder se había considerado necesaria cuatro años antes, con mayor razón se iba a considerar indispensable en aquel entonces.

Un grupo de intelectuales a quienes se dió después el nombre de "científicos", lanzó un manifiesto con motivo de aquella reelección, en el que proclamaba la necesidad de instituir la vice-presidencia, la inamovilidad judicial y la libertad de imprenta. Aquel manifiesto quedó en calidad de canto lírico. La cuestión no era llevar al Dictador por este o aquel camino, sino aceptarlo o rechazarlo. Los "científicos" lo aceptaron, como lo aceptó todo el mundo. El jefe de los reeleccionistas en 1892 fue el General Ma-

riano Escobedo, con lo que implícitamente se dice que nadie quedaba fuera del porfirismo. Hasta los estudiantes capitaneados por Manuel Calero y Jesús Urueta, clamaron porque el Dictador continuase en el poder.

Las reelecciones de 1896, 1900 y 1904 no fueron ni siquiera discutidas: fueron la consecuencia lógica y fatal de las reelecciones anteriores, o para hablar más propiamente, de la reelección de 1888. Lo grave de todo régimen que se constituye en derredor de una persona, es que esta persona se vuelve indispensable y el país queda ligado a ella para siempre. Pero... ¿cómo reprocharle al pueblo que se entregara al General Díaz, cuando no tenía otra cosa que hacer?

El sentimiento público lo condensó Bulnes cuando deseaba prolongarle no sólo el poder, sino hasta la vida. Este mismo Bulnes que declarada en 1887, que la "no reelección" producía anemias perniciosas en la sociedad, presentó en el Congreso de 1911, la iniciativa de reforma constitucional que prohibía las futuras reelecciones. El principio de la renovación política introducido por el reeleccionista Bulnes—¡tan reeleccionista que clamaba por la reelección indefinida desde 1887, y luego apoyó siete reelecciones!—fue abolido, 16 años después, por los revolucionarios, que preparaban la dictadura del General Obregón. ¡Que estupendas ironías tiene la Historia!

La verdad es que hay movimientos sociales que tienen el carácter de ineludibles. Los pre-

paran los cansancios populares, los desengaños de las muchedumbres, los escarmientos colectivos, las necesidades ingentes de tranquilidad y de paz. A los pueblos no les importa contradecirse, como tampoco les importa a los ríos torcer el curso, cambiar de dirección y dar mil vueltas y revueltas en su marcha ininterrumpida hacia el mar.

Don Emilio Rabasa dice que el General Díaz, en 1884, era "el hombre de la hora". ¡Qué hora tan intensa, tan fecunda, y sobre todo, tan larga! El mismo escritor emite las palabras que siguen sobre la personalidad de aquel Presidente: "Un conjunto de cualidades, ya de hombre público, ya de hombre social, que no bastan para hacer un genio, que no deslumbran, pero que hacen al político superior y al gobernante de mano segura".

¿Que no fue un genio? Es difícil marcar la línea divisoria en donde termina el talento y en donde comienza el genio; pero no es aventurado decir que ningún hombre de Estado del nuevo mundo, tuvo tan desarrollados como Porfirio Díaz, el poder adivinador que sondea el porvenir y se adelanta a los acontecimientos, y la facultad creadora que va más allá de la inteligencia.

Estas cualidades no deslumbraron a Rabasa, lo que se explica fácilmente porque era un hombre de Biblioteca, y le pedía al genio de la acción, agilidades y sutilezas en el campo de la especulación y del pensamiento. Y como el General Díaz no exhibió delante de él esas agili-

dades, no se deslumbró el sabio. ¡Ah! Pero se deslumbraron varias generaciones y la prueba más evidente fue que no pudieron prescindir de él.

El señor López Portillo y Rojas, que tampoco podía explicarse la atracción irresistible que ejercía el Caudillo sobre las masas, cuenta que allá, por el año de 1905, lo vió pasar, y que una joven hermosa, rica y muy celebrada, que estaba junto a él, exclamó llena de entusiasmo:

—Mírelo, mírelo usted. ¡Qué guapo! ¡Qué arrogante! ¡De buena gana le daría un beso!

Con un candor increíble, el señor López Portillo trató de hacer ver a la dama, que ya don Porfirio había cumplido setenta y cinco años y que no merecía aquel homenaje. Y ella le contestó:

—Diga usted lo que quiera, me entusiasma sólo el mirarle y me siento orgullosa de que sea nuestro Presidente.

Aquella dama parece un símbolo de toda la sociedad mexicana, durante un tercio de siglo. Todo México se congregó en derredor de aquella personalidad compleja, que supo ser soldado al mismo tiempo que estadista; que barajaba ensueños con la misma facilidad con que llegaba a la médula de la vida real; que blandía una espada llena de resplandores, y al mismo tiempo apuntaba en su carnet las cotizaciones más frías y los números más inanimados; que, en una palabra, sintetizaba prodigiosamente los atributos más contradictorios y las facultades más opuestas del alma.

Por eso fue que todo México se agrupó en derredor suyo, sin diferencias de castas ni de partidos. Limantour era no solamente distinto, sino antitético de Mariscal; don Justo Sierra era el reverso de don Pablo Macedo y don Enrique Creel; el General Reyes era todo lo contrario de Federico Gamboa y de Victoriano Salado Alvarez; Romero Rubio y González no se querían; Dehesa y Limantour se encontraban en perpetua pugna... Al ver que se fundían en el mismo Estado tantas tendencias disímbolas, tantos intereses contrarios y tantas ideas divergentes, se tiene que admitir que aquella voluntad formidablemente reconciliadora, era a modo de un crisol en donde se derretían ásperos pedruscos y rocas hostiles, para vaciarse luego en un molde común y formar un todo congruente y armónico...

EL MAGNO ERROR DEL PRESIDENTE DIAZ

Los financieros europeos, en las pláticas preliminares que tuvieron con el señor Limantour, con motivo de la operación de los Ferrocarriles, se mostraron temerosos del momento en que el General Díaz desapareciera y quedara la Nación mexicana sin un jefe que la siguiera conduciendo. Con ese motivo se creó la Vicepresidencia en 1904, y fue designado para ocuparla el señor don Ramón Corral.

El pueblo recibió con sorpresa este nombramiento porque aunque el señor Corral tenía clara inteligencia y carácter firme, no era conocido en el país. Sin embargo, como en el año de 1904 el General Díaz se encontraba sano y vigoroso, todo mundo supuso que iba a terminar su período presidencial, y las inquietudes nacionales se aplazaron para la elección siguiente.

A fines de 1907, se presentó a don Porfirio el periodista norteamericano Mr. James Creelman, con una carta de introducción del Coronel Teodoro Roosevelt. El Presidente de los Estados Unidos—que había anunciado su retirada del poder para 1909—ponía en conocimiento del Dictador mexicano que Mr. Creelman deseaba

recogerle declaraciones sobre sus propósitos futuros, en relación con la política mexicana.

Es posible que el General Díaz haya supuesto que detrás del periodista se perfilaba el Gobierno norteamericano y que, por tal motivo, consintiera en formular confesiones extensas y comprometedoras. El hecho fue que en Febrero de 1908 apareció en el "Pearson's Magazine", una entrevista en la que el Presidente Díaz anunciaba que el pueblo de México estaba apto para la democracia, que él se retiraría del poder en 1910, y que vería con agrado la formación de un partido oposicionista.

Claro está que estas declaraciones se formularon exclusivamente para el extranjero. Nadie ignora que cuando un Gobierno mexicano es hostilizado por los Estados Unidos, está condenado a derrumbarse, y por eso se hace preciso presentar la situación del país, en los escaparates de Yankilandia, de manera que no se despierte la mala voluntad norteamericana. El General Díaz procuraba desviar esa opinión, que empezaba a serle adversa. No tiene otra explicación lógica la entrevista Creelman.

"Las declaraciones—dice don Emilio Rabasa —no se hacían para el pueblo de México, sino para el extranjero, como las decoraciones del teatro se pintan para el público que llena el salón, y no para los actores del escenario. El pueblo vió el telón de cerca. Las declaraciones lo lastimaron; no las aceptó como promesa en cuyo cumplimiento podía creer; pero las acogió como confesiones, puesto que contenían muchas

verdades que hacía diez años se decían por el vulgo y ahora se subrayaban por el gobernante que siempre las había callado".

El símil de Rabasa es sugestivo; pero inapropiado. El pueblo de México no era un actor político en 1908, ni estaba entre bastidores, ni se lastimó con la entrevista Creelman. Si hubiera sido actor, hubiera tenido la costumbre de ver los telones de cerca y no se habría asombrado de encontrar absurdas y monstruosas las figuras que, a distancia, se miran bellas y proporcionadas. Precisamente porque el pueblo no era un actor de escenario, no comprendió que la entrevista Creelman era un artículo de exportación, y empezó a moverse para que también tuviese efecto en el interior de México. Así fue como se inició la agitación política precursora de la Revolución de 1910.

Las declaraciones del General Díaz, después de circular en los Estados Unidos, fueron importadas a México, en donde sólo podían tener consecuencias lamentables porque, aunque a juicio del señor Rabasa, contuviesen muchas verdades (¿cuáles serían ellas?) no respondían a la verdad social de aquellos momentos. El General Díaz no se podía retirar en 1910, por la misma razón que no se puede abandonar la dirección de una locomotora en marcha. Como el régimen porfirista se había prolongado al través de un tercio de siglo, los hombres de mayor significación intelectual del país se habían solidarizado con el Gobierno, y no era posible que el Presidente los abandonase, sin tomar antes toda cla-

se de seguridades, a fin de que la estructura social resistiera la sacudida del cambio.

¿Cómo, después de treinta años de régimen cerrado, podía el gran gobernante dejar el poder, sin darle al país la garantía de que su sucesor conservaría la paz pública y continuaría la obra de prosperidad, que él había iniciado y sostenido con un éxito tan extraordinario? Era inadmisible que con un simple "me voy", dejase a quince millones de mexicanos en las garras de la zozobra y la incertidumbre. El General Díaz tenía que darse cuenta de la magnitud de sus responsabilidades, y por eso estaba en la imposibilidad de cumplir el anuncio sensacional de su retirada del poder.

Más grave aún que este anuncio fue la invitación que hizo a los descontentos para que formaran un partido de oposición. Después de treinta años de un régimen unitario, había infinidad de descontentos, no precisamente contra el Gobierno, en globo, sino contra algunos de sus funcionarios y dependencias. Los amigos del General Reyes estaban descontentos con Limantour, y los amigos de éste habrían querido la eliminación política de don Bernardo. Y así, aunque no se atacase a la Administración en su conjunto, no había detalle de ella que no provocara protestas. Invitar a todos los descontentos para que externasen su disgusto, equivalía a despertar el desorden y soltar la demagogia.

El sistema seguido por el General Díaz durante su Gobierno consistió en no satisfacer íntegramente a ningún grupo político, a fin de

conseguir una fórmula de transacción que fuese aceptable a la mayoría de los ciudadanos. En 1884, disgustó a los liberales con el nombramiento del imperialista Dublán, como Ministro de Hacienda, y a los tuxtepecanos, con la designación de Romero Rubio como Secretario de Gobernación; pero esos pequeños descontentos nada significaban ante la satisfacción del país, que veía al Gobierno muy arriba de las facciones y las sectas. ¿Cómo, pues, se invitaba a esas sectas y facciones, para que lanzasen un grito de guerra?

El primero en aceptar la invitación porfirista fue el señor Francisco de P. Sentíes, quien escribió un folleto en el que propuso la fundación del Partido Democrático; Querido Moheno publicó en seguida su inquietante libro "¿Hacia dónde vamos?" y por fin, en los últimos días de 1908, apareció en el escenario político don Francisco I. Madero, con su famosa obra "La Sucesión Presidencial de 1910", que fue para la conflagración mexicana, algo semejante a lo que fue "Le Tiers Etat" del Abate Sieyes para la Revolución francesa. Se empezó a cargar el ambiente; despertaron los que estaban dormidos; se enardecieron los que habían despertado, y se inició la era volcánica que aún no acaba de pasar.

Los primeros en presentarse en la palestra política fueron unos diputados que, en su mayoría, se habían significado como enemigos del señor Limantour y que produjeron la impresión de estar respaldados por el propio General Díaz. Fundaron el Club Organizador del Partido De-

mocrático que, como su nombre lo indicaba, iba a ser el núcleo de un gran partido político, destinado a tomar parte en la lucha cívica de 1910. Por supuesto que ni se organizó el partido ni se hizo nada práctico. Aquellos diputados se limitaron a hacer labor agitadora y a preparar la acción de hombres más enérgicos y resueltos.

Poco después se presentaron en actitud militante y retadora los partidarios del General Bernardo Reyes, quienes apoyaron sus actividades en la declaración porfiriana de que "el pueblo estaba apto para la democracia". El señor Sánchez Azcona fundó el diario "México Nuevo", que pronto adquirió una gran popularidad y una vasta circulación. Por último, estableciose el Club Reyista "1910", que empezó a organizar manifestaciones populares, con objeto de probar que el General Reyes era el predilecto de las muchedumbres. Todos estos trabajos se hacían para la Vicepresidencia, pues nadie osaba medir su prestigio con el del General Díaz.

Delante de aquel movimiento que daba señales de crecer, y a iniciativa de los científicos, se fundó el Club Reeleccionista de la Ciudad de México, el cual anunció desde luego que iba a trabajar, no sólo en favor de la reelección del General Díaz, sino también porque continuara en la vicepresidencia don Ramón Corral. La pugna se trabó por el segundo puesto: todos aceptaban al General Díaz; pero cada grupo pretendía adueñarse del porvenir de la República.

El Presidente se dió cuenta de que su Gobierno tenía que reposar sobre una disciplina inal-

terable y una unidad perfecta. Si permitía que los clubes reyistas impusieran al Vicepresidente, se iba a instalar la oposición en el seno mismo del Gobierno. Aquello no lo podía aceptar el Dictador que siempre cuidó de mantener la escala de las jerarquías. Por lo mismo, no admitió la candidatura vicepresidencial de Reyes, y probablemente tuvo razón. El Gobernador de Nuevo León habría sido un sucesor lógico del General Díaz; pero siempre que su candidatura hubiera sido la oficial. El General Reyes sostenido por demagogos que pronunciaban discursos incendiarios contra la Dictadura, tenía que ser un elemento perturbador.

Tan pronto como se comprendió que el General Díaz estaba en contra de la candidatura del General Reyes, creció la popularidad de éste, en forma inquietante para el Gobierno. El Presidente nombró entonces al General don Jerónimo Treviño Comandante de la Tercera Zona Militar, con lo que dió a entender que el Gobernador de Nuevo León ya no le inspiraba confianza. Entretanto, las multitudes seguían trepidando con el grito de "Viva el General Reyes".

Días de prueba deben haber sido aquellos para el Gobernador de Nuevo León. Había formado parte de la maquinaria dictatorial durante treinta años y de repente se daba cuenta de que era el candidato de los adversarios de la Dictadura. La oposición le pedía con sus aclamaciones que consintiera en ser el abanderado del antiporfirismo, un antiporfirismo disfrazado de anticorralismo, pero que, de cualquier modo, tra-

bajaba en contra de la política del General Díaz.

El General Reyes—que había pretendido ser el puente entre el Presidente y la oposición—prolongó aquella situación con declaraciones ambiguas, esperando que el Dictador aprobase su candidatura vicepresidencial. No autorizaba la campaña de sus partidarios, ni tampoco la desautorizaba. Esta posición del General Reyes era tanto más difícil de sostenerse, cuanto que los periódicos corralistas—especialmente "El Debate"—lo atacaban con terrible encono y con deseos manifiestos de que se lanzara a la oposición franca y le arrojara el guante a su antiguo jefe. Eso mismo le pedían algunos de sus amigos y hasta su hijo Rodolfo. Don Bernardo resistió dignamente aquella conjuración de amigos y enemigos, y cuando se convenció plenamente de que el General Díaz no aprobaba su candidatura, inclinó la cabeza y aceptó el sacrificio de su personalidad. Cualquiera otra solución habría sido contraria a sus antecedentes e indigna de su carrera.

Aquel sacrificio resultó tardío. El descontento público, que había pretendido condensarse en derredor del General Reyes, se puso a buscar otra personalidad que levantase la bandera que el Gobernador de Nuevo León no había querido enarbolar. Durante muchos meses no pareció encontrarse el abanderado que deseaba la oposición; mas no por eso dejaba ésta de sostener su campaña contra la candidatura de don Ramón Corral.

Don Francisco I. Madero se dedicó a fundar

clubes antirreeleccionistas, los cuales eran mirados con simpatía, pero sin que se creyese que tenían probabilidades de victoria. Las gentes aplaudían el gesto valiente de enfrentarse a la poderosa Dictadura; pero nadie sospechaba que aquellas organizaciones humildes fueran a recoger, un año después, el Gobierno de la República.

No se desanimaron los antireeleccionistas en medio del escepticismo general, y prepararon para el mes de Abril de 1910, una Convención Electoral que se reunió en la ciudad de México, y que lanzó la candidatura de don Francisco I. Madero para la Presidencia y la de don Francisco Vázquez Gómez para la Vicepresidencia.

El país no tomó en serio, al principio, aquel movimiento político. Los adversarios más enconados del señor Corral no creyeron en la fórmula antirreeleccionista. Los señores Manuel Calero, Jesús Urueta, Diódoro Batalla y demás políticos de fuste, que habían anunciado tomar parte en la lucha, se escondieron en la sombra, temerosos de desacreditarse, si manifestaban simpatías por aquella candidatura. El periodista Trinidad Sánchez Santos, que se había significado por sus campañas contra los Jefes Políticos de la Dictadura, publicó en "El País", un artículo titulado "Un Balazo en la Frente", en el cual sostenía que la candidatura de un hombre tan opaco como el señor Madero, equivalía a un suicidio.

En Junio fue aprehendido el señor Madero en la ciudad de Monterrey, de donde se le llevó a

San Luis Potosí. Al mes siguiente se efectuaron las elecciones, y como todo mundo esperaba, el triunfo del General Díaz y el de don Ramón Corral, casi se obtuvo por unanimidad. Las elecciones fueron de mera fórmula; pero si se hubiera disfrutado de una libertad absoluta para designar a los mandatarios supremos del país, el resultado hubiera sido el mismo, entre otras razones, porque el pueblo no estaba preparado para hacer otra cosa. Sin embargo, todas las clases sociales se sintieron inseguras porque el país, después de dos años de propaganda política, estaba agitado, y la campaña electoral, en vez de haber servido para destacar prestigios, los había destrozado.

El del General Díaz, aunque se conservaba en primera línea, había disminuido muchísimo; el de Limantour se encontraba magullado; el del General Reyes, después de crecer fantásticamente, hasta seducir a la Nación, se había hundido en forma dramática; y el prestigio de don Ramón Corral, que llevó la peor parte, por aparecer ante las masas como "candidato de imposición", estaba hecho trizas y no presentaba garantías para el futuro.

Es posible que, al advertir el crepúsculo melancólico de la reputación política de don Ramón Corral, el General Díaz pensara a última hora, en sustituirlo por don Teodoro Dehesa, cuya candidatura vicepresidencial apareció rubricada por amigos personales del Dictador, dos semanas antes de las elecciones; pero, o se dió cuenta de que el cambio complicaba en vez de

remediar los males del país (porque Dehesa era adversario de todos los científicos y, especialmente de Limantour), o sólo autorizó aquella candidatura para simular una lucha electoral. Los resultados fueron funestos: los reeleccionistas se sintieron lastimados y la familia oficial quedó dividida enfrente del país inquieto y lleno de dudas. El Presidente tenía ochenta años de edad, y el Vicepresidente producía la impresión de ser, no un sostén del anciano Dictador, sino un fardo que llevaba sobre las espaldas, que entorpecía sus movimientos y hacía más difícil su paso.

Era injusto que un hombre de las cualidades de don Ramón Corral produjera una impresión tan pobre y tan inmerecida en las masas. El señor Ramón Prida, al considerar aquella situación infortunada, lo ha querido presentar como un mártir y le ha echado la culpa del martirio al General Díaz. El autor apasionado de "De la Dictadura a la Anarquía" no ha pensado en que las luchas por la conquista del poder son interesadas y, por lo mismo, no pueden producir mártires ni santos. La verdad es que se equivocó el General Díaz al hacer sus famosas declaraciones al periodista Creelman, y se equivocó don Ramón Corral al aceptar su candidatura en un medio agitado y convulso. El descrédito de la candidatura reeleccionista fue la cosecha ineludible de aquellos errores trascendentales.

El señor Salado Alvarez dijo una vez que el General Díaz cayó del poder, no por imponer a Corral, sino por no haberlo impuesto. Esto es

exacto; pero era difícil prohibir la campaña de oposición, después de haber invitado a ésta, para que se formara. Por otra parte, el Vicepresidente pudo haber hecho al Dictador la advertencia que sigue en el momento en que se inició la pelea: "Mi candidatura a la Vicepresidencia no puede ser tan fuerte como la de usted a la Presidencia, y por lo mismo, reclama que se la sostenga con vigor y que se la imponga con energía. Ahora bien, como usted ha invitado a los descontentos para que organicen un partido oposicionista, yo confieso no tener el prestigio deslumbrante que se requiere para resistir tan dura prueba. Consentiría en ser candidato, como lo fuí en 1904; pero no puedo aceptar una lucha en la que se me echarán en cara todos los defectos del régimen, sin que yo pueda contestar dignamente que la mayoría de esos defectos deben anotarse en la cuenta de usted".

Desde Febrero de 1908—en que se publicó la entrevista Creelman—hasta Abril de 1909, en que el señor Corral aceptó su candidatura, trascurrieron catorce meses, durante los cuales hubo tiempo sobrado para considerar que aquello no era un simulacro político, sino una campaña en toda forma. No se puede acusar al General Díaz de haber invitado a los reeleccionistas a hacer un viaje idílico por un mar tranquilo y bajo un cielo sin nubes. Todos se dieron cuenta de que el piloto tenía ochenta años y de que la travesía estaba llena de peligros. Sin embargo, la perspectiva de heredar el poder era tentadora, y tanto Corral como Limantour, Pineda co-

mo los Macedo, Casasús como Creel aceptaron el combate, y por primera vez en su vida, se dispusieron a defenderse y además autorizaron una campaña agresiva contra los adversarios. No hubo mártires ni los caídos en aquella lucha tuvieron la pretensión ridícula de aparecer como tales.

El señor Prida escribió amargado por la derrota; pero es un consuelo considerar que ni Corral ni Limantour, ni Pineda ni Casasús, ni los Macedo ni las demás figuras primarias del Partido Reeleccionista, se desplomaran aventando ultrajes sobre el General Díaz. Todos aquellos hombres supieron caer con dignidad.

Un crítico militar dijo que Napoleón había sido derrotado en Waterloo, porque se atrevió a contradecir los principios de la estratégica napoleónica. Algo semejante puede decirse del General Díaz quien, delante de Mr. Creelman, se atrevió a contradecir los viejos principios de la política porfirista.

EL MOMENTO DE ORO

Poco después de las elecciones se celebraron las fiestas con que la República conmemoró el primer centenario de su independencia. Se colocó la primera piedra de grandes monumentos; se inauguraron muchas obras beneméritas; se fundó la Universidad Nacional... La personalidad del General Díaz dió a aquellas fiestas un aspecto cesáreo que hizo olvidar el escándalo de las luchas políticas.

Vinieron embajadores de todos los pueblos de la tierra, a felicitar al país que, en plena paz y orientado hacia el progreso, cumplía el primer siglo de su existencia. Todos le rindieron fervorosos homenajes al extraordinario estadista y lo proclamaron como el reconstrutor indiscutible de su Patria. Aquella fue la apoteosis del héroe.

En la imposibilidad de describir todas las ceremonias que se efectuaron en Septiembre de 1910, bueno es evocar la más conmovedora y significativa, aquella en que se rompieron los témpanos del protocolo, mientras se fundían por última vez el alma de Porfirio Díaz y el alma del pueblo de México.

Fue el día 17 de aquel mes inolvidable. Es-

paña devolvió a México en esa fecha el uniforme de don José María Morelos, perdido en la acción de las Animas, en Febrero de 1814. Este uniforme se conservó en el Museo de Artillería de Madrid, hasta que varios españoles residentes en México pidieron al Rey Alfonso XIII que lo obsequiara a nuestro país en el primer centenario de su independencia. El joven monarca accedió a la solicitud de sus súbditos y consintió en ceder el uniforme, que era propiedad indiscutible de España, ya que había sido ganado en una acción de guerra. La Madre Patria hizo a su hija predilecta el mejor de los obsequios, y a la vez dió un ejemplo noble de hidalguía, al no recordar las hondas heridas que le causara aquel valiente soldado a quien don Lucas Alamán llamó el hombre más extraordinario de la revolución de Nueva España.

Fue encargado de entregar el uniforme el General don Camilo García de Polavieja, quien tenía para México dos méritos sobresalientes: era hijo de una dama mexicana, y había servido a las órdenes de don Juan Prim, aquel pundonoroso General que, en lugar de esgrimir sus armas con nuestra Patria, prefirió reconciliarla con la Madre España.

La mañana del 17 de Septiembre, salió el desfile que llevaba el uniforme de Morelos, de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Una amplia valla colocada desde las puertas de ese edificio hasta la entrada del Palacio Nacional, marcaba la ruta que se debía seguir. En el momento en que se ofreció un carruaje al General Polavieja,

manifestó que prefería ir a pie, para honrar mejor al héroe mexicano.

Y se inició el desfile. Precedía el cortejo triunfal una descubierta de gendarmes montados que portaban traje de gala; luego, iba una compañía de la Escuela de Aspirantes; después aparecía la cureña de cañón sobre la cual iban colocados el retrato y las prendas de Morelos. Esta cureña iba tirada por dos troncos de caballos que conducían cuatro artilleros, y la flanqueaban dos Sargentos del Colegio Militar, dos de Infantería, dos de Caballería y dos de Artillería, que representaban las armas distintas del Ejército, que hacían guardia de honor al soldado más grande de México. A continuación, desfilaba la Embajada Española: el General Polavieja caminaba en medio de los señores Federico Gamboa y General Ignacio Salamanca, subsecretarios de Relaciones Exteriores y de Guerra; el Ministro Cólogan y Cólogan iba entre el Introductor de Embajadores y el Director del Colegio Militar. Después seguían los Secretarios de la Embajada, los miembros de la Delegación Militar, y los jefes y oficiales nombrados para atender a los huéspedes hispanos. También marchaban allí, en representación del Presidente, el Jefe de su Estado Mayor Teniente Coronel Samuel García Cuéllar y el Teniente Coronel Porfirio Díaz. La mezcla de casacas diplomáticas y de uniformes guerreros, daba a esta sección del desfile un aspecto, si bien pintoresco, sobremanera imponente y suntuoso.

Después venían las banderas, las sagradas

banderas de la Independencia. El primer pendón que apareció fue el de don Miguel Hidalgo y Costilla, que es una imagen de la Virgen de Guadalupe, la Patrona de la Patria, la capitana que guiaba a los insurgentes al combate. Tras de este pendón, pasaron cubiertos por el polvo amarillento de un siglo, el estandarte de Morelos, la bandera del Batallón de Tepic, el gonfalón del cuerpo de Caballería de Valladolid, y el girón desgarrado que se conoce con el nombre de "Doliente Hidalgo".

Al paso de estos estandartes, palpitaban aceleradamente todos los pechos. Los soldados presentaban armas, los civiles se descubrían, las banderas de los batallones bajaban hasta el suelo, y la multitud conmovida arrojaba flores. Eran los pendones de hacía cien años, destrozados por las balas realistas, que salían de la Historia, para recibir dignamente las prendas del héroe de Cuautla. Al moverse en el aire, las oriflamas desgarradas parecían decir al uniforme de Morelos: "Nosotras presenciamos la epopeya, vivimos aquellos heroísmos y somos testigos de su gloria".

La muchedumbre que contemplaba el desfile, retrocedía con la imaginación una centuria y se embriagaba con los mismos delirios de libertad que sacudieron a los padres de la Patria. El grito de "Viva la Virgen de Guadalupe" volvió a atronar el espacio; varias veces la gente del pueblo rompió la valla para acercarse a las banderas venerables y tocarlas con la mano; y los soldados que, conforme al deber militar estric-

to, deberían haberla rechazado, autorizaban aquella irregularidad con lágrimas en los ojos, porque comprendían que en ella se consagraba el mayor homenaje que ha recibido el Ejército.

Después de las banderas, desfilaron representantes de las Cámaras y los Estados. Y cerraban el cortejo dos compañías del bravo y arrogante Colegio Militar y una brigada mixta, al mando del Brigadier José Refugio Velasco. Como las gentes que ocupaban los balcones en la calle de Plateros, arrojaban flores, el uniforme llegó blanqueando a la plaza de la Constitución, en donde un coro angélico de niñas se agregó a la procesión y acabó de cubrir las reliquias de Morelos, con azucenas que llevaban en sus canastillas.

La llegada al Palacio Nacional fue indescriptible. Las bandas batieron marcha de honor, las músicas tocaron el himno nacional; las campanas de la Catedral repicaron a gloria; y cien mil gargantas prorrumpieron en hossanas y aleluyas. Y mientras los hombres alborozados movían sus sombreros y las damas agitaban sus pañuelos, la bandera del Palacio bajaba lentamente y volvía a subir en un saludo triunfal. Ante ese espectáculo grandioso, no hubo corazón que no temblara de santo júbilo ni comulgara con la Patria que vibraba en los toques de los clarines, en los repiques de las esquilas y en las ondulaciones de la bandera tricolor!

El General Díaz, vestido con el uniforme de General de División—aquel uniforme que llevaba con tan legítimo orgullo—y rodeado por los

miembros de su gabinete, esperaba en el salón de embajadores al General Polavieja y a su brillante acompañamiento. Cuando entraron, todo mundo se puso de pie, ante las reliquias, y un silencio religioso se extendió por el recinto.

Y habló Polavieja. Abandonando los formulismos de la etiqueta, se refirió a la fraternidad de los pueblos con frases entusiastas y rindió un homenaje a nuestro gran Morelos a quien con alto espíritu de justicia llamó gran ciudadano y gran soldado, y de quien España, como madre, se sentía orgullosa.

Don Porfirio estaba transfigurado. Parecía darse cuenta de que había llegado al culmen de su carrera, y que de allí en adelante, tendría forzosamente que descender. Aquél era el momento de oro de su existencia, el resplandor más claro de su apoteosis... Contestó con voz temblorosa que recibía las reliquias en nombre de la República entera y que aquellas constituían un obsequio de la hidalguía española y no una justa devolución, porque habían sido perdidas por el inmortal caudillo en buena lid. Y terminó con las siguientes palabras que causaron la más honda de todas las emociones del Centenario:

"Yo no pensé que mi buena fortuna me reservara este día memorable en que mis manos de viejo soldado son ungidas con el contacto del uniforme que cubrió el pecho de un valiente, que oyó palpitar el corazón de un héroe y prestó íntimo abrigo a un altísimo espíritu que peleó contra españoles, no porque fuesen españoles,

sino porque eran los opositores de sus ideales; que persiguió, no a España precisamente, sino la realización de una quimera para entonces y dulce realidad después para nosotros: crear una nación soberana y libre".

Las últimas palabras del caudillo fueron ahogadas por una ovación estruendosa. La rigidez del protocolo desapareció completamente. El General Polavieja, rompiendo el círculo de hierro del rigorismo oficial, gritó estentóreamente: "Viva México, viva nuestro gran Presidente!" Y el General Díaz exclamó conmovido: "¡Viva España, viva nuestra madre grande!" Después, se fueron apagando los ruidos, pero los pechos seguían temblando y los ojos, por largo rato, continuaron humedecidos.

Afuera, en las calles y en las plazas, el pueblo también lloraba de júbilo, como si presintiera que era uno de los últimos que le deparaba el Destino...

EL CREPUSCULO DEL HEROE

Apenas se acababa de disipar el rumor alegre de las últimas fiestas del Centenario, cuando la sociedad de México recibió como un rayo, la noticia de que el señor Aquiles Serdán, jefe del Partido Antirreeleccionista en el Estado de Puebla, había disparado contra la policía que trataba de aprehenderlo, tras de lo cual, en unión de algunos miembros de su familia y de varios correligionarios, se había hecho fuerte en su casa, donde guardaba una actitud rebelde. Serdán pagó con su existencia aquella aventura temeraria; pero dejó encendida la Revolución de 1910.

El señor Madero se había fugado de San Luis Potosí (en donde se encontraba retenido por un proceso político, pero en libertad bajo fianza) a principios de Octubre, y tan pronto como llegó a San Antonio, Texas, empezó a preparar la insurrección del país. Se fijó el 20 de Noviembre para que estallara el movimiento simultáneamente en varios Estados; pero la conspiración fue descubierta por las autoridades, quienes tuvieron oportunidad para prevenirse contra los desórdenes preparados. Se efectuó, sin embargo, en la fecha señalada, un pequeño mo-

tín en los alrededores de Torreón y de Gómez Palacio, y un pronunciamiento de campesinos en la sierra de Chihuahua. No se propagó el incendio revolucionario, las principales ciudades del país siguieron en plena paz, y por tanto, se creyó que la rebelión había fracasado.

Entretanto, el General Díaz y el señor Corral, tomaron posesión el primero de Diciembre de los puestos de Presidente y Vicepresidente, para el período que debería terminar en 1916. Con objeto de asistir a la protesta, el señor Corral vino a México desde Tehuacán, en donde estaba atendiendo a su salud, ya muy quebrantada por la enfermedad que se lo había de llevar a la tumba. Su aspecto eran tan dolorido, que el Congreso sintió angustia y zozobra al ver que recibía el poder un octogenario, y que su probable sustituto llevaba ya en el rostro, el sello inconfundible de la muerte. El porvenir era de sombras...

A los pocos días, el pueblo empezó a enterarse por rumores, pues las noticias de los periódicos eran pocas, vagas y truncas, de que los campesinos de Chihuahua se encontraban bajo el mando de un guerrillero improvisado—Pascual Orozco—quien, desde las ásperas serranías del Norte, continuaba en actitud de reto, delante de la poderosa Dictadura. La Nación volvió sus ojos hacia él, con el asombro que despiertan todos los Davides, en el momento emocionante en que colocan en su honda, la piedra derrocadora del coloso.

Pocas semanas después llegó a México la no-

ticia de que el Coronel Martín L. Guzmán había muerto en el cañón de Mal Paso. Entonces fue cuando la personalidad de Madero empezó a tomarse en serio y se fue formando la conciencia revolucionaria en el país. Se vió que el Gobierno vacilaba al asestar sus golpes, que sus movimientos eran lentos y tardados, en una palabra, se pusieron de manifiesto los inconvenientes de todo organismo envejecido.

Mientras el país se revolvía y trastornaba, en los Estados Unidos se hacía grande escándalo con las noticias de la Revolución, y se exageraban hasta deformarse, los defectos de la Dictadura. Muchos periodistas se dedicaron a la tarea de pintar al General Díaz como un tirano monstruoso, capaz de los excesos más brutales, y el Gobierno de Mr. Taft parecía ver con agrado aquella injusta propaganda.

¿A qué se debió un cambio tan extraño en la política exterior de los Estados Unidos? El General Díaz no había querido renunciar a los derechos que tiene México a la zona del Chamizal, ni tampoco había recibido con entusiasmo la solicitud de arrendamiento de la bahía Magdalena, para la escuadra norteamericana; pero lo que provocó la animadversión de la cancillería yankee, y muy especialmente la del Secretario Knox, fue la hospitalidad que dispensó al General don José Santos Zelaya, cuando éste fue derrocado del poder, en la República de Nicaragua.

Años antes, Mr. Knox había organizado en Pittsburgh una corporación cuyo objeto era ex-

plotar una zona minera extensísima que se había dado en concesión a Mr. James Daitrich, y que éste traspasó a la referida corporación, el concesionario no cumplió sus obligaciones y el Presidente Zelaya anunció que la concesión sería cancelada.

Mr. Knox que para entonces había ascendido a la Secretaría de Estado, se indignó con aquel anuncio y envió a Zelaya una nota virulenta, indigna de una Cancillería, y que denunciaba una cólera tanto mas censurable cuanto que la motivaba un asunto de interés particular. Tras la nota, vino una hostilidad franca para derrocar a Zelaya. El cónsul norteamericano Moffat se constituyó en centro de actividades revolucionarias y los periódicos de los Estados Unidos empezaron a publicar historias negras de la tiranía que "martirizaba" a Nicaragua, y aparecieron en esta pequeña República libertadores de la laya de Adolfo Díaz (que era empleado de la mina), Emiliano Chamorro, etc., etc. Filibusteros norteamericanos se alistaron en las "falanges" de la libertad y, naturalmente, Zelaya fue derrumbado.

Durante la lucha fueron aprehendidos infraganti, en el momento de minar un río los filibusteros Grace y Cannon, quienes después de haber sido sometidos a un consejo de guerra, fueron condenados a muerte y pasados por las armas. Mr. Knox consideró aquel fusilamiento como un ultraje, y proyectó aprehender a Zelaya, traerlo a los Estados Unidos, internarlo en una prisión y consignarlo a un juez

norteamericano. Ya iba Mr. Knox a realizar este proyecto incalificable, cuando el cañonero "Guerrero", de la República de México, que se encontraba anclado en el puerto de Corinto, dió hospitalidad al Presidente derrocado y lo trajo a Salina Cruz.

Jamás perdonó Mr. Knox al General Díaz que se le hubiera atravesado en el desarrollo de aquel plan tan descabellado como siniestro. Por eso debe haber leído con gran delectación los artículos que el libelista Turner escribió en contra de México, y con deleitación también debe haber visto el estallido de la revolución maderista, en el mes de Noviembre de 1910. Las autoridades fronterizas de los Estados Unidos, haciendo eco a los sentimientos antiporfiristas de Mr. Knox, permitieron que los revolucionarios violaran las leyes de neutralidad y se aprovisionaran de carabinas y municiones en territorio norteamericano. Y los grandes diarios de Yankilandia llenaron sus columnas con ataques virulentos en contra del mejor gobierno que ha tenido México, y uno de los mejores que se han visto en el mundo. Era que Mr. Knox se estaba vengando.

En realidad no tenía razón, porque el General Díaz no intentó oponerse ni se opuso a la política exterior de los Estados Unidos. Con la salida de Zelaya, no se desvirtuó el programa esencial de la Casa Blanca. El anciano Dictador de México no asumió la actitud de un intruso arrogante, sino la de un dispensador desintere-

sado de una generosidad hidalga. No fue un acto de obstrucción, sino de humanidad.

Por otra parte, ¿qué iba a hacer un juez norteamericano, con el General Zelaya? ¿Cómo justificar el proceso contra un ex-Jefe de Estado? Aquel era un disparate enorme y el General Díaz le prestó a los Estados Unidos el inmenso servicio de impedir que se cometiera. No lo creyó así el Presidente Taft, quien ordenó en Marzo de 1911, que 20,000 soldados norteamericanos pasasen a Texas, Nuevo México, Arizona y California, con objeto de vigilar la línea internacional. ¿Cuál era el objeto de una orden tan peregrina? Pascual Orozco merodeaba por las serranías, sin atreverse a hostilizar ciudades, y por lo mismo, resultaba inconcebible que los Estados Unidos se considerasen en peligro de ser invadidos. Aquel movimiento bélico se interpretó como una amenaza de intervención, como una excitativa que se hacía al Dictador para que restableciera la paz, dentro de la mayor brevedad posible. Mr. Knox proseguía en su obra de venganza.

Delante de aquella situación que se complicaba a medida que avanzaban los días, el Presidente de México llamó urgentemente a su Ministro Limantour, que se encontraba en Europa, en el desempeño de una comisión que debió haber coronado su gigantesca obra financiera; pero que sólo se pudo realizar en parte, en vista del estallido revolucionario. Al pasar por New York, el Ministro de Hacienda comprendió que

la Administración de Taft estaba dispuesta a empujar al General Díaz hacia el precipicio.

Al llegar a México, Limantour recomendó al General Díaz que renovase su gobierno y que parlamentase con la Revolución. Fueron llamados a formar parte del gabinete presidencial los señores Francisco L. de la Barra, Demetrio Sodi, Jorge Vera Estañol, Manuel Marroquín y Rivera y Norberto Domínguez, y en el mensaje del primero de Abril, el General Díaz anunció que estaba dispuesto a hacer concesiones a los rebeldes.

Estos actos sólo sirvieron para que se multiplicaran los pronunciamientos por donde quiera. Si el señor Limantour creía que era necesario tratar con la Revolución, debió haber ocultado sus intenciones, a fin de obtener posición más firme para el Gobierno que, en aquellos momentos significaba la cohesión de la República. Por desgracia, Limantour que, como financiero y administrador había exhibido dotes estupendas, demostró ser un político pobrísimo que contribuyó a extender y a intensificar el fuego revolucionario. Sería injusto atribuirle la culpa del desastre: éste se preparó con la entrevista Creelman y fue la consecuencia de una administración que había envejecido; pero es probable que un Ministro más hábil hubiera determinado una transacción, en vez de ir, como fue, a una capitulación absoluta.

Se entablaron las negociaciones, las cuales fueron rotas con el ataque y toma de la plaza de Ciudad Juárez por las tropas revolucionarias

al mando de Orozco, Garibaldi y de Villa. El efecto moral de aquella acción fue extraordinario. El pueblo vió en la rendición del General Navarro, una alegoría de la capitulación de toda la Dictadura. Se reanudaron las negociaciones, y como consecuencia de ellas el Gobierno anunció oficialmente, a mediados del mes de Mayo, la renuncia del General Díaz.

En dicha renuncia—que se presentó el día 26—el Caudillo manifestó que no podía retener la presidencia porque para ello "sería necesario seguir derramando sangre mexicana, abatiendo el crédito de la nación, derrochando su riqueza, cegando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales". Aquel documento memorable terminaba con estas palabras conmovedoras: "Espero, señores diputados, que calmadas las pasiones que acompañan a toda revolución, un estudio más concienzudo y comprobado hará surgir en la conciencia nacional un juicio correcto que me permita morir llevando en el fondo de mi alma, una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas".

En seguida, tomó el único camino que le quedaba: el del destierro. El puerto de Veracruz —¡que no era porfirista!—al ver al ilustre caído caminar rumbo al exilio, tuvo la gentileza de cancelar los viejos resentimientos, lo recibió con los brazos abiertos y lo despidió con el corazón rebosante de dulzura. Las distinguidas damas veracruzanas enviaron flores a la señora Díaz, y en la tarde en que partió el buque

que llevaba al héroe al ostracismo, millares de gentes de todas las clases sociales acudieron al muelle para darle un "adiós", que por ser el último, se empapó en lágrimas generosas. En el momento en que se soltaron las amarras, y el barco empezó a virar, las baterías del puerto dispararon veintiún cañonazos y las bandas tocaron el himno nacional. Los veracruzanos sacaron sus pañuelos y empezaron a agitarlos con ternura, para dar al General Díaz con aquellas manchas blancas que se movían en el aire, la última visión de la patria mexicana...

Ante aquellas manifestaciones de afecto, que no emergían de una corte reducida, sino de sinceras y entusiastas muchedumbres, el viejo desterrado debe haber sentido un inmenso alivio de las dolencias físicas y morales que habían amargado sus últimas semanas. Sin embargo, a medida que el buque se alejaba de México, una gran melancolía volvió a invadir su atribulado corazón. Pronto dejaron de verse las gentes y sólo se percibieron la raya de las escolleras, la silueta del Castillo de San Juan de Ulúa y la línea geométrica del caserío lejano. El sol, al caer sobre la playa, parecía repetir el crepúsculo porfiriano: se hundía tristemente, después de una larga y luminosa carrera...

Al acabar de morir la tarde, sólo se destacaron en medio de la negrura de la noche las luces eléctricas del puerto—¡estrellas de la tierra!—que se fueron debilitando hasta desvanecerse, mientras arriba empezaron a parpadear las estrellas de las constelaciones. En el momen-

to en que dejó de verse el último faro de Veracruz, Porfirio Díaz debe haberse sentido solo, inmensamente solo... Es cierto que lo acompañaba una esposa dulcísima a quien él adoraba, su hijo y sus nietos que lo miraban con veneración, amigos del alma que no lo abandonaron en aquellos momentos dolorosos; pero le faltaba México! Y México, para aquel hombre era el imán de sus ensueños, la estrella que atraía su brújula, el centro de sus recuerdos, el móvil de sus acciones, la magna razón de toda su existencia...

LEJOS DE LA PATRIA

Una tarde, el General Díaz entró en un café parisiense, en donde se encontraban comiendo el Lic. Miguel Macedo y el Lic. Miguel Díaz Lombardo que, en aquel entonces, era Ministro Plenipotenciario de México en Francia. El señor Macedo, al ver al ilustre expatriado, se levantó de la mesa y pasó a saludarlo; el diplomático maderista también, por cortesía, tuvo que acercarse. El señor Macedo hizo la presentación mutua que exigían las circunstancias, y don Porfirio, al tender su mano al señor Díaz Lombardo, le dijo:

—"Un mexicano, a las órdenes de usted, señor Ministro".

¡Un mexicano! Ese era el título de que más se enorgullecía y que nadie le pudo quitar. Al no poder servir a su Patria, se limitó a amarla en silencio, con el platonismo seductor con que los Quijotes se enamoran de las Dulcineas imposibles. "Cache ta vie",—aconsejaba Flaubert con dignidad elegantísima. El General Díaz también sepultó sus sentimientos bajo la losa marmórea de su orgullo de gigante. Jamás se escapó de sus labios una palabra de despecho, ni

un desahogo rencoroso, nada, en fin, que denotase raquitismo o mezquindad.

Desde el destierro vió que su obra se desmoronaba; pero tal vez consideró que se tenía que destacar en la historia, como un palacio de Karnak derruido, como un Coliseo mutilado, como los escombros sugestivos de Mitla. Diariamente se desploman edificios innumerables sin dejar el más leve recuerdo; pero las obras de belleza suprema se imponen a las edades. Es inútil clavar en ellas la piqueta: los muros desgarrados se cubren de yedras y jaramagos y se alzan con sus penachos silvestres, ostentando una belleza triste, pero tan honda como la que tenían antes del estrago. En los frisos colocan los pájaros sus nidos; y sus columnas rotas, esas columnas que parecen no sostener ya nada, siguen sosteniendo la evocación gloriosa del pasado, el conjuro divino de los tiempos bellos, el esplendor y la gracia que se procuró destruir...

Ya Edmundo Rostand dijo que los destructores de la Catedral de Rheims no habían conseguido sino formar un nuevo Parthenón. Si a la mutilada Venus de Milo se hiciera víctima de una nueva mutilación, seguiría siendo adorable y adorada: si se suprimiera su testa, se admiraría su pecho; si se rompieran sus senos, se admiraría su cuello; y si toda ella fuera hecha añicos, la humanidad adoraría cada una de las piedras dispersas, como se aman las reliquias sagradas, como se veneran los talismanes que garantizan una vida de venturas...

Por eso la obra del General Díaz, mutilada y

derruida, seguirá siendo un santuario a donde los mexicanos del porvenir entrarán con veneración. Esa es la compensación del héroe: su régimen cayó para siempre; pero siempre podrá ser invocado como argumento favorable a nuestra nacionalidad. Cada vez que en el extranjero se hagan apreciaciones funestas sobre la aptitud de México para la vida civilizada y para gobernarse sin extrañas influencias, surgirá el recuerdo del General Díaz demostrando que México, sin ayudas extranjeras, ha sido un buen obrero de la civilización. La obra moral del gran Presidente, los antecedentes que dejó escritos y sus éxitos imperecederos, constituyen la mejor defensa que se puede formular del país. El General Díaz demostró al mundo que México es un pueblo grande, y que tan pronto como encuentre circunstancias propicias, volverá a su antigua grandeza. El recuerdo del paladín sigue custodiando la bandera.

* * *

A mediados de 1913, el Presidente Huerta nombró Ministro de Relaciones Exteriores a don Federico Gamboa, que representaba en Bélgica a la nación mexicana. Antes de ir a tomar posesión de su puesto, el señor Gamboa fue a París con el objeto exclusivo de visitar al General Díaz y de recibir de sus labios inspirados y proféticos, la mejor orientación en aquellos momentos de incertidumbre y de zozobra.

Después de esta visita trascendental, Federico Gamboa escribió en su "Diario" una página

conmovedora, que bien podría titularse "El Testamento del Caudillo". De esa página son los párrafos que siguen:

"París: 15 de Julio de 1913.—Decidido a no acudir al llamado del Gobierno,—a pesar de mi aceptación por el cable, del empleo de Secretario de Relaciones Exteriores,—si el Gral. Díaz así me lo aconseja, del tren que me trajo de Bruselas me dirijo al Hotel Astoria, donde permanecí más de dos horas y media.

"¡Vaya entrevista solemne y para mí memorable la que a solas celebro con el viejo caudillo, encerrados en su pequeño gabinete de trabajo; gabinete con puertas dobles para que nada pueda escucharse de afuera, aún cuando haya que alzar la voz a consecuencia de la muy avanzada sordera del glorioso guerrero!...

"Nunca lo hallé, lo que se llama nunca, tan expansivo; jamás me habló con tanta franqueza; jamás le merecí confianza tamaña ni parecidas confidencias. Respetuosamente bebo las palabras de este varón prodigioso, sin cesar de interrogarlo acerca de nuestros hombres y de nuestras cosas; acerca de nuestros hombres, sobre todo, que él supo tener subyugados a su genio, por tiempo tantísimo. Y le pido su consejo, me cuelo dentro de su experiencia de gobernante excepcional. Impasible siempre, empieza a hablarme con su voz tarda y llena, de individuo desconfiado y fuerte.

—"Mi México",—dice—, y en el acto corrige melancólicamente:

—"Nuestro México es tierra fácil de gobernar, siempre que..."

"Y con expresivas pinceladas sintéticas, creeríase que dicta un manual del buen gobernante mexicano.

—"Como yo mientras viva, no volveré nunca, le encargo, en el supuesto de que las prometidas elecciones se lleven a término y de que mi sobrino Félix triunfe en ellas, que le recomiende de mi parte dos cosas principalísimas, que en su oportunidad le reiteraré por escrito: que cuide mucho de la composición de su gabinete, ¡ese es el eje de la máquina! y por ningún motivo mate a nadie, sin previo enjuiciamiento..."

—"Porque,—agrega al cabo de breve pausa meditativa,—en el poder, hay circunstancias, desgraciadamente, en que no se puede menos, so pena de que sobrevengan males mayores y de incalculable trascendencia. Por eso hay que juzgar primero, para que la que mate sea la Ley..."

"Plácele que me hayan llamado a Relaciones, aunque sabe "mejor que yo" el sinnúmero de riesgos que voy corriendo, "hasta el de la vida", añade clavándome su mirar de águila, como para aquilatar mis enterezas, apenas hasta hoy manifestadas.

—"Si por su investidura le tocare encargarse interinamente de la Presidencia..."

"Me traza líneas de conducta; indícame procedimientos, conciliadores casi todos; me cita precedentes de su larga carrera política. Mas

con ciencia tal, con tal aplomo y tal criterio, con psicología tan clara y sabia, que me parece mentira el que de unos labios de ochenta y cinco años, broten tantas verdades y tanta lógica.

—"No transija usted con su conciencia; antes, retírese, en buenos o malos términos, pero retírese!..."

"Nada especial le manda decir a Félix, ni a nadie. Si algo ocurriere, me escribiría.

—"A los amigos,—exclama con un cierto tono en el que paréceme advertir tristezas, desengaños e ironía,—salúdelos, nada más!... Y a México, lo único que pudiera recomendar a usted, entiendo que ya lo practica: quiéralo mucho!!!...

"Y para los que lo empujaron a este destierro indefinido,—buitre que, así él lo disimule gracias a su voluntad de acero, está acibarándole sus últimos días,—ni una censura, ni una queja, ni menos una injuria que cualquiera, en su caso, proferiría por sobra de razón y por despecho "humano, demasiado humano",—que dijera Nietsche. Tal serenidad,—la única que sin embargo cuadra con su grandeza,—me lo agiganta. ¿Irá a resultar todavía más grande en el destierro, de lo que ya lo fuera como estadista y gobernante?... Entonces, sólo cabría compararlo a Marco Aurelio, "el más virtuoso de los emperadores romanos", y, a pesar de ello, más grande como hombre que como príncipe.

"Se ha apagado su voz; estamos de pie y dán-

donos la mano, posada la izquierda suya encima de mis hombros... Hay un silencio grave, y en nuestros ojos, parpadeos de emoción y lágrimas que no llegan a rodar...

"La luz del día, afuera, también se apaga, son casi las ocho y media de la noche. De la maravillosa Avenida de los Campos Elíseos, sube rumor de océano. Y por los cristales de la ventana, como esperanza y como símbolo, envuelto en las dulzuras crepusculares de estos estíos europeos, divísase el magnífico Arco de Triunfo, inconmovible y enhiesto como esta gloria mexicana, de la que, probablemente, estoy despidiéndome hasta la eternidad".

* * *

No se equivocó Gamboa. Aquella fue la última vez que vió al General Díaz, y es fortuna para la Historia que el distinguido diplomático y hombre de letras, haya apuntado en su diario este bellísimo boceto, el último que se hiciera del estadista mexicano. Aquella vida se fue apagando poco a poco, bajo el peso de una edad avanzada; pero lo que precipitó su desenlace fue la inactividad forzosa, la inercia inevitable que se encontró en el destierro. Si hubiera tenido que hacer algo se habría rejuvenecido milagrosamente y quizás habría llegado a los cien años de edad; pero lo mató la inacción. ¡Ser astro y no poder irradiar las más bellas fulguraciones, que son las del crepúsculo; ser torrente y verse constreñido a terminar con las aguas estancadas en una cuenca muerta; mirar una

tragedia como aquellas que había conjurado en su juventud, sin poder ya remediar ningún mal, con la desesperación de una águila que contempla el cielo con las alas rotas!...

El 2 de Julio de 1915 cerró sus párpados el héroe, para no volverlos a abrir en este mundo; y si bien es cierto que en sus últimos instantes, no recibió la caricia maternal de la Patria, tuvo en cambio el consuelo infinito de que su dulce compañera lo reconciliara con la Religión y lo pusiera de nuevo en esa senda florida, en donde hasta las espinas vierten perfumes, y las más hondas tristezas traen aparejada la suprema compensación. El viejo Caudillo liberal murió en el seno de la Iglesia Católica. Jamás había sido un jacobino intolerante; pero de cualquier modo, su personalidad se formó en medio de las estridencias de la Guerra de Reforma, y por dos tercios de siglo estuvo separado de las prácticas rituales de la Religión. Al final de la existencia, su espíritu volvió a los cauces dulces y sosegados por donde, setenta años antes, quisiera llevarlo su madre devota y abnegada... El torrente que bajó ruidosamente por las laderas de las montañas y quebró sus aguas en cataratas triunfales, al vislumbrar "el más allá", sólo quiso ser la nube silenciosa y blanca que se desprende de la tierra para volar por el espacio azul...

TIERRA DE MEXICO...

No merece el nombre de mexicano aquel que pasa por la ciudad de París sin visitar la tumba de Porfirio Díaz. Yo cumplí este deber patriótico en unión de toda mi familia, y tuve el honor de que nos acompañara la viuda del héroe, doña Carmen Romero Rubio de Díaz.

En una capilla gótica del Cementerio Montparnass se encuentran colocados los restos del gran Presidente. Encima del arco ojival del pórtico, y como único adorno, está el escudo de armas de la Patria, es decir, el águila de los oráculos aztecas posada sobre las pencas de un nopal y devorando una serpiente. Adentro de la capilla y encima del altar en donde reposan los huesos venerables, se encuentra un puñado de tierra de México.

¡Un puñado nomás... pero es de la Patria! Lila, una nieta del caudillo, lo arrancó amorosamente de nuestro suelo, lo recogió con esmero en una bolsa de seda tricolor, y luego, con toda devoción, lo depositó sobre el severo catafalco. ¿Qué otra ofrenda podía ser más digna del paladín? Yo había entrado al Cementerio con el corazón oprimido, al considerar que Mé-

xico no ha reclamado aún el cuerpo del más tenaz y desinteresado de sus defensores; pero al ver aquellos terrones queridos se me ensancha el alma. Y se me figura que el pequeño puñado de tierra se dilata fabulosamente hasta convertirse en un inmenso territorio, cercado por dos océanos, y con la forma de un cuerno de la abundancia que está rebosando de frutos y de flores. Y sueño que ese país es México, que ha venido a reclinarse sobre la tumba del más grande de sus héroes...

Y me parece que el puñado de tierra se pone a hablar:

—"Soy un poquito de polvo; pero soy toda la Patria lejana. Así como la hostia, dentro de su pequeñez, contiene toda la divinidad, así también estos insignificantes granos de arena concentran a todo México. Soy la tierra variada y múltiple de Anáhuac; tierra suave y dulce en los llanos y áspera y heroica en los pedregales de las cordilleras; tierra que nutre los trigales en el Bajío, y esplende en las platas y en los oros de las minas de Guanajuato; tierra ardiente en las playas arenosas de Sotavento y helada en las coronas de nieve de los volcanes; tierra que es inmensamente azul en las montañas de Monterrey y que se tiñe de coloraciones violáceas en los paisajes del Valle de México; tierra que posee en sus canteras mármol y granito suficientes para construir varias Atenas y que lleva en sus entrañas el combustible necesario para mover todos los dinamos del mundo..."

Luego, al dirigirse especialmente al General

Díaz, me parece que dicen los terrones de la Patria:

"Sí, soy tu tierra, la que meció tu cuna cuando eras niño, la que limitó tus primeros horizontes, la que acarició tus pupilas cuando tú clavaste sobre ella tus miradas soñadoras de adolescente, la tierra, en fin, que nutrió las raíces de tus primeros laureles...

"Soy la tierra que tú defendiste bizarramente, al lado del General Zaragoza, contra los invasores franceses, en la quinta alborada del mes de Mayo de 1862. Por mí peleaste en Miahuatlán y en la Cabonera, en Oaxaca y en Jalatlaco, en San Lorenzo y en el Dos de Abril. Cuando al frente de los soldados de la Libertad, pasabas por los campos de batalla, yo me levantaba del suelo, convertida en una nube de polvo, para envolverte y ampararte de las balas enemigas.

"Después de libertarme de ambiciones extrañas, tú me diste unidad material y espiritual. Yo era una tierra rica; pero me hallaba convulsionada por las trepidaciones de la guerra civil. Tú me sujetaste con brazos hercúleos, y desde entonces, mis surcos fueron mucho más fecundos. Al mismo tiempo, me envolvías en el alambre de las vías telegráficas y en las cintas de acero de los ferrocarriles, y al abrir los puertos mexicanos, me pusiste en contacto con las demás tierras del Universo.

"Soy nomás un puñado de polvo; pero te hablo en nombre de todo México. Y te digo que la Patria está ansiosa por recoger tus huesos. Los cedrales del Ajusco quisieran con sus maderas

resinosas y fragantes, ofrendarte el ataúd; los cipreses de la falda del Popocatépetl anhelan decorar tu tumba; las canteras rosadas de San Luis Potosí, suspiran porque algún artista las venga a tallar y construya con ellas el monumento de tu gloria; los algodones de Torreón desean ser tejidos en los telares de Orizaba, para formar el lienzo que, teñido después por la grana encendida de nuestros nopales y el verde inmarcesible de nuestras florestas, se transfigure en la mortaja tricolor que merece tu cadáver; los hierros de Durango quieren ofrendarte la verja suntuosa de tu mausoleo; y por último, los cobres de Cananea y los estaños de Parral, querrían hervir en el mismo crisol para formar el bronce de tu estatua imperecedera...

"Cada comarca de la Patria te quiere dar algo porque se da cuenta de que tú eres un fragmento de la Nacionalidad. Nadie en vida fue tan mexicano como tú y por eso debe ser mexicano tu sudario, mexicana tu caja mortuoria y mexicana la tierra que conserve tus cenizas.

"Yo soy esa tierra santa y te reclamo. Sobre mí cayeron las lágrimas del Conquistador Cortés y los pedazos carbonizados de los pies adoloridos de Cuauhtémoc. Yo recogí en Ecatepec los últimos estertores de la agonía de Morelos, y ví rodar los despojos de los niños héroes por las laderas escarpadas de Chapultepec. En mis entrañas duermen todos los que han construido la Patria, y por eso tú, que fuiste el constructor máximo, debes venir al regazo de tu madre, a

confundir tu polvo con el polvo de cientos de generaciones...

"La repatriación de tus restos, más que un deber patriótico, es una ingente necesidad. Desde que tú saliste de México, esta tierra sufre todas las torturas de una expiación. Los quince años que tus restos han pasado en el exilio, han sido quince años de anarquía y destrucción. La bandera de Iguala necesita envolverte para purificarse; la tierra mexicana—esta tierra que te está hablando—necesita recibirte para ser otra vez fértil y fecunda".

Yo escucho conmovido la imploración de la tierra de México. Al despedirme de aquel tabernáculo, volví a mirar sobre el pórtico de la capilla, el escudo de la Patria. Nunca me pareció tan bien colocado. Porfirio Díaz fue un águila que dedicó su vida a estrangular la serpiente de nuestras luchas intestinas...

FIN.

INDICE

Pag.

Introducción 5
Los Padres de Porfirio Díaz 15
La Escuela de la Vida 29
El Despertar de Ayutla 37
El Jefe Político de Ixtlán 45
El Gobernante de Tehuantepec 51
La Expedición del Istmo 63
La Ultima Campaña Regional 69
El Diputado Porfirio Díaz 77
La Batalla de Jalatlaco 83
La Defensa de la Patria 89
El Cinco de Mayo 97
El Sitio de Puebla 105
El Desmoronamiento de la República 117
La Evasión 131
La Formación del Ejército de Oriente 137
La Campaña de Oaxaca 147
La Retirada de los Franceses 155
El Asalto de Puebla 161
El Triunfo de la República 169
El Revolucionario de La Noria 177
La Conquista del Poder 187
El Programa del Presidente 201
La Tragedia de Veracruz 209

Pag.

La Sucesión Presidencial de 1880 221
La Transformación del Caudillo 231
La Obra de Reconciliación 241
El Sistema Dictatorial 249
Los Frutos de la Paz 255
Las Reelecciones Inevitables 261
El Magno Error del Presidente Díaz 271
El Momento de Oro 285
El Crepúsculo del Héroe 293
Lejos de la Patria 303
Tierra de México 311

B7385528 75459

75459

F 1234 D541

Gracia Naranjo, Nemesio.
Porfirio Díaz, por Nemesio García Naranjo.

UNIVERSITY OF TEXAS AT TYLER
F1234.D541
Porfirio Diaz /
0 00 01 0032586 9